
Bianca
especial
LUCY MONROE
Lecciones
de compromiso
HARLEQUIN

Lucy Monroe

Sunshine Springs, 2

# Lecciones de compromiso

# Capítulo 1

Carlene Daniels aparcó el coche en el vado, delante de la casa más imponente que había visto en su vida. Al ser de la zona petrolera de Texas había visto muchas, por no mencionar las mansiones construidas por millonarios famosos que buscaban algo de intimidad durante las vacaciones.

Aquella casa de tres plantas, con paredes de estuco y estilo colonial, relucía inmaculada a la luz del sol; el techo de teja y los detalles de hierro forjado le daban un aire más elegante que histórico. Carlene se preguntaba quién viviría allí, porque el anuncio no daba información sobre la familia para la que iba a trabajar.

Aunque Sunshine Springs no era un hervidero de oportunidades laborales, y menos para una ex maestra convertida en camarera de un bar de copas, había llegado el momento de dejar de ocultarse tras las minifaldas ceñidas y el trabajo en el bar. Lo había comprendido después de la experiencia con Grant Strickland.

Se había marchado de Texas dolida y decidida a dejar atrás para siempre su antigua vida. Cuando, al llegar a la ciudad, sólo se le había presentado la oportunidad de ser camarera, la había aceptado porque no le recordaría en absoluto su trabajo ni a los niños que tanto quería. Pero el cambio de ambiente no la había hecho olvidar, y quería recuperar su vida.

Bajó un poco las ventanillas y puso un protector tras el parabrisas para evitar que el sol convirtiera el coche en un horno, antes de apearse para llamar a la puerta. Abrió la verja de hierro, entró en la propiedad y llamó al timbre. Esperó unos minutos y, al ver que no contestaban, volvió a llamar. A fin de cuentas, habían puesto un anuncio pidiendo un ama de llaves. Si no habían contestado, sería porque no habían oído el timbre.

En aquel momento se abrió la puerta.

—¿A qué viene tanta prisa?

La voz ronca y masculina que había hecho la pregunta la tomó por sorpresa. Aquel hombre era absolutamente exquisito. Pelo negro, ojos azul cobalto y un cuerpo alto y musculoso.

—Eh… —balbuceó ella.

Los ojos azules de mirada penetrante la recorrieron de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies, provocando que se estremeciera.

Carlene no se lo podía creer. Su intención había sido que viera a la mujer que había sido en otra época, antes de aceptar el puesto de camarera en el Dry Gulch. Una época en que la ropa y la actitud reflejaban cómo era interiormente.

En vez de los atuendos provocativos que usaba en el bar, se había puesto una falda vaquera, una camisa blanca holgada y sandalias bajas. Después de meses de usar tacones de aguja para añadir centímetros a su baja estatura, se sentía casi en zapatillas.

La única concesión que había hecho a su habitual aspecto llamativo era el cinturón de plata y turquesas. Apenas se había maquillado, y hasta se había hecho un moño para recoger los rizos que solía llevar sueltos. Parecía exactamente lo que quería parecer: una buena chica, de aspecto corriente y perfecta para el puesto de ama de llaves.

Contuvo un resoplido sarcástico ante la idea. Por muy holgada que fuera, la camisa no bastaba para disimular sus curvas generosas. Unas curvas que le habían causado problemas desde los doce años y que indudablemente habían motivado las miradas y la leve sonrisa de aquel hombre de gesto adusto.

Sin embargo, no pensaba hacerse una reducción de pecho para tener un aspecto más decente, como le había sugerido su madre. Le gustaba su cuerpo; sólo le molestaba lo que la gente daba por sentado sobre su forma de ser.

Estaba empezando a sentir el mismo malestar de siempre y se obligó a mantener el aplomo. Había superado aquella etapa de su vida. No iba a permitir que siguiera afectando a su presente y, menos aún, que determinara su futuro.

—¿Eres Carlene Daniels? —preguntó él.

Ella asintió, dominada por una extraña mudez.

—Win Garrison. Esperaba a alguien mayor.

—Yo también.

Las palabras le salieron de la boca antes de que se diera cuenta de que las iba decir. Había acordado la entrevista con la antigua ama de llaves, que no hablaba mucho inglés y no le había dado más datos sobre la familia para la que trabajaba que los que aparecían en el anuncio. Lo único que sabía Carlene era que Rosa había dejado de trabajar el día anterior y que le había organizado una entrevista con sus antiguos jefes para aquel día.

Sin embargo, había oído hablar del rancho de Win. El Bar G era famoso por su criadero de caballos mustang, por no mencionar que tenía el programa de entrenamiento y los purasangres más prestigiosos de aquel lado de las Rocosas. Lo que jamás habría imaginado Carlene era que el dueño sería tan joven. Garrison debía de tener treinta años como mucho.

Sin molestarse en contestar al comentario, Win se volvió y avanzó por el vestíbulo, dando por sentado que lo seguiría.

—Te entrevistaré en el jardín trasero —dijo.

Mientras lo seguía, Carlene no podía dejar de catalogarle los atributos como si le estuviera haciendo el inventario. A pesar de su fortuna, Win iba vestido de trabajador. Llevaba unos vaqueros descoloridos que se le ceñían al trasero casi con indecencia, y el pelo negro le rozaba el cuello de la camiseta, que se le tensaba sobre los músculos al andar.

Era demasiado atractivo para la paz mental de Carlene. Tal vez aquel trabajo no fuera una buena idea; las botas que taconeaban el suelo delante de ella la arrastraban ineludiblemente a un futuro tan incierto como el pasado que había dejado atrás.

Se preguntaba dónde estaría la esposa y por qué se ocupaba él personalmente de entrevistar a las candidatas.

Win la llevó por el vestíbulo hasta un pasillo interior que rodeaba el jardín trasero. Era un diseño pensado para los inviernos fríos del centro de Oregón. Salieron por una puerta corredera. Carlene lo siguió hasta un gran patio de ladrillo y no pudo evitar admirar la belleza de la decoración durante el camino. Había una fuente de cemento de dos niveles rodeada de pequeños arbustos, césped y caminos de piedra que llevaban a la casa.

—Es precioso —dijo.

—Gracias.

Win se adelantó para acercarle una de las sillas de hierro forjado del patio.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó.

—No, gracias. Estoy bien así.

Él asintió y se sentó enfrente.

Al ver que no empezaba a interrogaría de inmediato, Carlene decidió hacerle algunas preguntas.

—Me temo que no sé casi nada ni de ti ni de tu familia. Cuando llamé por el anuncio del periódico y hablé con tu ama de llaves, lo único que me dijo, prácticamente, fue que pensaba irse ayer. ¿Tienes hijos? ¿Tu mujer también me va a entrevistar?

Aunque la ponía muy nerviosa tener que pasar por dos entrevistas, sabía que sobreviviría. Sólo significaba que tendría que esperar bastante para saber si el puesto era suyo o no. Lo que quería preguntar en realidad era si se habían presentado muchas candidatas.

Él se reclinó en la silla; las botas chirriaron contra el suelo.

—No —contestó.

Carlene esbozó una sonrisa ante el laconismo de la respuesta.

—¿Te importaría explayarte un poco más?

—No tengo hijos ni estoy casado. No habrá más entrevistas.

Ella no tenía claro si la información la aliviaba o la inquietaba.

—En ese caso, ¿qué te parece empezar con ésta?

Él entrecerró los ojos.

—¿No te molestaría? Parecías muy interesada en entrevistarme tú.

Carlene maldijo para sí. Se había vuelto a dejar dominar por el instinto docente. Había creído que después de tanto tiempo lejos de las aulas conseguiría no tratar a los adultos como a sus alumnos. Aunque, en realidad, a veces los clientes del bar necesitaban ese tratamiento.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa—. Podemos empezar por despejar el resto de mis dudas. ¿Tendría que mudarme aquí?

—No.

Carlene reprimió un suspiro de alivio. Trabajar de interna para un hombre tan atractivo como el que tenía delante podría ser una fuente inagotable de rumores, y lo último que quería era que corrieran más rumores sobre su vida.

—Entonces, ¿cuál sería el horario?

—Rosa trabajaba de siete y media a cuatro —contestó él.

—Bien. ¿Y qué tareas realizaría exactamente?

Win frunció el ceño y se encogió de hombros.

—¿No lo sabes? —preguntó ella, mirándolo horrorizada.

—¿Por qué crees que necesito un ama de llaves? Para que se ocupe de las cuestiones domésticas. No quiero tener que preocuparme por eso. Hay un servicio de limpieza que viene dos o tres veces por semana. Rosa se encargaba de contratarlo.

Carlene no se lo podía creer. Si el ama de llaves sudamericana había contratado el servicio de limpieza, era probable que las asistentas también hablaran español. Esperaba que supieran algo de inglés, porque el francés de la universidad no le iba a servir de gran cosa para comunicarse.

—¿Qué más hacía Rosa?

El entrecejo de Win se frunció aún más.

—Ya te he dicho que no lo tengo claro. Yo me ocupo de mi rancho y mis cuadras; Rosa se ocupaba de la casa.

—¿Y eso es lo que quieres que haga? ¿Qué me ocupe de la casa?

Él asintió, casi sonriendo.

—Sí.

—¿Rosa te preparaba todas las comidas?

—Sí, a mí y a los trabajadores.

—Bien —dijo ella, sintiendo que por fin se estaban entendiendo —. ¿Te hacía la cama?

Carlene se maldijo por su pregunta. No era que no necesitara

saberlo, sino que habría preferido no relacionar a aquel hombre con ninguna cama.

Pero Win ya estaba pensando en la respuesta.

—El servicio de limpieza no viene más de tres veces por semana, pero cuando me voy a dormir, siempre me encuentro la cama hecha y el baño recogido… Sí, supongo que me hacía la cama.

—¿Y la colada?

A Carlene se le ocurrían un montón de tareas domésticas en las que imaginaba que Win no había pensado nunca. Debía de ser agradable tener suficiente dinero para poder delegar aquellas cosas.

—Sí, claro.

—Cualquiera diría que quieres contratar una esposa —bromeó ella.

Él no sólo no sonrió sino que frunció mucho más el ceño.

—Lo último que quiero es una esposa, con contrato o sin él. Si estás pensando algo en ese sentido, deberíamos dar por terminada la entrevista.

Carlene sintió una extraña mezcla de diversión y enfado ante las palabras de Win. Le hacía gracia que alguien pudiera ser tan directo, pero le molestaba que diera por sentado que tenía expectativas.

No podía negar que, después de que el último hombre decente con el que había salido se casara con otra, había llegado a la conclusión de que quería un marido, una casa con jardín y dos o tres niños. Los tipos que había conocido en el Gulch no sólo no eran candidatos para aquel escenario romántico, sino que por lo general sólo les interesaba una cosa y, con el cuerpo que tenía Carlene, esperaban conseguirla sin mucho esfuerzo.

Pero Win Garrison no conocía sus sueños secretos, y ella no había insinuado en ningún momento que lo estuviera considerando para el papel de padre y esposo.

—He venido a ofrecerme para el puesto de ama de llaves, no de esposa —replicó—. Además, no me interesa casarme con un hombre que cree que las respuestas monosilábicas y la grosería son un comportamiento aceptable socialmente. No te preocupes. Si me contratas, tu soltería estará a salvo.

Win no se inmutó por los insultos. De hecho, pareció satisfecho con la respuesta.

—Bien —dijo—. En tal caso, podemos seguir con la entrevista.

—Me temo que no es una buena idea.

Carlene se puso en pie. Estaba usando la falta de modales de Garrison como excusa para alejarse de un hombre que le resultaba peligrosamente atractivo.

—Te agradezco mucho tu tiempo —añadió—, pero creo que es

mejor que me vaya.

Tenía que haber otro trabajo que la ayudara a salir del Dry Gulch y tal vez volviera más atractiva su solicitud para enseñar en el colegio de Sunshine Springs. El hecho de que aquélla fuera la primera oferta decente que había visto en las dos semanas que llevaba buscando empleo no significaba que no hubiera otras posibilidades.

—Siéntate, Carlene.

—No, en serio. Tengo que irme.

Ella se giró para marcharse, pero la detuvo la voz de Win.

—He dicho que te sientes —le ordenó, con un tono pausado que sonaba más intenso que un grito.

Carlene se volvió y, al verlo sonreír, se le hizo un nudo en el estómago. Era una mala señal.

—Si no puedes acatar una orden sencilla —dijo él—, vamos a tener una relación laboral bastante complicada, ¿no crees?

Carlene se quedó de pie con el ceño fruncido.

—No creo que tengamos ninguna relación laboral.

—¿Por qué? ¿Es porque a veces hablo con monosílabos?

—No. Porque eres un grosero y no se me da bien trabajar con groseros.

Era verdad. En el Dry Gulch la habían regañado más de una vez por increpar a algún cliente maleducado.

—Si te pido disculpas, ¿seguirás con la entrevista? —preguntó él.

Carlene no creía que Win fuera alguien que se disculpara muy a menudo.

—Depende.

—¿De qué?

—Primero, de por qué has sido descortés.

—¿Puedo preguntar qué te ha parecido una falta de cortesía? ¿Mis respuestas monosilábicas o mi advertencia?

Ella se sonrojó, porque también había sido grosera. Lo había insultado, aunque Win no le había dado gran importancia. Suspiró.

—La advertencia. A la mayoría de las mujeres les sentaría mal que nada más conocerlas dieras por sentado que te ven como un posible marido.

Mientras hablaba, Carlene se sentía tonta. Se lo estaba tomando como algo demasiado personal.

La risa sarcástica de Win no la hizo sentirse mejor.

—Cariño, soy un hombre rico con un nivel de vida al que aspira mucha gente —replicó él—. Para muchas mujeres el matrimonio sería una buena forma de conseguirlo. Hace tiempo que aprendí a dejar claro desde el principio que no tengo ningún interés en

casarme, sea cual sea la relación que tenga con ellas.

Desde luego, aquélla no era una respuesta monosilábica.

—¿Dices que se lo adviertes tanto a tus parejas como a tus empleadas?

—Sí. En este momento no tengo trabajadoras en el Bar G, pero se lo advertí a la veterinaria la primera vez que vino a ver a los caballos.

—Es una obsesión que tienes —dijo ella, intimidada por la vehemencia de Win.

—Podría decirse que sí. Veo que tienes un vocabulario demasiado elaborado para dedicarte al servicio doméstico.

Tenía razón. Carlene era profesora de lengua y tenía una licenciatura en literatura francesa.

—¿Eso es una desventaja? —quiso saber.

—No lo sé. ¿Por qué no te sientas y lo hablamos?

Win sonrió al ver que accedía a la petición, y ella decidió que prefería que frunciera el ceño. Tenía una sonrisa absolutamente sensual, y lo último que necesitaba era pensar en su jefe en términos de sensualidad. Mucho menos tratándose de aquel jefe. A él no le interesaba el matrimonio, y a ella no le interesaba tener una aventura, por lo que el sexo quedaba fuera de la ecuación.

—¿Qué experiencia tienes? —preguntó él.

—No demasiada. Nunca he trabajado de cocinera, pero sé cocinar y me he ocupado de mi casa desde que me fui a la universidad.

Desde luego, su habitación de la residencia de estudiantes y los pisos en los que había vivido no eran nada comparados con aquella mansión de tres plantas. Aun así, se las arreglaría.

—Si cocinas tan bien como hablas, los peones te adorarán.

Volvió a recorrerla con sus ojos azules. Pero esta vez, en lugar de escalofríos, le hizo sentir calor en zonas a las que la mirada de un jefe no debería afectar.

—En realidad —añadió—, cuando te vean se sentirán en el paraíso, aunque tu comida sepa a tarta de boñiga.

Era algo a lo que estaba acostumbrada. Podría afrontarlo. O al menos era lo que quería creer. Llevaba años oyendo lo que decían los hombres sobre su cuerpo, y hacía tiempo que había aprendido que era mejor hacer caso omiso de los comentarios.

—¿Has comido alguna? —preguntó.

—¿Alguna qué?

—Tarta de boñiga.

—No —dijo él esbozando una sonrisa.

—Entonces, supongo que no sabrás si mi comida sabe peor que eso, ¿verdad?

La sonrisa se convirtió en carcajada.

—Supongo que no. Empiezas mañana, Tex.

—Me llamo Carlene.

—Pero tienes acento texano.

—Pues tendré que hacer algo al respecto, porque no pienso vivir allí nunca más.

Había sufrido demasiado para querer volver.

Win se relajó en el sofá del salón y agitó la copa de *whisky* antes de echar un trago. Habían pasado varias horas desde que Carlene se había marchado. Pensar en su nueva ama de llaves lo hizo sonreír.

Carlene tenía un cuerpo capaz de hacer que la mayoría de los hombres se sintieran incómodos con los pantalones y hablaba como una maestra de colegio remilgada y diminuta. El recuerdo de las curvas que la camisa no había podido ocultar le hizo repensar la idea. No era precisamente diminuta; al menos, no en algunas partes. Tampoco era demasiado grande. Era una Venus de bolsillo perfecta, con curvas muy femeninas que confluían en una cintura estrecha por naturaleza. Era el sueño de cualquier adolescente, el sueño de cualquier hombre.

Y, desde luego, Win no había dejado de pensar en ella. Aún no podía entender qué lo había impulsado a ofrecerle el trabajo; no tenía experiencia. Lo único que esperaba era que supiera cocinar. Los peones estarían encantados al ver a una mujer tan sensual como ella, pero eso les duraría poco si no les daba bien de comer.

Suspiró y pensó que tal vez le conviniera enviar a Shorty para que la ayudara hasta que se acostumbrara a las tareas. El hombrecillo cocinaba fatal, pero sabía las cantidades y los platos que comían los jinetes.

Probablemente, Carlene lo desquiciaría. Le gustaba tener la última palabra y era obvio que estaba acostumbrada a mandar. Pero mientras se limitara a dar órdenes en la casa, no tendrían ningún problema. Win no quería tener que preocuparse por nada que no fuera dirigir el Bar G y las caballerizas Garrison. Con las yeguas a punto de parir no tenía tiempo para pensar en cosas como la comida y la limpieza de la casa.

Sentía curiosidad por saber dónde habría adquirido Carlene aquella veta mandona y en qué había trabajado antes, ya que no tenía experiencia como ama de llaves. No podía creer que no se lo hubiera preguntado durante la entrevista. Ni siquiera le había pedido que llenara una solicitud de empleo. La había contratado por puro instinto, algo muy impropio de alguien tan precavido como él.

Aunque odiaba reconocerlo, también habían influido las

hormonas. Le costaba asumir que con treinta años aún podía dejarse afectar tanto por la visión de una mujer hermosa. Lo que pasaba era que hacía demasiado tiempo que no veía ninguna. Llevaba meses sin salir con nadie y bastante más sin tener relaciones sexuales. Estaba harto de juegos y de sexo desinteresado, y las dos cosas parecían estar asociadas a su falta de interés por el matrimonio.

Había momentos en los que la casa parecía vacía, en los que él se sentía vacío. Aun así, seguía convencido de que el matrimonio era para los idiotas. Había aprendido muy bien la lección desde muy pequeño. Su madre se había casado cinco veces y se había divorciado cuatro. El único motivo por el que no se había separado del último marido era que había muerto antes de volver a aburrirse de la dicha conyugal.

En otra época, Win había estado dispuesto a creer que no todas las mujeres eran como su madre. Era demasiado joven y estúpido. Acababa de terminar el instituto, estaba agobiado por la responsabilidad de tener que cuidar de su hermana de trece años y había conocido a una chica tímida y encantadora que quería casarse: Rachel. Había creído que Rachel lo ayudaría con su hermana y que podría hacer que aquella casa devastada por la muerte de su madre volviera a convertirse en un hogar.

Se había equivocado. Rachel pretendía que vendiera el Bar G y se mudaran a la ciudad. Tenía ilusiones y no iba a dejar que nadie se interpusiera en su camino; menos aún su joven esposo y la hermana necesitada. Desde entonces, él no había querido saber nada más del matrimonio. Había aprendido la lección de la peor manera, pero la había aprendido.

Carlene se había ofendido cuando se lo había planteado directamente. Había reaccionado con todo su orgullo femenino, y él había tenido que hacer un esfuerzo para no reírse. Era muy ingenua si creía que la mayoría de las mujeres que conocía no lo veían como un billete para una vida de lujo, caviar y cubiertos de plata.

Aunque ella pensara lo contrario, no había sido grosero por dejar las cosas claras desde el principio. Había sido justo, y era un hombre justo. Carlene tenía derecho a saber cuáles eran sus intenciones; la deseaba y quería tener algo con ella, pero no estaba interesado en casarse.

La deseaba desde que había abierto la puerta, molesto por la insistencia con la que llamaban al timbre. La mujer que estaba en la entrada había sido tan distinta de lo que se había esperado que se había sentido idiota. Idiota y muy excitado.

No cabía duda de que había pasado demasiado tiempo sin compañía femenina. Afortunadamente había tenido el acierto de contratar a Carlene y no tardaría en rectificar la situación.

# Capítulo 2

A Carlene le cayó bien Shorty desde que lo conoció. El peón que le había asignado Win para ayudarla en la cocina tenía canas, ojos grises y una sonrisa que compensaba su baja estatura.

—Win dice que no tienes mucha experiencia, pero yo te echaré una mano hasta que aprendas cómo funciona todo. ¿Sabes cocinar?

Ella se echó a reír.

—Tendría que ser bastante tonta para aceptar este trabajo si no supiera. ¿Te parezco tonta?

Shorty la estudió con detenimiento como si estuviera meditando seriamente la respuesta, y Carlene sintió aún más respeto por él. El hombre se concentró sobre todo en la cara.

—No, no me pareces tonta en absoluto —contestó con un suspiro de alivio—. Menos mal que vas a sustituirme, porque a Win y los otros no les gustan mucho mis comidas.

Aquello le hizo preguntarse para qué lo habían enviado a ayudarla en la cocina. Shorty se lo explicó con su siguiente comentario.

—Pero nadie más, ni siquiera el jefe, sabe hacerlo mejor —dijo —. Puede que mi comida no sea muy apetitosa, pero por lo menos no se me quema.

Carlene se acercó al fregadero y se lavó las manos.

—Te voy a contar un secreto, Shorty. No sólo no quemo la comida, sino que más de uno ha dicho que mis platos son más que pasables.

—Bendita seas, ¡qué alivio!

Carlene esperaba que los demás trabajadores compartieran el entusiasmo de Shorty cuando se sentaron a comer en la cocina. Había hecho emparedados y ensalada cesar, y galletas para el postre.

Win se sentó en un extremo de la mesa, flanqueado por Shorty, a la izquierda, y por un tal Joe, a la derecha. Lo presentaron como el encargado del adiestramiento de los caballos y parecía de la misma edad que el jefe. Los otros cuatro peones tenían edades variadas, desde uno que parecía recién salido del instituto hasta otro que tenía tantas canas y arrugas como Shorty. Aparentemente, la

mayoría trabajaban para Joe, mientras que Shorty y Lonny, un jovencito moreno de ojos grises y mirada fría, estaban en la cuadra de los purasangres con Garrison.

Carlene les sirvió los platos, empezando por Win. No se dio cuenta de que había estado esperando su aprobación hasta que la miró y asintió.

—Tiene buena pinta —dijo.

Ella le dio las gracias y siguió sirviendo con una sensación de satisfacción ridícula. Cuando terminó se volvió hacia la encimera donde había dispuesto los ingredientes para las tortillas que pensaba hacer.

—¿No vas a comer con nosotros? —preguntó Joe.

Ella se giró y esperó a ver si Win secundaba la invitación. Como no lo hizo, replicó:

—Tengo cosas que hacer. Comeré más tarde.

—Venga, mujer —dijo un pelirrojo—. Nos encantaría tu compañía.

Lonny la miró con complicidad y dio una palmadita en el asiento contiguo.

—Puedes sentarte aquí, Carlene.

Normalmente se habría reído ante una invitación como aquélla, pero había algo en Lonny que la ponía nerviosa. Su mirada despiadada le recordaba la del alumno que le había destrozado la vida en Texas. Reprimió un escalofrío y se recordó que allí no había ningún director descontento dispuesto a apoyar a Lonny para hacerle daño. Sólo estaba Win, y no lo imaginaba reaccionando al rechazo de un modo tan bajo como su ex jefe.

Se abstuvo de contestar de mala manera para no ofender a los demás en su primer día de trabajo.

—No, gracias. Como he dicho, tengo cosas que hacer.

Carlene miró a Win para ver qué pensaba de la situación. Estaba mirando al jovencito con una frialdad estremecedora. Pero cuando volvió la cabeza para dirigirse a ella tenía una expresión mucho más cálida.

—Organízate como mejor te parezca, pero no dejes de comer.

—Sí, jefe —contestó ella con una amplia sonrisa.

—Si tienes hambre, los chicos se cambiarán de sitio para que puedas sentarte al lado de Shorty.

Ni a ella ni a los otros se les pasó por alto que aquello la situaría junto a él. A Carlene no le importaba; comparado con Lonny, Win era una apuesta mucho más fiable. El problema era que podía sentar un precedente. Si aceptaba el ofrecimiento, siempre que comiera con ellos le cederían el lugar entre Shorty y Win.

Su estómago eligió aquel preciso instante para hacer ruido. Los

hombres se echaron a reír, y Carlene sonrió avergonzada.

—Tal vez debería comer ahora.

Horas más tarde, Carlene había preparado una cena que Shorty sólo tenía que calentar y estaba lista para irse. No estaba tan cansada como después de una noche en el bar, pero le dolía la espalda por el esfuerzo. Se había pasado el día cocinando, limpiando y tratando de descifrar las instrucciones que había dejado Rosa en una mezcla confusa de español e inglés. Se preguntaba por qué la otra mujer habría dejado el trabajo tan repentinamente.

Estaba colgando el delantal en un gancho, junto a la nevera, cuando Shorty comentó:

—Se nota que sabes organizarte en la cocina de un rancho.

Ella se volvió a mirarlo y sonrió.

—Gracias. Me crié en el campo, en Texas.

—Te felicito, Shorty. En cinco minutos le has sacado más información de la que le saqué en toda la entrevista.

Carlene levantó la cabeza al oír la voz de Win. Estaba apoyado en el umbral del comedor, con una sonrisa picara y un aspecto arrebatador. Llevaba casi lo mismo que en la entrevista, sólo que la camiseta era negra y tenía un sombrero texano en la mano.

Carlene habría preferido que dejara de sonreír de aquella manera; la hacía olvidarse de lo que tenía que hacer.

—Será porque no preguntaste —replicó.

Él entró en la cocina y olfateó la cazuela con gesto de aprobación.

—Huele bien.

—Gracias.

Win levantó el trapo que cubría las dos tartas de mora que había hecho Carlene para la cena, imaginando que a los hombres les gustaría el relleno ácido de fruta.

—Por cierto —dijo, volviendo a taparlas—, te equivocas.

—¿De qué hablas?

—Sí que pregunté —contestó antes de volverse a mirarla—. Recuerdo perfectamente que te pregunté por tu experiencia.

—Me preguntaste si tenía experiencia como ama de llaves. Te dije que no había trabajado en esto, pero que sabía cocinar y limpiar una casa.

—¿Por qué te fuiste de Texas? ¿Por el placer de la aventura?

Ella no pudo contener la risa.

—Si tuviera afán aventurero, no habría acabado en Sunshine Springs.

—Es cierto —admitió Win con una sonrisa.

—¿Y por qué te fuiste? —preguntó Shorty.

—Porque era hora de irme.

—¿De dejar atrás a un amante contrariado?

Carlene frunció el ceño. La pregunta de Shorty no se alejaba demasiado de la verdad.

—De dejar atrás una vida que ya no era para mí.

—¿Esa vida incluía un marido? —preguntó Win con una mirada que helaba la sangre—. ¿Niños?

Carlene se puso tensa. Le ofendía que la considerara capaz de abandonar a sus propios hijos.

—No, nunca me he casado.

A Win no se le suavizó la expresión.

—¿Y lo haces muy a menudo?

—¿Qué? ¿Irme?

Carlene se preguntaba si le preocupaba la posibilidad de que se fuera y lo dejara plantado como Rosa.

—No te preocupes —añadió—. Cuando decida marcharme, te avisaré con tiempo.

La mirada de Win se volvió aún más severa.

—Entiendo.

—No hay nada que entender. Soy una trabajadora responsable y no te dejaré en la estacada.

—Has dicho que me avisarás cuando te marches, no si te marchas. Eso significa que planeas irte.

Carlene no entendía por qué le hablaba como si lo estuviera traicionando. Tan sólo era una empleada.

Además, ella misma era un ejemplo de lo fácil que era sustituir a un ama de llaves. Pensó en la posibilidad de contarle su plan de volver a la docencia en otoño, pero descartó la idea de inmediato. No estaban hablando de un puesto de trabajo con expectativas de ascenso a largo plazo. Mientras trabajara para él haría el trabajo para el que la habían contratado y lo haría bien, y cuando decidiera irse, avisaría con el tiempo suficiente para que encontrara una sustituta. No se le podía pedir más.

—Si sólo aspirara a cocinar y limpiar durante el resto de mi vida, sería una persona muy distinta.

Win asintió con la mirada perdida.

—Sí, serías otra persona.

# Capítulo 3

Un par de días después, Lonny entró en la cocina cuando Carlene estaba lavando los platos del desayuno. Shorty había dejado de ir a ayudarla en cuanto vio que se había familiarizado con el funcionamiento del lugar, de modo que estaba sola con el peón de la cuadra. Hizo caso omiso de la incomodidad que le generaba la idea. Aunque Lonny tuviera los ojos más fríos del mundo, podía lidiar con un jovencito como él.

Decidida a tener el control de la situación desde el principio, se plantó una sonrisa en los labios y dijo:

—Si buscas a Shorty, está en el establo.

—No he venido buscando a Shorty. He venido a hablar contigo.

Lonny se apoyó contra la encimera a pocos centímetros de donde estaba Carlene. Ella puso el último plato en el lavavajillas, lo cerró y se enderezó para secarse las manos con un paño.

—¿Qué necesitabas? —preguntó.

—No quería nada en especial.

Carlene sabía que estaba mintiendo. En los ojos del joven había una intención clara, además de una seguridad inconfundible. Una seguridad que no le serviría de nada si intentaba hacer algo indebido. Al igual que el antiguo jefe de Carlene, averiguaría que ella no era ni sería nunca una presa fácil. Por suerte, Lonny no podía vengarse del rechazo con la misma crueldad que el director del colegio. Al menos esta vez, Carlene podría decir que no sin perder el trabajo y la reputación en el proceso.

Aprovechó que tenía que sacar una fuente que pensaba usar en la comida para alejarse de él. Fue un esfuerzo vano, porque la siguió.

—¿No deberías estar trabajando? —preguntó sin ocultar su exasperación.

—Si sólo me dedicase a trabajar, sería muy aburrido. Y yo soy todo menos aburrido, nena.

Carlene dejó la fuente en la encimera con más energía de la necesaria.

—Me llamo Carlene y no soy tu nena. Y la verdad es que soy bastante aburrida. Cuando me pagan por trabajar, trabajo. Tengo que preparar la comida y limpiar la casa, así que si me disculpas…

Lonny avanzó hasta arrinconarla, la tomó de la cadera con una

mano y apoyó la otra en la pared.

—No te preocupes —susurró—. Yo te enseñaré a divertirte.

Carlene le puso los puños en el pecho. Lejos de inmutarse, él le recorrió el cuerpo con la mirada y se detuvo en los senos ocultos bajo el delantal antes de seguir. La mirada lasciva le hizo sentir retortijones. Lo último que necesitaba era tener que enfrentarse a aquello.

—Aunque estoy seguro de que con el cuerpazo que tienes sabes pasártelo bien, ¿no es así, nena?

Cuando bajó la cabeza como para besarla, a Carlene se le agotó la paciencia. Había hombres que no comprendían cuándo una mujer no estaba interesada. Lonny podía ser joven, pero ya tenía edad suficiente para aprender la lección.

Aquel día, Carlene llevaba tacones y no dudó en clavarle uno en la bota con todas sus fuerzas. Él lanzó un gruñido y retrocedió a trompicones. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, ella cerró un puño y lo golpeó justo debajo de las costillas, tal y como le había enseñado el profesor de defensa personal en Texas.

Mientras Lonny se retorcía de dolor y soltaba una catarata de insultos, Carlene se irguió con su metro sesenta y cuatro y dijo:

—No soy la nena de nadie, y menos la tuya. ¿Te ha quedado claro?

Él levantó la cabeza sin dejar de cubrirse el estómago con los brazos.

—Sí.

—Puede que no tenga edad para ser tu madre, pero soy demasiado mayor para ti. Y ni siquiera puedo ser tu amiga, porque no me fío de los idiotas a los que no se les ocurre nada mejor que acosar a una compañera en horas de trabajo.

Él se la quedó mirando sin decir nada.

—Trabajamos para la misma persona y espero que me trates con el mismo respeto que a los demás —continuó Carlene—. ¿Entendido?

Lonny se enderezó, aunque siguió respirando con dificultad.

—Entendido, pero no sabes lo que te pierdes.

Ella le permitió el desliz, porque sabía que lo había herido en su orgullo. Sólo le quedaba una cosa por decir.

—En cuanto a si mi cuerpo tiene algo que ver con lo bien que me lo puedo pasar, te diré que tengo las mismas partes que cualquier mujer. La diversión, en especial la que parece que buscas, es un estado mental, no físico.

Él asintió y se escabulló de la cocina sin hacer más comentarios.

Win llegó justo cuando se estaba yendo.

—¿Te has olvidado de lo que hablamos esta mañana? —le

preguntó.

Lonny sacudió la cabeza.

—Tenía que hablar de una cosa con Carlene.

—¿Algo que yo tenga que saber?

El chico se puso colorado.

—No, jefe. Nada importante.

Win miró a Carlene.

—¿Es verdad?

Ella asintió.

—Definitivamente, no era nada importante.

Lonny corrió hacia la cuadra antes de que su jefe pudiera hacer más preguntas.

—Voy al pueblo a comprar algunas cosas —anunció Win—. ¿Quieres venir y hacer la compra?

Carlene se tomó más tiempo del necesario para contestar. Necesitaba comprar cosas, pero no quería ir al pueblo con Win. Hacía lo imposible por evitarlos a él y a la intensidad que sentía cuando lo tenía cerca. Y después de lo que había pasado con Lonny no quería más situaciones incómodas con machos de la especie.

—No me había dado cuenta de que era una pregunta tan difícil —dijo Win con un gesto burlón.

Ella frunció el ceño. Tenía la impresión de que él sabía muy bien por qué vacilaba. Inexplicablemente, aquello la hirió en su orgullo.

—Sí, estaría bien ir de compras —contestó—. Espera que busque el bolso.

—No lo necesitas. Yo pagaré las cosas.

—¿No sabes que las mujeres nos sentimos desnudas sin el bolso?

A Win le brillaron los ojos, y Carlene se puso tensa esperando una respuesta locuaz. Sin embargo, él se limitó a decir que alguna vez su hermana se lo había comentado un par de veces y la llevó al coche.

—No sabía que tuvieras una hermana —dijo ella—. ¿Vive por aquí?

—No. Vive con su marido en Portland.

Carlene ocupó el asiento del acompañante de la furgoneta de Win y se puso el cinturón de seguridad.

—¿Y cómo se llama?

Si Win pensaba que era una entrometida, no dijo nada. Puso el motor en marcha y avanzó hacia la autopista.

—Leah Branson. Su marido dirige Branson Consulting, en las afueras de Portland. Puede que hayas oído hablar de esa empresa. Sale en los periódicos de vez en cuando.

—Me temo que no.

—Supongo que no te interesa mucho la sección de Economía del

periódico.

—A decir verdad, no —dijo ella, molesta por su tono condescendiente—. Me gusta leer noticias de interés social, no artículos aburridos sobre el estado de la economía.

También le gustaba la narrativa popular. En la universidad se habían burlado de ella por sus gustos literarios, pero se negaba a avenirse a las ideas ajenas sobre lo que debía leer o no una especialista en literatura francesa.

Se dio cuenta de que otra vez se estaba ofendiendo porque sí y suspiró.

—Lo siento. No pretendía ponerme a la defensiva.

—Y yo no pretendía ofenderte, cariño.

Carlene se preguntó por qué no le molestaba que Win la llamara «cariño» y le crispaba tanto que Lonny la llamara «nena».

—No me has ofendido, pero que no me interese la sección de Economía del periódico no significa que sea tonta.

Él apartó la vista de la carretera unos segundos para mirarla a los ojos.

—¿Eso ocurre con frecuencia?

—¿A qué te refieres?

—A que la gente piense que eres tonta.

—¿Por qué no leo los informes bursátiles?

—No. Por tu aspecto.

—La gente da por sentadas muchas cosas por el aspecto que tengo. Supongo que es una suerte que no sea rubia, porque no quiero imaginar lo que dirían de mi inteligencia.

—¿Por eso te fuiste de Texas? —preguntó él con el ceño fruncido—. ¿Te juzgaban mucho por tu aspecto?

La sensibilidad de Win le impresionó tanto que tardó en contestar. No sabía cuánto quería contarle y optó por ser críptica.

—Es una manera de decirlo —contestó.

—Preferiría que me lo explicaras con tus palabras.

—No me gusta hablar del pasado.

—De acuerdo.

La rápida aceptación de Win debería haberla tranquilizado, pero tenía la impresión de que sólo estaba ganando tiempo. Estaba prácticamente segura de que volvería a insistir con el tema y se apresuró a hablar de otra cosa.

—Cuéntame más de tu hermana —dijo.

A él se le suavizó la expresión.

—Tiene cinco años menos que yo y dos niños adorables.

—¿Y tus padres dónde están?

Win tensó los dedos en el volante.

—No sé donde estarán su padre ni el mío. Mi madre se mudaba

después de los divorcios, y perdimos el contacto. Tampoco es que defendieran mucho su derecho a visitarnos.

—¿Y tu madre?

—Murió en un accidente de avión hace doce años.

—¿Quién crió a tu hermana?

—Yo.

—Debió de ser muy duro perder a tu madre y tener que asumir de inmediato la responsabilidad de criar a una hermana adolescente.

—Estaba acostumbrado a cuidar de Leah —afirmó él—. Mi madre estaba demasiado ocupada casándose y divorciándose para prestarnos atención. Leah fue mi responsabilidad desde el día en que mi madre la trajo del hospital. Me sigue desesperando cada vez que llora.

La declaración de Win la conmovió profundamente. Era algo que no se habría esperado que dijera jamás.

—El divorcio es muy traumático para los niños. Me cuesta imaginar cómo habrá sido pasar por dos.

—Por cuatro —precisó él.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Tu madre se casó cuatro veces?

—Cinco. Se divorcio cuatro. Supongo que un psicólogo diría que tenía un problema con el compromiso.

—¿Y qué pasó con el quinto marido?

Carlene sabía que estaba preguntando más de lo que debía, pero lo cierto era que no se podía contener.

—Hank Garrison murió con ella en el accidente de avión.

—Usas el apellido de tu padrastro. ¿Te adoptó?

Win soltó una carcajada amarga.

—No, pero mi madre insistía en que nos cambiáramos de nombre cada vez que se casaba. Así que he tenido más apellidos que animales domésticos.

—Pero te quedaste con el de Garrison.

—Sí.

La lacónica respuesta de Carlene era una señal de que no quería hacer más comentarios al respecto.

—Lo siento mucho —dijo ésta, poniéndole una mano en el brazo.

Win le lanzó una mirada fría mientras aparcaba en la entrada de la tienda de comida.

—No sufras por mí. He sobrevivido.

Ella se sintió agredida y apartó la mano. Prefería reservarse la compasión para alguien que la necesitara, alguien que conservara algún resquicio de sensibilidad. El problema era que le dolía el

corazón cada vez que pensaba en la infancia de Win. Al menos entendía la aversión al matrimonio que había expresado el día de la entrevista. Tenía motivos para desconfiar de la institución.

Win la observó avanzar por el aparcamiento y no pudo evitar admirar cómo balanceaba las caderas al andar. Carlene se volvió cuando llegó a la entrada de la tienda y lo llamó con impaciencia. Él suspiró y obedeció a regañadientes.

Al salir a la carretera meditó sobre la conversación que habían tenido en el coche. No le gustaba hablar de su madre, pero tenía la esperanza de que si revelaba algunas cosas de su pasado, Carlene haría lo mismo. De todas maneras, él era un libro abierto. Cualquiera de los residentes más antiguos de Sunshine Springs podía contar su historia con todo lujo de detalles.

Tanta curiosidad le parecía una buena señal. Las mujeres querían informarse sobre los hombres que les interesaban. Aunque no le cabía duda de que Carlene se sentía atraída por él, le había dado un montón de señales contradictorias. Algo la estaba reprimiendo.

Win tenía la sensación de que en Texas le había pasado algo que la había dejado asustada, como un animal herido. La deseaba y, si quería que se entregara, tendría que ayudarla a superar el pasado y seguir adelante.

# Capítulo 4

A la mañana siguiente, Win fue a la cocina para preguntarle algo a Carlene y se detuvo en seco al verla agachada rebuscando en un armario bajo. Hacía mucho que no veía un trasero tan bonito como aquél. Tal vez fuera el trasero más bonito que había visto en su vida. Y además estaba en una postura que resultaba extremadamente excitante.

Se tomó un momento para disfrutar de la visión. Los vaqueros de Carlene no eran ajustados, pero no podían ocultar la preciosa curva de sus nalgas. Había notado que le gustaba usar ropa holgada y se preguntaba por qué, aunque no le parecía mal. No quería que los trabajadores tuvieran fantasías con ella, y sospechaba que Lonny ya las tenía. Aunque el chico no había hecho nada directo, no le gustaba que la mirara con lascivia.

Además de tener sus propias fantasías, Win había desarrollado toda una gama de sentimientos posesivos. La única mujer por la que sentía aquel instinto protector era su hermana, pero estaba seguro de que no quería verla desnuda. Con Carlene era distinto. Imaginaba que cuando por fin la tuviera en la cama no la dejaría escapar tan fácilmente.

Pensar en lo que planeaba hacer cuando llegara el momento le hizo subir la temperatura. Si se descuidaba, iba a entrar en un estado de deseo no correspondido y, por mucho que deseara a Carlene, tenía que administrar un rancho y un establo de adiestramiento.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —preguntó a modo de saludo.

Carlene se sobresaltó y soltó un grito ahogado. Debió de darse con la cabeza contra algo, porque se oyó un golpe seguido de un gruñido. Retrocedió un poco para salir del armario y se volvió a mirarlo.

En su expresión había un calor comparable al que sentía Win entre las piernas.

—Me has asustado —dijo con tono acusador.

—¿No me has oído entrar?

Win sabía perfectamente que no lo había oído, porque de haberlo hecho no habría permanecido en aquella posición tan sugerente. Cuando se trataba de deseo, Carlene se comportaba como

una criatura inexperta. La había visto mirarlo con una pasión esperanzadora, pero no había coqueteado con él en ningún momento. Era como una yegua en celo que no estuviera segura de querer ni de saber aparearse con el semental.

Win le dejaría dar unas cuantas vueltas por el picadero, pero más tarde o más temprano la arrinconaría.

Ella se frotó la cabeza, y los senos se le apretaron contra el delantal que usaba desde que llegaba a la casa hasta que se iba.

—No, no te había oído —contestó—. ¿Por qué no has dicho nada?

—Lo he hecho.

—Esos armarios no son muy prácticos. Es casi imposible llegar al fondo sin meterse dentro.

Él se encogió de hombros.

—Yo llego sin problemas.

—Pues yo no —puntualizó ella—. Y a menos que quieras ocuparte tú de la cocina, será mejor que encuentres una forma de hacer que los cacharros estén más a mano.

—Tal vez podría pedirle a uno de los peones que ponga un estante aparte.

—Vaya, eso estaría muy bien. De hecho, sería genial.

Carlene lo miró con un recelo repentino y añadió:

—Pero no se lo pidas a Lonny.

Win entrecerró los ojos y trató de descifrar la expresión de su cara.

—¿Te ha dicho algo? ¿Te ha molestado?

Ella se dio la vuelta para poner en el fregadero la olla que había estado buscando y abrió el grifo.

—Preferiría no tenerlo tan cerca. ¿Shorty no sabe poner un estante? Me cae mejor.

Win no quería dejar de lado el tema de Lonny, pero tenía la impresión de que Carlene había dicho todo lo que estaba dispuesta a decir. Tal vez hubiera notado cómo la miraba y se sintiera avergonzada. Aunque por el aspecto que tenía se podía pensar que estaba acostumbrada a atraer las miradas masculinas, daba la sensación de que no le gustaba.

—Shorty es un manitas, pero ahora lo necesito en las caballerizas. Llama a un carpintero.

Carlene cerró el grifo y volvió la cabeza para mirarlo con una sonrisa de gratitud.

—¿Estás seguro?

—Cariño, no me digas que te preocupa que no pueda pagarlo.

Ella se echó a reír.

—No, preguntaba si creías que valía la pena. De acuerdo,

mañana llamaré al carpintero. Gracias.

—De nada.

Carlene trató de levantar el enorme cacharro de hierro y se le volcó parte del agua.

—Había olvidado cuánto pesan estas cosas.

Win se situó detrás de ella, la rodeó con los brazos y levantó la olla.

—¿Quieres que la ponga en la cocina?

Ella se quedó inmóvil, como un conejo atrapado.

—Sí, por favor —contestó con un murmullo entrecortado.

Él se moría de ganas de besarle el cuello para ver cómo reaccionaba, pero se contuvo. Las yeguas solían rebelarse si el adiestrador las asustaba con peticiones que no estuvieran preparadas para asumir.

Retrocedió y llevó la olla hasta la cocina.

Carlene se volvió a mirarlo con las mejillas sonrosadas. A Win le gustó ver cómo le había afectado su cercanía. A él también le había afectado, y mucho. Si se descuidaba, acabaría andando como un novato dolorido de tanto montar. De hecho, sentía que los vaqueros le estaban estrechos, cuando normalmente le quedaban muy cómodos.

—Gracias —dijo ella.

—No hay de qué, cariño.

Win se quedó mirándola preparar el guiso. Le gustaban la elegancia y la naturalidad con que se movía. Le hizo gracia que, en vez de inclinarse hacia delante, se pusiera en cuclillas para sacar la carne del frigorífico. Si Carlene creía que la visión de sus muslos presionados contra la tela del pantalón era menos excitante que la de su trasero, aún tenía mucho que aprender sobre los hombres.

Ella se enderezó y puso la carne en la tabla de cortar.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, cariño.

—¿Qué haces aquí? Dudo que quieras una clase de cocina, y no sé por qué te quedas mirándome preparar la cena cuando deberías estar en los establos.

El tono hosco lo hizo sonreír.

—Mira que eres mandona.

—Fuiste tú quien me dijo que no quería interrumpir su trabajo para lidiar con asuntos domésticos —replicó ella apretando los dientes—. Tienes que haber venido por algún motivo.

—Sí.

—¿Y cuál es?

Parecía que Carlene se le iba a echar al cuello, aunque no con intenciones románticas.

—Quería preguntarte si me puedes dejar un par de platos precocinados para el fin de semana. Rosa lo hacía, y me venía muy bien.

—Sí, no hay problema.

—Bien.

Él se giró para irse, pero se detuvo a los pocos pasos.

—Puede que mañana ponga el estante yo mismo —añadió.

—No, en serio. Tu idea de llamar al carpintero es buena.

—Como quieras.

Win salió de la cocina con la cara de consternación de Carlene grabada en la cabeza. Lo había pillado in fraganti, pero no se había horrorizado, e imaginaba que era una buena señal.

Estaba seguro de que la domaría, aunque antes tenía que conseguir que se acostumbrara a tenerlo cerca. Era como una potranca nerviosa, y todo el mundo sabía que él tenía un talento especial para domar yeguas.

# Capítulo 5

Dos semanas después, Carlene estaba dispuesta a despedirse. Entre las miradas de Lonny y los ojos soñadores de Win, estaba desesperada.

Aunque Win no había insinuado nunca que el trabajo implicara que tuviera relaciones sexuales con él, no hacía nada por disimular que la deseaba en su cama. No había dicho ni hecho nada, pero la miraba con una pasión que la derretía. Y el hecho de que encontrase cualquier excusa para estar cerca de ella complicaba aun más la situación.

El día anterior había insistido en ayudarla a bajar un cuenco de cerámica del estante más alto de la despensa. Habría estado bien si no le hubiera impedido apartarse antes de estirarse a recogerlo.

El problema era que no podía negar lo mucho que le afectaba la cercanía de Win. Durante un momento se había olvidado de lo que tenía que hacer y se había quedado paralizada, oliéndole la piel. Lo peor del caso era que él se había dado cuenta y se había echado a reír. Debía de pensar que era como un melocotón jugoso y listo para comer.

Suspiró y puso más mantequilla en la masa de los bollos que estaba preparando para la cena.

No quería marcharse; le gustaba su nuevo trabajo. Shorty podía no saber mucho de cocina, pero era un encanto. Los demás también le caían bien, a excepción de Lonny. Disfrutaba cocinando para ellos, y no le costaba mantener la casa limpia. Win era pulcro y ordenado, y además tenía la ayuda de las asistentas, que iban tres veces por semana.

Le gustaba todo lo relacionado con su trabajo en el Bar G, menos la forma en que la hacía sentir su jefe.

Se suponía que lidiar con un hombre interesado no tenía que ser tan difícil. Los hombres se habían interesado por ella desde que había empezado a usar sujetador. Sin embargo, con Win era diferente. Le aterraba sentirse prácticamente dominada por el deseo de entregarse a la invitación que veía en aquellos ojos azules. Él había dejado muy claro que no le interesaba el matrimonio, y ella no había cambiado de opinión sobre la posibilidad de tener una aventura. En primer lugar, porque creía que se merecía algo más; y en segundo, porque ningún colegio de un pueblo tan pequeño como

Sunshine Springs iba a contratar a una maestra con fama de casquivana.

Se estremeció al sentirse observada, se dio la vuelta y dejó caer la espátula en el bol.

Win estaba apoyado contra la pared, mirándola. Lo hacía muy a menudo, y a ella no le apetecía en absoluto tener que enfrentarse a algo que no sólo la ponía nerviosa, sino que la excitaba.

Se obligó a sonreír.

—Hola.

Él se apartó de la pared y avanzó hacia ella. A medida que acortaba la distancia, Carlene se ponía cada vez más tensa. Trató de retroceder, pero se topó con la encimera.

—Win…

Él se estiró para tocarle la mejilla.

—Creía que la harina era para los bollos —bromeó.

—Lo es.

Carlene no se podía mover y no se le ocurría qué más decir.

—No es un maquillaje muy atractivo, pero a ti te queda bien.

—No me había dado cuenta de que llevaba la cena encima —dijo ella, limpiándose los restos de harina.

—A mí no me importaría…

—¿Cómo dices?

—Que no me importaría comer de tu cuerpo —contestó él con un susurro ronco.

Carlene sintió que le hervía la sangre con una mezcla de rabia y deseo. Se obligó a anteponer la ira y empujó a Win hasta hacerlo retroceder un par de pasos. Luego se quitó el delantal y lo arrojó a la mesa.

—Basta. Dimito.

Al ver que él no le pedía disculpas ni le rogaba que se quedara, le clavó el índice en medio del pecho y añadió:

—Mira, don Seductor, estoy harta de que me mires como si fuera una yegua en celo y tú el semental que me va a montar. ¿Entendido?

—Creo que sí —dijo él con una sonrisa ofensiva.

—¿Qué has entendido?

—Que no quieres que te mire con deseo.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Vas a dejar de hacerlo? —replicó, exasperada.

Win se estiró y le pasó los dedos por el brazo. El deseo le hizo sentir cosquillas en el estómago y tuvo que reprimir un gruñido.

—No sé si podré, Carlene. Te deseo y no sé muy bien por qué te molesta tanto. ¿Acaso te he obligado a hacer algo?

—No —reconoció ella—. Pero no se trata de eso.

—¿Y de qué se trata? ¿No te gusta sentir que también me deseas? Si es eso, puedo ayudarte, cariño.

La promesa en la voz de Win la hizo estremecerse con sentimientos que no quería reconocer.

—Olvídalo —dijo—. No me interesa una noche de sexo y entiendo que es todo lo que estás dispuesto a ofrecer. No quieres saber nada de matrimonio y compromiso.

Él la tomó del brazo.

—El día de la entrevista dejé claro que no tengo intención de casarme, pero entre una aventura de una noche y el matrimonio hay un montón de posibilidades. Jamás he dicho que no me interese ninguna clase de compromiso. Puedo asegurarte que mientras compartas mi cama, no tendré relaciones con nadie más.

—¿Una aventura? —replicó ella furiosa mientras apartaba el brazo—. ¿Crees que una relación sin ataduras es notablemente mejor que una noche de sexo?

Él entrecerró los ojos.

—No pretenderás convencerme de que te has casado con todos los que te has acostado, ¿verdad?

El calor del deseo que había estado sintiendo Carlene se convirtió en un dolor gélido. Al parecer, Win era igual que los demás y basaba las suposiciones en sus curvas, no en su personalidad. Imaginaba que se moriría de risa cuando se enterara de que a los veintiséis años seguía siendo virgen. Aunque pareciera una chica de calendario, llevaba toda la vida luchando contra su imagen.

En el instituto no había tenido mucha vida social, porque había estado más interesada en los estudios que en los chicos. Y en la universidad tampoco, porque cuando los hombres descubrían que no se la llevarían a la cama fácilmente, se iban a buscar chicas con menos reparos.

Poco antes de empezar a trabajar en el rancho había planeado perder la virginidad con Grant Strickland, un hombre bueno y encantador. Desafortunada o afortunadamente, según se mirara, su elección había sido inoportuna: Grant estaba enamorado de otra y no le interesaba tener una aventura con ella.

Aún sentía vergüenza cuando pensaba en cómo se había arrojado a los brazos de Strickland. Evidentemente, no tenía un sexto sentido para relacionarse con los hombres que la atraían.

Y Win no era la excepción. Su situación le daba ganas de llorar. Él la afectaba más de lo que la había afectado ningún hombre, incluido Grant. Sin embargo, no estaba dispuesta a arriesgar su reputación y sus objetivos por algo tan transitorio como una

aventura; en especial, una aventura con un hombre que había dejado claro que jamás iba a asumir un compromiso a largo plazo.

Avanzó hacia la puerta. No podía quedarse allí. Deseaba demasiado a Win, y el riesgo era muy grande. Sacó el bolso de un armario y dijo:

—Puedes mandarme el cheque con la liquidación por correo.

Carlene tenía que salir de allí cuanto antes, porque no sabía cuánto tiempo podría mantener sus emociones a raya. Tenía la mano en el picaporte cuando él la tomó de la muñeca con los dedos apretados como una tenaza.

Win no podía permitir que Carlene cruzara aquella puerta. No entendía por qué estaba tan enfadada, pero estaba dispuesto a averiguarlo. Se sentían atraídos mutuamente y, desde su punto de vista, no tenía nada de malo.

—¿Qué demonios crees que haces? —preguntó, mientras la hacía volverse hacia él.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—Me voy. Suéltame.

—No. Ni te vas ni dejaré que lo hagas. ¿Entendido?

—Sí —contestó ella entre dientes.

—Vamos a aclarar esto.

Al verla sacudir la cabeza con terquedad, Win se preguntó si no sabía que se suponía que a las mujeres les gustaba hablar las cosas.

—No tenemos nada que aclarar —dijo ella—. Quieres que tu ama de llaves sea un objeto sexual. Sólo que se te olvidó mencionarlo cuando me dijiste en qué consistía el trabajo, aunque no se te olvidó hablarme de tu postura frente al matrimonio. No me interesa ser la amante ocasional de nadie, así que me voy.

Win no daba crédito a sus oídos. «Objeto sexual» y «amante ocasional» eran descripciones demasiado contundentes. Se obligó a no perder los estribos y la alzó en brazos. Ella gritó algo sobre los vaqueros autoritarios e insufribles, pero no le hizo caso. Si le prestaba atención, estallaría.

Carlene no dejó de insultarlo durante todo el camino desde la cocina hasta el salón. Había pasado a los puñetazos en el pecho cuando por fin la dejó en el sofá. En cuanto la soltó, se puso en pie y lo miró furiosa.

—No puedes tratar así a tus empleados y esperar que se queden —espetó—. ¿Se puede saber qué hiciste con Rosa? ¿Maltratarla hasta que se fue?

Win no pudo evitar sonreír ante la idea de que alguien se atreviera a maltratar a su ex ama de llaves, una mexicana de setenta y cinco kilos y doce nietos.

—No. Rosa se fue porque a su hija se le adelantó el cuarto parto.

Al ver que Carlene seguía con mala cara suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Maldita sea —farfulló—. No pretendía maltratarte, cariño.

—No me llames cariño. Es un exceso de confianza que podría considerarse acoso.

—¿Por qué eres tan terca? Ni te estoy maltratando ni te estoy acosando.

Ella arqueó las cejas.

—¿Y cómo definirías al hecho de llevarme en brazos por toda la casa contra mi voluntad?

—Como tratar de llevarte a un sitio donde no nos interrumpan ni Shorty ni los demás.

—¿Qué tiene de malo que Shorty oiga que dimito? —preguntó ella con los brazos en jarras—. No es ningún secreto de estado.

Win empezaba a hartarse, pero una vez más trató de plantear la situación en términos razonables.

—En primer lugar, no vas a dimitir —señaló—. Y en segundo, no quiero que Shorty ni nadie nos oiga hablar de nuestra relación.

—La única relación que tenemos es laboral y, en lo que a mí concierne, se ha terminado.

—Muy bien. Dimite como ama de llaves si quieres, pero no te librarás de mí tan fácilmente.

—¿Me estás amenazando? ¿Qué piensas hacer? ¿Seguir acosándome?

Era más de lo que Win podía soportar. Ella pareció notarlo de inmediato, porque se puso tensa y se preparó para salir corriendo. Él no le dio la oportunidad; la atrajo hacia sí y le plantó un beso en la boca.

El único problema fue que, en cuanto le rozó los labios, la ira acumulada se esfumó en una nube de deseo desesperado.

Si Win hubiera seguido furioso, Carlene habría podido resistirse al beso. Pero no fue así. Él redujo la tensión con que la sujetaba, le quitó el broche del pelo y le pasó los dedos entre los rizos revueltos.

De repente, la discusión, el enfado, todo, desapareció ante la sensación de aquella boca apasionada. Carlene abrió los puños y dejó las manos relajadas sobre el pecho de Win. Podía sentir la fuerza de los músculos bajo la tela suave de la camisa.

Él le lamió el labio inferior y la hizo estremecer.

—Abre la boca, cariño. Me muero por sentir tu sabor.

Ella no se pudo resistir a la desesperación que oyó en su voz, separó los labios y lo invitó a seguir. Win no perdió ni un segundo y le introdujo la lengua para devorarle la boca.

Carlene se aferró a él. Jamás había experimentado lo que estaba sintiendo y tenía miedo de desmayarse. Win gruñó y la apretó contra su pecho, sujetándole el trasero con una mano y la cabeza con la otra.

Ella le pasó las manos por el cuello y entrelazó los dedos al llegar a la nuca. La lengua de Win demandaba una pasión a la que Carlene respondió con creces. Se unió a los movimientos y disfrutó al oír los gemidos que le arrancaba.

Cuando la empujó contra su pelvis, ella sintió una descarga eléctrica en el centro de su ser y gimió. Él apartó la boca y le recorrió el cuello a besos. La respiración de Carlene se volvió una sucesión de gemidos de placer. Cada vez sentía más calor y humedad entre las piernas. Nunca había imaginado que se pudiera gozar tanto.

—Oh, sí… Cariño…

Carlene se estremeció al sentir el aliento cálido en el oído. De repente, todo tambaleó, y se encontró tumbada debajo de Win en el sofá. Su mundo se reducía a los cojines en los que se apoyaba y al hombre que tenía encima.

—Lo vamos a pasar tan bien juntos… Te lo prometo.

Aquellas palabras rompieron el hechizo de la pasión, y Carlene empezó a forcejear.

—Déjame levantarme, Win.

Él no pareció oírla; le siguió desabotonando la camisa y le introdujo una mano por el escote. La sensación de los dedos contra la piel trémula casi la arrastró de nuevo al torbellino de pasión en que había estado atrapada desde el primer roce de sus labios.

Pero Win dijo algo que funcionó como una ducha de agua fría.

—Eh, no te preocupes, cariño. Tengo preservativos.

Ella se puso a forcejear desesperada.

—Déjame salir, Win. Lo digo en serio. Suéltame.

Él dejó de besarla y levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Por favor, suéltame —insistió ella, al borde de las lágrimas.

Win se apartó lentamente con cara de perplejidad y la ayudó a sentarse.

—Estaba yendo muy deprisa, ¿verdad?

Carlene asintió; el llanto de frustración le obstruía la garganta y le impedía hablar. Estaba segura de que después de lo que había pasado, Win creería que estaba dispuesta a tener una aventura ocasional. Le temblaban las manos y se maldijo entre dientes al ver que no podía cerrarse los botones.

—Déjame a mí —dijo él.

En menos de diez segundos le había abotonado la camisa. El

hombre era rápido, en más de un sentido. La tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos. Tenía las pupilas dilatadas y aún se veían restos del deseo que se había visto obligado a controlar.

—¿Estás mejor? —preguntó.

Carlene no volvería a estar bien nunca.

—Sí —mintió.

Él asintió y se giró para buscar algo en el suelo.

—Lo tengo —anunció, levantando el broche como si fuera un trofeo.

—Gracias.

—De nada, cariño.

Carlene se recogió el pelo lo mejor que pudo y respiró profundamente para tratar de recobrar la calma.

—Tenemos que hablar, Win.

—Lo sé.

El problema era que ella no sabía qué decir. Por suerte, él tuvo la deferencia de tomar la palabra.

—Te debo una disculpa —dijo—. Lo siento, pero no estoy acostumbrado a los sentimientos que me provocas. Mi única excusa es que tenía que hacer algo para evitar que te fueras y no se me ocurría nada mejor para retenerte que traerte aquí.

—¿Y qué pensabas hacer mañana cuando no viniera a trabajar? —replicó ella con una sonrisa—. ¿Secuestrarme?

Había sido una broma, pero él se lo tomó en serio y la miró apenado.

—No sé qué habría hecho —reconoció—. Supongo que cuando uno se pone en plan supermacho no piensa con claridad.

A pesar de lo que había ocurrido, Carlene tenía la sensación de que Win era capaz de aceptar una negativa.

—Me temo que no.

Él asintió.

—¿Qué vas a hacer?

# Capítulo 6

La pregunta la pilló por sorpresa. Carlene había imaginado que Win interpretaría su reacción ante el beso como una muestra de su supuesta disposición a tener una aventura, y que él dudara la había hecho dudar. Si Win hubiera insistido en que se quedara, se habría ido sin pensárselo dos veces.

—No lo sé —contestó.

—¿Te quedarías si me comprometo a respetar tu ritmo?

La pregunta la desconcertó. No quería imponer las condiciones para tener una aventura, pero tampoco se atrevía a rechazarlo directamente. Sabía que lo ofendería, porque no estaba acostumbrado a que las mujeres le dijeran que no ni a dejar que otra persona asumiera el control de la situación.

Decidió que la única alternativa era ser sincera.

—Me gustas.

—Ya me parecía —dijo él, muy sonriente.

—Pero aunque me parecieras el hombre más atractivo del mundo, no me interesaría tener una aventura. Ya no tengo edad para andarme con jueguecitos.

En vez de fruncir el ceño como esperaba ella, Win sonrió.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó—. ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco? Tienes mucho tiempo antes de empezar a preocuparte por tu reloj biológico.

—Tengo veintiséis, y lo que me preocupa no es mi reloj biológico. A riesgo que sonar anticuada, me preocupa mi reputación.

Y su corazón, aunque prefería no mencionarlo en aquel momento.

Él se quedó mirándola durante un rato, como si le estuviera evaluando la fuerza de voluntad.

—Reconozco que no me gusta tener que esconderme —dijo al fin—, pero puedo entender que quieras ser discreta.

—Cuando digo que no quiero tener una aventura no es porque me preocupe el tema de la discreción.

—¿Estás diciendo que el beso no te ha hecho cambiar de opinión?

—Es exactamente lo que estoy diciendo —reconoció angustiada —. No voy a negar que te deseo, Win.

Él soltó una carcajada.

—Menos mal.

—Pero no me interesan las relaciones ocasionales.

—¿De verdad vas a dimitir?

Carlene suspiró. No quería dimitir; menos aún, después de aquella conversación.

—No —contestó—. Soy mayorcita y puedo lidiar con un poco de atracción sexual.

Esperaba estar en lo cierto. Necesitaba el trabajo y se le helaba el corazón al pensar en la posibilidad de no volver a ver a Win. Aunque no fuera la elección más segura, era la única que podía soportar.

Él le guiñó el ojo con sensualidad, visiblemente aliviado.

—Yo también, cariño. Pero te advierto que te deseo y que eso no va a cambiar.

Ella asintió y aceptó la declaración como lo que era: un desafío. Sólo esperaba no estar siendo una estúpida irremediable por creer que podría estar a la altura.

—¿Es cierto que ayer cargaste a Carlene por toda la casa como si fuera un saco de patatas? —preguntó Shorty.

Win no se lo esperaba y estuvo a punto de tirar de la brida de su caballo. Alzó la cabeza y miró al peón a los ojos.

—¿De dónde has sacado esa tontería?

No había cargado un saco de patatas al hombro en su vida.

—Joe dice que entró en la cocina a buscar un trozo de tarta justo cuando te estabas llevando a nuestra nueva cocinera —dijo Shorty mientras se arreglaba el sombrero—. Dice que Carlene estaba gritando como una loca.

Win tendría que regañar a Joe por andarse con chismes. No le gustaba nada que los trabajadores hablaran de Carlene y de él, pero era suficientemente listo para darse cuenta de que era inevitable.

—¿Eso ha dicho? —preguntó.

—Sí. Estábamos casi seguros de que iba a dimitir y nos aterraba la idea de tener que volver a mis comidas.

—Pues no ha dimitido.

—Lo sé. Está preparando lasaña para la cena. La comida de esa muchachita hace que a cualquiera se le abra el apetito.

Para Win no tenía sentido seguir con la conversación y se quedó callado, con la esperanza de que Shorty lo entendiera.

—A una chica como ésa no se le pueden tensar mucho las riendas, jefe.

A Win no le sorprendía el comentario. Carlene se había ganado el cariño de los peones a los dos días de llegar. No sólo cocinaba

bien, sino que siempre tenía una palabra amable y una sonrisa para todos. Para todos salvo para Lonny.

Win seguía sin saber qué había pasado el día en que había lo había encontrado saliendo de la cocina con cara de ternero recién marcado. Aunque se lo imaginaba, y lo sacaba de quicio pensar que otro hombre se hubiera creído con derecho a tratar de seducirla. La reacción de Carlene cuando habían hablado del estante nuevo en la cocina lo hacía sospechar aún más, pero no podía poner a Lonny en su sitio hasta estar del todo seguro.

Quería que sus empleados y el resto del mundo supieran que Carlene era suya. El problema era que no era suya. Al menos, de momento. Y lo peor era que tenía la espantosa sensación de que cuando por fin accediese querría ser discreta.

No sabía qué creían que ganaban las mujeres al ocultar una relación, pero imaginaba que Carlene se iba a empeñar en ello. En realidad, nada indicaba que fuera a consentir una relación. Nada excepto la manera en que había reaccionado a sus caricias. Un hombre podía tener grandes esperanzas frente a una reacción como aquélla.

Shorty carraspeó para recordarle que no estaba solo con sus pensamientos.

—Sabes a qué me refiero, ¿verdad, jefe?

—Carlene no es un caballo —dijo Win, aunque él también hacía comparaciones de aquel tipo.

Shorty se encogió de hombros.

—Las mujeres y los caballos tienen mucho en común. No les gusta que los maltraten y hay que tener paciencia para ganarse su confianza.

—¿Dónde demonios has aprendido eso? ¿En la escuela de seducción para vaqueros?

—Estuve casado un montón de años, chico. Y se aprende mucho sobre mujeres cuando se vive con una.

Win no se lo podía discutir. Los dieciocho años que había vivido con su madre y los casi dos con su ex mujer le habían enseñado mucho sobre el sexo opuesto. La lección más importante era que las mujeres acababan por irse. Imaginaba que Carlene seguiría la misma pauta, pero se aseguraría de llevársela a la cama antes de que se fuera.

—¿Te quedarías más tranquilo si supieras que le pedí disculpas? —preguntó.

—¿Y te ha perdonado? Eso es buena señal, muy buena señal.

—Os agradecería que dejarais de hacer conjeturas sobre mi relación con Carlene.

—No sabía que ya tuvierais una relación —replicó Shorty con

una risita cómplice—. A Lonny no le va a gustar nada cuando se entere.

Win frunció el ceño.

—Pues, si es inteligente, se guardará su opinión.

—El chico no es estúpido, jefe. No creo que diga nada, aunque no estoy seguro de que vaya a dejar en paz a Carlene. He visto cómo la mira. Es obvio que fantasea con ella.

Win también la miraba con deseo, pero lo que quería de Carlene era muy diferente de lo que quería su empleado. Quería mucho más que un escarceo amoroso. Quería estar con ella todo el tiempo que les hiciera falta para entender qué sentían el uno por el otro.

Imaginaba que Lonny sólo estaba buscando una experiencia con una mujer hermosa, y no iba a permitir que la tuviera con Carlene. Pensó en la posibilidad de despedirlo, pero comprendió que no sería justo. No podía echarlo por tener sentimientos. Al menos, aquel día.

Sin embargo, podía amonestarlo.

—Si quiere conservar el trabajo —dijo con gesto severo—, tendrá que controlar las hormonas cuando esté cerca de Carlene.

Al peón se le iluminó la cara de satisfacción.

—Vaya, me alegra comprobar que no estás tan ciego como pensaba. No es fácil encontrar a una mujer como Carlene, y ya va siendo hora de que sientes la cabeza y formes una familia. En mi humilde opinión, esa chica sería una madre maravillosa.

—Déjate de delirios matrimoniales, viejo. Los únicos niños que quiero cerca son los de mi hermana. Me gusta verlos cuando los trae de visita y, sobre todo, me gusta que se los lleve cuando se va.

A pesar de la sensación de vacío que le dejaron aquellas palabras, Win se negaba a retractarse.

El otro hombre resopló disgustado.

—Creía que por fin te estabas espabilando. Ya veo que no.

Shorty desvió la vista hacia la casa, donde Carlene estaba sacudiendo las alfombras al sol.

—Sin embargo —añadió—, puede que aún tengas solución.

—Olvídalo.

El peón dio media vuelta y se fue farfullando algo sobre mulas tercas que se hacían pasar por hombres.

Win lo miró alejarse. Por culpa de Carlene tenía la cabeza hecha un lío. Lo afectaba tanto que no sabía si iba o volvía; lo que sí sabía era que no iba a renunciar a una vida de lecciones aprendidas con dolor por ninguna mujer, ni siquiera por una tan atractiva como su ama de llaves.

Carlene se comportaba como una mujer que buscara marido, pero él no se lo creía. Había dejado tan claro que pensaba irse que cabía suponer que tampoco le interesaba una relación permanente.

Aun así, la idea de una aventura le parecía insultante, e interponía el matrimonio como una especie de barrera entre ellos.

Win no sabía por qué creía que se tenía que casar, pero lo averiguaría. Y entonces la haría olvidarse de la boda y del resto de sus planes. A fin de cuentas, era un hombre que sabía conseguir lo que quería, y quería a Carlene Daniels.

# Capítulo 7

Una semana después, Win seguía sin debilitar las defensas de Carlene. De hecho, sentía que había encerrado sus emociones en un corral más seguro que el que usaba para entrenar a los caballos. Aquella mujer era tan testaruda y frustrante como los animales.

Suspiró, se echó hacia atrás en la silla y apoyó los pies en la mesa. Era un placer que no hubiera nadie para regañarlo. De haber estado casado, tendría que haber oído la reprimenda de su mujer.

Cuando su ex esposa no se estaba quejando de la falta de oportunidades y de vida social de Sunshine Springs, solía criticarle los modales. Las costumbres de Win le parecían demasiado toscas para su gusto refinado. Era una lástima que no lo hubiera pensado antes de casarse. Y, sobre todo, era una lástima que él no lo hubiera pensado. No había prestado atención a los indicios, porque el miedo, el dolor y el deseo insatisfecho le habían nublado el juicio.

Rachel había insistido en esperar al matrimonio para tener relaciones. En opinión de Win, había usado el sexo y todo lo que tenía a mano para tratar de manipularlo; primero para que se casaran y después para que vendiera el rancho y se mudaran a la ciudad.

Aunque había estado poco tiempo con Rachel, había aprendido mucho y no estaba dispuesto a olvidar la lección.

Pensar en su ex mujer lo ponía de mal humor, y se alegró de que el timbre interrumpiera sus cavilaciones. Se puso en pie y avanzó hacia la entrada. Cuando insistieron en llamar pensó en Carlene.

Pero no era ella quien estaba al otro lado de la puerta, sino su hermana. Inmediatamente se sintió culpable por la desilusión que había experimentado al abrir.

Leah se echó en sus brazos.

—Win, tienes que ayudarme —dijo entre sollozos—. Ya no sé qué hacer. Es demasiado.

Él le dio unas palmaditas en la espalda y miró hacia el coche aparcado cerca de la entrada. En la penumbra se veían sólo dos cabezas pequeñas. Leah había llevado a sus hijos de dos y cuatro años, pero Mark, su marido, no la había acompañado.

Win la abrazó durante un momento.

—Tranquila, Leah. Que entren los niños, y luego me cuentas qué te pasa.

Ella asintió y reprimió un sollozo. A Win se le hizo un nudo en la garganta. Odiaba verla llorar.

Por aquel motivo, no tuvo nada de raro que una hora después hubiera accedido a quedarse con los niños durante unos días mientras Leah trataba de aclararse un poco. Parecía que su matrimonio estaba en peligro, y necesitaba tomarse un descanso.

Win esperaba que a Carlene le gustaran los niños, porque sus responsabilidades laborales estaban a punto de cambiar. Necesitaba tanto una niñera como un ama de llaves. Pensaba aumentarle el sueldo y cruzaba los dedos para que aceptara. Sobre todo, después de que le hablara del otro cambio que necesitaba que hiciera.

—Estás loco si pretendes que me mude aquí —dijo Carlene, mirándolo furiosa—. Acepté este trabajo porque sólo se trataba de limpiar y cocinar. ¿Ahora quieres una niñera interna? Olvídalo, Win. Tendrás que buscarte a otra persona.

Él necesitaba convencerla, y pronto. Tenía todo un día de trabajo por delante y ya llevaba un par de horas de retraso, porque se había tenido que quedar en la casa esperando a Carlene.

—Cuando te entrevisté te dije que tu trabajo consistía en encargarte de los asuntos domésticos —señaló con la esperanza de sonar convincente—. Sé que cuidar a los niños va más allá de las tareas para las que te contraté, pero no es algo permanente y te daré una buena paga extra.

Ella estalló como un volcán.

—¿Crees que puedes sobornarme para que ponga en juego mi reputación? Por no mencionar lo cansado que sería cuidar de dos crios.

Él no comprendía por qué estaba tan obsesionada con su reputación, pero estaba claro que entendía de niños si sabía que era agotador cuidar a dos pequeños. Shelly se había despertado durante la noche llamando a su madre, y no había resultado fácil conseguir que se volviera a dormir. Win no quería pasar otra noche igual. Los niños necesitaban una presencia femenina, y Carlene hablaba como si tuviera experiencia.

—¿Has cuidado a muchos niños?

Ella lo miró con recelo, pero asintió.

—Mientras estaba en el instituto trabajé de canguro. Cuidé a unos gemelos desde que tenían unos meses hasta que aprendieron a dejar los pañales. No dudo que tu hermana necesite un respiro, sobre todo si su marido viaja tanto; pero no es mi responsabilidad que hayas aceptado darle ese respiro.

Él abrió la boca para contestar, y ella lo interrumpió:

—Tendrás que buscarte a otra persona.

Win frunció el ceño. No había imaginado que alguien tan amable como Carlene pudiera negarse a ayudarlo. La había visto desvivirse preparándole infusiones contra la artritis a Shorty y le había oído suplicar que no despidiera a Lonny cuando por fin se había enterado de lo ocurrido en la cocina. Había pensado que la amabilidad y el entendimiento cabrían también para el jefe.

—Pues tu contrato acaba de cambiar y ahora incluye cuidar de mis sobrinos mientras estoy en el establo.

—Contrata a una adolescente —replicó ella.

—No conozco a nadie tan bien como para confiarle el cuidado de los hijos de mi hermana.

Aquello pareció descolocarla. Había abierto la boca para responder, pero la cerró de golpe.

Él se apresuró a zanjar el asunto antes de que pudiera ordenar sus ideas.

—Vamos, cariño. Sólo serán unos días. No me digas que eres capaz de dar la espalda a dos niños indefensos que te necesitan.

—No estoy dando la espalda a dos niños indefensos. Me estoy negando a hacer lo que el arrogante, cabezota y autoritario de su tío pretende que haga. Me parece que hay una gran diferencia.

—Pues ese arrogante, cabezota y autoritario es tu jefe y te recuerda que tu trabajo consiste en ocuparte de las cuestiones domésticas —arremetió él—. Si quieres ayuda con los niños, llama a una agencia para que envíe a alguien que te ayude con la cocina y la limpieza. Pero no voy a dejar a mis sobrinos a cargo de un desconocido. Te quiero a ti con ellos.

—¡Win! Fuiste tú quien se comprometió a cuidar de ellos.

Por muy pertinaz que fuera Carlene, él no estaba dispuesto a ceder. No podía. En aquel momento estaban pasando demasiadas cosas en el rancho como para que se tomara unos días libres.

—Rosa no habría tenido problema en ocuparse —dijo—. De hecho, habría insistido.

—¿Y por qué me tendría que importar eso?

—Porque era una buena ama de llaves, y tú también.

Ella se echó a reír a carcajadas.

—¿Crees que aspiro a ser la empleada del mes?

—Eres una de esas personas que se enorgullecen de hacer su trabajo lo mejor que pueden, sea cual sea el trabajo.

—He sido una excelente ama de llaves.

—Sí, y ahora te pido que hagas algo más. Es igual que cuando le pido a Shorty que se quede con una yegua preñada, o cuando me levanto dos horas antes durante un mes para sacar adelante un proyecto especial. Por favor, Carlene, necesito que me ayudes.

Ella relajó la expresión mientras oía la última frase, y Win se

preguntó por qué no se le había ocurrido usar antes aquella estrategia. Fundamentalmente, por orgullo. Odiaba pedir favores y reconocer que necesitaba algo de los demás, y en especial de una mujer. Le habían fallado demasiadas veces.

—De acuerdo —aceptó Carlene—. Ya veré cómo lo resuelvo, pero no me quedaré a dormir. Las noches son tu responsabilidad.

—No tengo problema en cuidar de los niños, pero tengo yeguas a punto de parir. No puedo dejar a Shelly y Jared solos en casa cuando me necesiten en los establos. Además, echarán mucho de menos a su madre. Necesitarán consuelo, una presencia femenina…

—Dudo que una perfecta desconocida pueda consolarlos mejor que su tío.

Win reprimió una sonrisa. No se podía creer que Carlene no supiera qué efecto tenía en la gente.

—Cariño, tú podrías consolar a un león herido. Mis sobrinos te van a adorar.

—Gracias —dijo ella con un ligero rubor en las mejillas—, pero no creas que vas a ganar esta discusión a base de elogios.

Él no lo creía, aunque contaba con que el buen corazón del ama de llaves terminara jugando a su favor. Oyó un ruido en la casa y recuperó el ánimo. Los niños se habían despertado. Sabía que Carlene accedería a quedarse por las noches en cuanto los conociera. Eran un encanto.

—¿No podrías aunque sea quedarte esta noche?

—Está bien. Pero sólo esta noche. ¿Entendido?

Win sonrió. Había ganado la partida. Después de abrazar a Shelly cuando se levantara llorando porque echaba de menos a su madre, Carlene sería incapaz de irse, porque vería que los niños la necesitaban. Y él era bastante inteligente para saber aprovechar la suerte de tenerla bajo el mismo techo.

Se oyó otro ruido mucho más fuerte.

Carlene levantó la cabeza.

—Se ha despertado uno de los niños —dijo.

—Creo que es Jared. Debe de tener hambre. ¿Por qué no preparas algo de desayunar mientras voy a buscarlo?

Win la dejó mirándolo con una cara de confusión encantadora. No se había equivocado; Jared estaba despierto y de pie en el parque que había llevado Leah. En cuanto vio a su tío entrar en la habitación, dejó de llorar, sonrió y estiró los bracitos.

—Upa, tío.

Win accedió de buen grado y miró hacia el sofá donde dormía su sobrina. Había llevado a los niños al despacho, porque los dormitorios estaban en las plantas superiores. Puso a Jared en el suelo y empezó a cambiarlo. Cuando terminó, Shelly se había

levantado y se estaba frotando los ojos arrodillada en el sofá.

—¿Dónde está mamá, tío?

Win sacó a Jared del cambiador y uso la mano libre para alzar a Shelly.

—Vuestra madre os ha traído para que me hagáis compañía durante unos días —le explicó mientras iban a la cocina—. Ya sabéis lo solo que me siento cuando no estáis aquí.

Shelly lo miró con toda la seriedad que permitían sus cuatro años.

—Mamá dijo que necesitaba un respiro. Estaba llorando. ¿Dejó de llorar?

La pregunta le desgarró el corazón. Shelly había visto sufrir demasiado a Leah.

—Sí, cariño, creo que ya no llora, aunque puede que se le escape alguna lágrima porque os echa mucho de menos.

Entraron en la cocina, y los sentó a la mesa.

—¿Tío?

Win se arrodilló para quedar a la altura de su sobrina.

—¿Sí, cariño?

—Quiero ir con mamá —dijo la niña al borde del llanto.

Carlene se acercó con una sonrisa absolutamente radiante.

—Buenos días. Tú debes de ser Shelly. Me llamo Carlene, y a veces también echo de menos a mi madre.

Win vio cómo se le agrandaban los ojos a la niña.

—¿En serio?

—Claro que sí. Vive muy lejos, en Texas. Cuando la echo de menos, trato de hacer cosas que me gusta hacer con ella y así no la echo de menos tanto. ¿Crees que a ti te serviría?

Shelly frunció los labios con aire pensativo, pero dejó de llorar.

—No lo sé.

—Veamos, ¿qué te gusta hacer con tu madre?

—Me gusta sentarme encima de ella mientras me lee un cuento —contestó la niña—. Casi siempre nos tiene en brazos a los dos.

Carlene asintió con entusiasmo, como si le hubiera revelado el secreto de la eterna juventud.

—¿Sabes una cosa? A mí también me gusta leer a los niños mientras los tengo en brazos. Si te parece bien, podría leeros a Jared y a ti. ¿Qué dices?

A Shelly se le iluminó un poco la mirada.

—Supongo que sí.

Carlene le regaló otra de sus sonrisas de mil voltios.

—De acuerdo. ¿Y qué te parece si desayunamos antes?

—Tengo hambre —anunció Jared—. Desayuno.

Carlene y Shelly se echaron a reír, y Win se relajó. Todo iba a

salir bien. Miró a Carlene por encima de la cabeza de su sobrina y le dio las gracias en silencio, moviendo los labios. Ella se encogió de hombros y se volvió para preparar las tortitas. Él se acercó y le besó la frente agradecido.

—No olvides que eres una entre un millón, cariño.

Ella lo miró asustada y entreabrió los labios en una clara invitación. Si Win no la besó fue sólo porque los pequeños los estaban mirando con sumo interés. Suspiró resignado.

Tendría que esperar.

## Capítulo 8

Carlene metió el camisón de algodón y algo de ropa para el día siguiente en la bolsa de viaje. Había aprovechado que Jared y Shelly estaban durmiendo la siesta para dejar a Shorty al mando e ir a su piso a buscar lo que necesitaba para pasar la noche en la casa de Win. Aunque no entendía por qué, no quería que los niños se despertaran mientras estaba fuera. A Shorty lo conocían mucho más que a ella, pero sentía la necesidad de estar allí por si se despertaban y preguntaban por su madre.

Tardó apenas unos minutos en preparar la bolsa, volvió al coche y encendió el aire acondicionado. El verano del desierto de Oregón no era tan húmedo como el del oeste de Texas, pero hacía mucho calor. Respiró aliviada mientras el aire le refrescaba la piel.

Le habría gustado poder enfriar su reacción ante Win con la misma facilidad. No se había resistido a cuidar de sus sobrinos porque le molestara aquella tarea, sino porque no quería establecer otro vínculo con él. Sentía que los lazos que la ataban a su jefe estaban más tirantes cada día. Notaba el deseo de Win cuando estaban en la misma habitación, y el problema era que ella sentía lo mismo.

Desde que le había hecho perder el sentido común a besos no había habido más incidentes. Win había sido un perfecto caballero, pero se seguía sintiendo presionada. Tenía la sensación de que sólo estaba esperando a que se rindiera a lo que sentían. Al parecer, estaba convencido de que acabarían haciendo el amor. Lo que le aterraba era que estaba empezando a preguntarse si no tendría razón.

Se dormía con la imagen de Win grabada en la mente, y se levantaba deseando volver a verlo. La manera en que dominaba sus pensamientos le asustaba y emocionaba a la vez. Jamás había sentido nada parecido por otro hombre, ni siquiera por Grant. Lo deseaba desesperadamente, pero quería mucho más que una aventura pasajera.

Lo quería todo, y él casi se comportaba como si el matrimonio fuera una cárcel de máxima seguridad. Suspiró; no era de extrañar que estuviera asustada y confusa. Pero había una cosa que estaba clara: sólo se iba a quedar aquella noche en el rancho. Win tendría que buscarse a otra persona para que lo ayudara.

A pesar de la fama de algunos residentes, Sunshine Springs era un pueblo con mentalidad de pueblo. Carlene no estaba dispuesta a arriesgar sus posibilidades de volver a dar clases por vivir con Win. Aunque no tuvieran relaciones sexuales, mucha gente daría por sentado que eran amantes. Bastaba con ver cómo había reaccionado la directora del colegio donde trabajaba Zoe cuando se había enterado de que vivía con Grant.

Los profesores de instituto sufrían el mismo escrutinio, o incluso mayor, y Carlene sabía que no le convenía arriesgarse; mucho menos, con sus antecedentes.

Aparcó cerca de la casa de Win y pensó que sería el hogar perfecto para una familia. La imagen repentina de un niño con los ojos azules y el pelo negro de su jefe jugando en la fuente del patio la dejó sin aliento. Lo más estremecedor de la visión era la absoluta certeza de que era el hijo de ambos. Parecía tan real que se sorprendió al darse cuenta de que seguía en el coche.

Sacudió la cabeza y se apeó. Si no era el calor lo que la hacía delirar, era el saber que estaba tentada de tirar todas sus exigencias por la borda para entregarse entera a Win.

Concebir un niño con él sería muy fácil. Formar una familia con él era algo completamente distinto.

Carlene se despertó al oír un llanto. Se sentó en la cama y trató de dar sentido a las sombras que alcanzaba a distinguir en la oscuridad. Aquélla no era su cama, ni estaba en la habitación de su piso.

Otro grito desgarró el aire.

—¡Mami!

Carlene se aclaró de inmediato. Estaba en el cuarto de invitados, junto a la habitación donde dormían Jared y Shelly. Cuando el llanto se transformó en una sucesión de sollozos, saltó de la cama y salió corriendo sin molestarse en ponerse el albornoz. Se preguntaba dónde estaría Win y si no había oído los gritos angustiado de su sobrina.

Al entrar en la habitación de los niños, pisó un juguete y soltó una maldición. La lamparilla que había puesto Win a petición de Shelly iluminaba a la pequeña, que estaba sentada en el medio de la cama con expresión consternada. Sin vacilar, Carlene estiró los brazos, y Shelly corrió a abrazarla.

—Estoy asustada —dijo con la voz ahogada por el llanto—. Quiero ir con mamá.

Carlene la apretó contra su pecho.

—Tranquila, cariño, no te preocupes.

Sin dejar de susurrarle cosas a Shelly, Carlene avanzó hacia un

rincón, donde había una mecedora. Era una silla de madera antigua y amplia, parecida a la que usaba su madre para acunarla cuando se despertaba asustada en mitad de la noche. Se sentó con Shelly en el regazo, le acarició la espalda y consiguió consolarla con sus palabras.

No dejó de mecerse hasta que la postura relajada y la respiración pausada de la niña le indicaron que se había vuelto a dormir. Aun así, se quedó en la silla, abrazándola. La sensación del cuerpecito acurrucado contra el pecho la llenó de nostalgia. Win opinaba que era muy joven para preocuparse por su reloj biológico, pero la biología era una cosa, y otra, lo que le pedía el corazón.

Contuvo un suspiro, se puso en pie y llevó a Shelly a la cama. Se volvió a mirar a Jared, sorprendida de que no se hubiera despertado durante el berrinche de su hermana. El pequeño se había destapado, y Carlene lo arropó antes de marcharse.

Salió al pasillo y reprimió un grito cuando vio una sombra que se apartaba de la pared y avanzaba hacia ella.

—¡Win!

—¿Shelly está bien?

Ella asintió; el corazón le latía tan deprisa que no podía dar una respuesta detallada.

Era obvio que Win se acababa de levantar. Tenía el pelo revuelto, no llevaba camiseta ni calzado y no se había molestado en cerrarse el botón de los vaqueros. Carlene se moría de ganas de acariciarle el pecho. Era demasiado atractivo para su paz mental.

Él la tomó del brazo y la llevó a la galería que daba al patio.

—Gracias.

—De nada. ¿Por qué no has entrado?

—Ya te lo he dicho. Los niños necesitan una presencia femenina.

—Eso es una tontería. ¿Crees que un padre no tiene la obligación de tranquilizar a sus hijos?

La sonrisa de Win resplandeció en la oscuridad.

—No te pongas a pontificar, cariño —dijo—. No creo eso en absoluto. Sólo digo que, en este momento, Shelly quiere estar con su madre y es lógico que acepte mejor a una mujer.

—¿Y qué hay de su padre? ¿Crees que no lo echa de menos?

—No estaba llamándolo a él.

Carlene no podía discutirle el argumento. Se estremeció. El frío de la noche y la mirada intensa de Win le recordaron que había olvidado ponerse la bata, pero no quería cambiar de tema.

—Eso no significa que los niños no lo echen de menos.

Él le frotó los brazos para que entrara en calor.

—Mark viaja mucho —explicó—. Están acostumbrados a que esté fuera durante varios días. Pero es la primera vez que Leah los

deja al cuidado de otra persona durante la noche.

—Tu hermana debe de sentirse muy acorralada si los ha dejado aquí.

Win asintió antes de atraerla a su abrazo y envolverla con su calor.

—Hace demasiado frío para que estés aquí en camisón.

Ella sonrió ante la reprimenda y se apartó un poco para verle la cara. Estaba muy atractivo a la luz de la luna.

—No podía perder el tiempo buscando la bata. Además, tú eres quien me ha traído aquí en vez de dejarme volver a mi habitación. ¿Por qué lo has hecho?

—Quería hablar contigo.

—¿De Shelly?

Él bajó la cabeza hasta que sus bocas quedaron a pocos centímetros.

—No.

La crisis emocional de Leah quedó en el olvido cuando las llamas del deseo de Win la empezaron a abrasar. Carlene se volvió estremecer, aunque no de frío.

—Oh…

Él sonrió y acercó la boca para besarla.

Win apretó los labios contra los de Carlene y esperó un momento, temiendo que lo rechazara. Estaba desesperado. Necesitaba sentirla en la piel, pero aquella noche no se podía permitir el lujo de presionarla. Quería que aceptara quedarse mientras Shelly y Jared estuvieran allí.

Carlene dejó escapar un gemido y abrió la boca. Win, lleno de júbilo, intensificó la pasión del beso. Había estado deseando sentirla desde aquel encuentro ardiente en el sofá. Le pasó las manos por la espalda y la apretó contra sí. Era muy placentero. Demasiado placentero.

Si no se sentaba, se desmayaría. La consciencia de su debilidad le dio ganas de reír. Ningún hombre se creería que aquella mujer menuda pudiera hacerlo flaquear de semejante manera. La tomó en brazos y la llevó a una tumbona de hierro que había en la esquina de la galería. Le gustaba tumbarse allí a ver caer la lluvia en los días de tormenta.

Sin dejar de besarla, la apoyó en la tumbona y se colocó encima. Ella gimió al sentir el peso de su cuerpo y lo empezó a acariciar por todas partes. Al cabo de un rato le pasó las manos por el pelo y lo atrajo aún más hacia su boca. Él aceptó la invitación encantado y le introdujo la lengua hasta el fondo, deleitándose con los gemidos de necesidad de Carlene.

No estaba seguro, pero creía que podría alcanzar el clímax sólo con oírla.

Mientras ella lo seguía besando, se movió para tumbarse a su lado y le presionó la erección contra la cadera. Quería tocarla. Necesitaba tocarla.

Se alegró al descubrir que no trataba de impedirle que le desabotonara el camisón. No era el picardías de encaje negro con el que había fantaseado, pero la visión de aquellas curvas enmarcadas por la prenda de algodón le provocó una subida de temperatura, además de un efecto igual de contundente en el sexo.

En cuanto terminó con los botones se echó hacia atrás y apartó la tela para dejar aquellos pechos perfectos a la vista. Los pezones rosados se erguían en mitad de los senos blancos y suaves, y Win tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse de lleno al escote.

Respiró profundamente.

—Eres increíble, cariño. Eres una auténtica obra de arte.

Ella se sonrojó, y Win no creía que fuera por la excitación.

—¿Win?

—¿Sí?

Win se llenó la mano con uno de los senos. Se sentía en el paraíso. Notó que el pezón se endurecía, y no pudo resistirse a la tentación de acariciarlo con su palma callosa hasta desesperarla.

—Te quiero lamer —murmuró.

—Sí, por favor.

Él le abrió más el camisón, bajó la cabeza y le rodeó el pecho con los labios. Ella gimió y se arqueó contra su boca.

—Sigue… —suplicó—. No… te… detengas.

Win no sólo estaba encantado de complacerla; estaba extasiado. Le succionó un pezón mientras le acariciaba y pellizcaba suavemente el otro. Carlene soltó un alarido de placer y se volvió a arquear para presionarlo aún más contra su pecho. Era pura pasión.

Él estaba impaciente por sentir el calor de sus zonas más privadas. Quería acariciarla, saborearla, pero sobre todo, quería entrar en ella para sentirse completamente rodeado.

Estiró la mano y le levantó el camisón hasta dejarle una pierna al aire. Le pasó los dedos por la piel suave del muslo, buscándole el placer entre las piernas.

—¿Qué haces, Win?

Él se preguntó si realmente necesitaba que se lo explicara. Llegó a las braguitas, la acarició por encima de la tela y se emocionó al sentir la humedad bajo los dedos.

Ella lo sujetó por los hombros con tanta fuerza que le clavó las uñas. Le quedaría marca, pero no le importaba en absoluto.

—Win, por favor. Esto es demasiado…

Él le introdujo un dedo debajo de la ropa interior y le rozó la piel cálida y humedecida.

—Pero ¡no puedes… tocarme ahí! —chilló Carlene.

Aunque Win no estaba de acuerdo, le llamó la atención el pánico de su voz. Se comportaba como una virgen nerviosa.

Levantó la cabeza y trató de tranquilizarla.

—No pasa nada, cariño. Me gusta tocarte. Y me gustará más cuando te quites las braguitas.

La pasión que había nublado los ojos de Carlene cedió paso a algo parecido al miedo.

—No me las quiero quitar —declaró.

—Yo creo que sí quieres, pero estás asustada. Dime qué te preocupa. Te prometo que iré más despacio.

—No es eso. Es que no estoy segura de estar preparada para hacer el amor contigo.

—¿Por qué no? No puedes negar que me deseas.

Win se estaba empezando a impacientar, y le acarició el sexo para demostrar que tenía razón. La tenía. Ella se empujó contra la mano, aunque sacudía la cabeza.

—No trates de negarlo, maldita sea —protestó él—. No dejaré que me mientas. Ni ahora ni nunca.

Win se echó hacia delante para dejarle claro que hablaba en serio. Carlene lo miró con una expresión que él no alcanzó a comprender. Al final, asintió.

—Tienes razón. Te deseo. Te deseo muchísimo, pero estoy asustada. No quiero ser la amante ocasional de nadie. Ni siquiera la tuya.

—Ya te he dicho que no estoy buscando una aventura sórdida —gruñó él.

—¿Y qué estás buscando exactamente? Los dos sabemos que no es una esposa.

Win se puso furioso. No iba a dejar que otra mujer lo manipulara prometiéndole sexo a cambio de un certificado de matrimonio. Ya no era tan tonto como a los diecinueve años.

Se puso en pie de un salto y la miró a los ojos.

—Tienes razón —reconoció—. No quiero casarme, pero ya te he dicho que una aventura de una noche y el matrimonio no son las únicas alternativas.

Ella se levantó de la tumbona y se arregló el camisón.

—Puede que para ti no lo sean, pero a mí me cuesta aceptarlo.

Entre la frustración sexual y el enfado, Win perdió la compostura.

—Los dos sabemos que con un cuerpo como el tuyo habrás tenido muchas oportunidades de averiguarlo, así que deja de

comportarte como una solterona victoriana temerosa de perder la virginidad.

Carlene se puso pálida como si le hubiera pegado. Él se estremeció al ver que estaba al borde del llanto, pero antes de que pudiera hacer algo para tratar de remediar el daño que le había hecho con sus palabras, ella se enderezó y se enjugó las lágrimas.

—Me estoy hartando de tener que explicar que no existe una correlación entre mi talla de sujetador y mi deseo de acostarme con todos los hombres de la zona. Puedo entender la inmadurez de Lonny, pero esperaba mucho más de ti. Lo digo en serio.

Se interrumpió para secarse una lágrima rebelde y continuó:

—Además, puede que no sea una solterona victoriana, pero sí que soy virgen, así que puedo hablar como tal cuando me dé la gana.

Acto seguido, Carlene se dio la vuelta y corrió por el pasillo para encerrarse en su habitación.

Win se quedó perplejo durante un momento, y cuando reaccionó maldijo con toda su alma. Jamás habría imaginado que una mujer tan atractiva como ella pudiera ser virgen a los veintiséis años; no era natural.

Estaba tan frustrado que quería darle un puñetazo a algo.

# Capítulo 9

Cuando Carlene entró en la cocina a la mañana siguiente, Win ya se había ido al establo. Aunque normalmente llegaba al trabajo a las siete y media, aquella mañana había tardado más de la cuenta en vestirse. Se dijo que se había entretenido escuchando por si se despertaban Shelly o Jared, pero lo cierto era que había hecho lo imposible por evitar a su jefe.

No se podía creer lo que había hecho la noche anterior, y menos aún, cuánto lo había disfrutado. Win le hacía sentir cosas muy intensas; no sólo sensualmente, también sobre sí misma. Como el hecho de que tenía un cuerpo hermoso y digno de admiración, no sólo de deseo. El problema era que el sexo y el deseo solían estar unidos. Aun así, estaba convencida de que lo que había pasado la noche anterior no se podía describir como lujuria.

El deseo de Win la conmovía mucho más que el de los otros hombres, porque parecía más profundo. La hacía sentirse orgullosa de su feminidad y de su cuerpo.

Sin embargo, se seguía avergonzando cuando pensaba en la manera en que le había confesado su virginidad. Imaginaba cuánto debía de haberse reído de ella después de verla huir como un conejillo asustado. Peor aún, después de calmar a sus hormonas. Otro de los motivos por los que lo estaba evitando era que tenía miedo de que la acusara de seducirlo. No podía negar que lo había alentado a seguir, y por mucho menos había hombres que la habían acusado de provocarlos. Hombres como su ex jefe.

En aquel momento, Shorty entró en la cocina.

—Buenos días, Carlene. Win dice que necesitarás que te ayude mientras estén los crios.

Carlene tardó unos segundos en digerir el ofrecimiento. Sabía que Win necesitaba a Shorty en las caballerizas, pero no iba a rechazar la ayuda cuando tenía que cocinar para siete hombres hambrientos y mantener ocupados a dos niños para que no echaran de menos a su madre.

—Me vendría bien que me echaras una mano con la comida y la cena —dijo—. Serán un par de horas al día o poco más.

—Genial. Las tareas culinarias son pan comido comparadas con tener que trabajar hoy con el jefe. Está más arisco que un gato montes. Tú no sabrás qué le pasa, ¿verdad?

Carlene abrió la nevera para sacar la carne que había descongelado para la cena y fingió indiferencia.

—Debe de estar muy preocupado por su hermana.

—Lo dudo mucho —afirmó Shorty, escrutándola con la mirada —. Está más que acostumbrado a lidiar con los problemas de Leah. No, le pasa algo más, y como siga así acabará peleándose con el primero que lo mire mal. Ya se estaba metiendo con Lonny por algo a lo que normalmente no daría importancia.

—¿Y por qué se ha enfadado con Lonny?

El peón se encogió de hombros y la ayudó a llevar la olla a la cocina.

—No sabría decirte. Por lo que sé, no tenía motivos.

—Oh.

Él se giró y le lanzó otra mirada sagaz.

—¿Qué te parece si vuelves al trabajo? —sugirió Carlene con una sonrisa forzada—. No necesitaré ayuda hasta dentro de dos horas.

—No puedo… Win me ha pedido el favor de que cuide de los niños mientras vas a tu casa.

Ella dejó de cortar la carne del guiso.

—No tenía intención de ir a mi casa esta mañana.

—Win dice que necesitarás más cosas.

Carlene estaba harta de oír lo que decía Win. Sólo le faltaba oír que era el rey, y ella, uno de sus súbditos.

—Para poder quedarte esta noche —añadió Shorty.

Carlene frunció el ceño. Era imposible que Win supiera que había cambiado de opinión sobre lo de quedarse; no le había dicho nada. En todo caso, habría sido lógico que esperase que, con lo que había pasado la noche anterior, tuviera aún más reticencias. Lo sorprendente era que no las tenía. Bien al contrario, después de abrazar a Shelly mientras lloraba, Carlene había comprendido que no podía dar la espalda a los hijos de Leah. La necesitaban.

—No le dije a Win que pensara quedarme —dijo—. De hecho, le dije que se buscara a otra persona.

—Cuando un crío echa de menos a su madre necesita una presencia femenina.

Win y Shorty tenían puntos de vista muy anticuados sobre el papel de los hombres y las mujeres a la hora de consolar a una criatura. Cuando le dijo al peón lo que pensaba, él sacudió la cabeza y se puso muy serio.

—Win se pasó muchos años haciendo de madre y padre de su hermana. Lo único que quiere es que los hijos de Leah tengan lo que no pudo darle a ella: una mujer que los consuele.

Los ruidos que se oían desde el pasillo indicaban que los niños se

habían despertado.

—Tengo que darles de desayunar —dijo ella mientras se lavaba las manos—. Deberías volver al trabajo, Shorty.

No añadió que pensaba ir a su piso más tarde. Win no tenía derecho a dar por sentado que se quedaría, y tendría que haberlo hablado con ella antes de enviar a Shorty. Ella tenía motivos válidos para no querer quedarse en el rancho y, aunque carecieran de peso comparados con la sensación de tener a Shelly en brazos, él no sabía que había cambiado de opinión. Aquello no era más que otra muestra de su exasperante arrogancia.

Shorty frunció el ceño, pero no insistió. Habría dado igual que lo hiciera, porque ella ya se había ido a buscar a los niños.

Cuando Win entró en la cocina dos horas después, Carlene estaba preparando una macedonia mientras Shelly y Jared jugaban en el suelo con las fiambreras que se usaban para guardar las sobras.

Los niños se levantaron como un resorte y corrieron a abrazarse a las piernas de su tío.

—Soy cocinero, tío —dijo Jared, mostrándole orgulloso el delantal que le había puesto Carlene.

Win sonrió y le acarició los ensortijados rizos rubios.

—¿Estás preparando la cena, colega?

—Sí, en este bol gigante. ¿Ves?

Win fingió que veía un impresionante despliegue de condimentos en el cuenco e hizo comentarios sobre todos ellos. Le dio un beso sonoro a Shelly y le dijo que fuera con su hermano a ver a Shorty, que los llevaría a visitar a los caballos.

El peón los estaba esperando en la puerta de la cocina, y los niños corrieron a su encuentro dando gritos de alegría.

Win se volvió hacia Carlene, que había terminado de preparar la macedonia y la estaba metiendo en la nevera.

—He pensado que Shorty y yo podemos ocuparnos de los niños mientras vas a tu casa a buscar ropa.

Ella tendría que haber estado agradecida de que no dijera nada sobre la noche anterior. Contra toda lógica, no fue así.

—Creía que habíamos acordado que buscarías a alguien que te ayudara durante la noche —dijo frunciendo el ceño.

—¿Estás diciendo que te vas?

A pesar del tono y la actitud desafiante de Win, Carlene creyó ver un destello de temor en la mirada. El miedo la terminó de convencer, pero no se lo iba a poner fácil. A fin de cuentas, tendría que habérselo consultado.

—No estamos hablando de que renuncie a mi trabajo, sino de

que me mude aquí.

—Shelly y Jared te necesitan. Lo viste anoche.

El comentario le hizo ver con una claridad absoluta lo que había pasado.

—Te quedaste esperando, ¿verdad? —preguntó indignada—. Probablemente oíste a Shelly antes que yo, pero esperaste porque querías que fuera a consolarla.

Él tuvo la gentileza de parecer culpable.

—Fueron los cinco minutos más duros de mi vida. No soporto oírla llorar.

—¿Y qué pasa si te digo que no funcionó? ¿Si me sigo negando a quedarme hasta que vuelva Leah?

—¿Es lo que estás diciendo?

La noche anterior, Win le había pedido que no le mintiera. Carlene suspiró resignada, consciente de que era incapaz de ocultarle la verdad.

—No. No es lo que estoy diciendo.

—¿Y a qué viene toda esta escena? —replicó molesto.

—Podrías haber preguntado. ¿Te das cuenta de lo arrogante que eres al dar por sentado que accederé a quedarme? Sobre todo, después de lo de anoche.

—¿Qué pasa con lo de anoche? ¿Quieres que te pida perdón? De acuerdo, lo siento mucho.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No pretendía que te disculparas.

Él la tomó de los brazos y la atrajo hacia sí.

—¿Qué quieres, entonces?

Carlene cerró los ojos para no ver la ira en los de Win y le dijo la verdad.

—Ya no sé qué quiero.

Él la soltó y la miró con recelo.

—¿Estás lista para ir a tu casa?

—Sí. Iré después de comer. Ya está todo preparado en la nevera. Pero Shorty tendrá que servirlo.

—Bien.

Él se volvió para salir.

—¿Win?

—¿Sí? —preguntó, deteniéndose en la puerta.

—¿Tienes idea de cuánto tardará en volver Leah?

—No. ¿Por qué?

—Estaría bien saber cuánta ropa necesito traer y cuánto tiempo tendré que quedarme, pero supongo que da igual.

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

El laconismo de la respuesta le hizo darse cuenta de que a Win

le molestaba más que a ella no saber cuándo volvería su hermana. Trató de sonreír para tranquilizarlo.

—No te preocupes.

Él asintió, pero se notaba que no estaba convencido.

—Por cierto —añadió Carlene—, ¿crees que le molestaría que enseñara a Jared a dejar los pañales?

Win se volvió para mirarla con cara de asombro.

—Lo dudo.

—Bien.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? He oído que es complicado, sobre todo con los varones. Creo que por eso lo ha estado retrasando Leah.

Ella se encogió de hombros.

—Confía en mí. Un día y medio cambiándole los pañales a un niño de dos años me bastan como incentivo.

Carlene esperaba poder encontrar algún incentivo parecido para mantener las manos y los pensamientos alejados de su jefe.

# Capítulo 10

—Me dijiste que Lonny te había invitado a salir y que lo habías rechazado —dijo Win.

Carlene levantó la vista del libro que estaba tratando de leer y lo vio en la entrada del dormitorio con gesto de desaprobación. Había dejado la puerta abierta para poder oír si se despertaban los niños, pero desafortunadamente no había oído llegar a su jefe.

Win se había pasado casi todo el día atareado en los establos con una yegua embarazada, y Carlene creía que no lo volvería a ver hasta la mañana siguiente. Aquella tarde había llegado a la conclusión de que él también estaba haciendo lo imposible por evitarla.

La idea le había molestado. En especial, después de ir a su piso. Había estado metiendo en la bolsa ropa interior de encaje y conjuntos que le realzaban la figura, y no había reaccionado hasta que había visto un sujetador que no había usado desde que se había marchado de Texas. Aquella prenda simbolizaba que se había aceptado a sí misma, y también, lo mucho que había perdido al marcharse.

Aun así, se la había llevado a la casa de Win.

Se enderezó para apoyarse mejor en la cabecera de la cama y dejó el libro a un lado.

—Eso es lo que pasó, básicamente —contestó.

Él se pasó los dedos por el pelo húmedo; debía de haberse duchado antes de ir a acecharla al dormitorio.

—No me lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche me diste a entender que intentó irse a la cama contigo.

La noche anterior, Carlene había dicho muchas cosas que debería haber callado.

—Se me insinuó y lo rechacé. Eso fue todo lo que pasó.

—Hay una gran diferencia entre que te inviten a salir y que te propongan tener relaciones sexuales.

Win se apartó de la puerta y entró en la habitación.

Ella sintió que había entrado el gato montes del que había hablado Shorty aquella mañana. Estaba cansada de los sentimientos que la dominaban cuando Win estaba cerca. La pregunta sobre

Lonny le había despertado una temeridad que no entendía, pero que no iba a reprimir.

—¿Crees que no lo sé? —replicó—. ¿Crees que no he tenido suficiente experiencia con los de su calaña como para no saberlo?

Él dejó de dar vueltas por el dormitorio y la miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Carlene se levantó de la cama, se acercó a la ventana y empezó a hablar sin apartar la vista del paisaje nocturno.

—Empecé a usar sujetador cuando estaba en sexto, y no era precisamente un sujetador de niña. Ya entonces los chicos y los hombres daban por sentado que me interesaba el sexo.

—¿Me estás diciendo que un crío de diez años trató de quitarte la ropa interior detrás del edificio del colegio?

Carlene se giró para mirarlo. Le estaba abriendo su corazón, y no era justo que se burlara de ella.

—No. Pero más de uno no mucho mayor trató de meterme mano.

Carlene se volvió de nuevo hacia la ventana, ruborizada por la vergüenza del recuerdo.

—Era humillante —continuó—. Mientras yo seguía jugando a las muñecas, los chicos creían que yo quería ser su juguete. No sólo se me había desarrollado el pecho; me había cambiado todo el cuerpo.

Él se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Cariño, tienes un cuerpo muy bonito.

—Ése era el problema. La gente daba por sentado que era una descerebrada por el aspecto que tenía. En el instituto usaba tallas enormes, llevaba coleta y no apartaba la nariz de los libros.

Win la hizo girarse para que lo mirara.

—Eres inteligente y te encargaste de demostrárselo a todos.

Ella asintió, sorprendida por la comprensión.

—Sí. Cuando terminé el bachillerato me habían otorgado una beca completa en una universidad privada.

—Ése no es el final de la historia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no seguirías tan pendiente de lo que opinan los hombres de tu cuerpo.

—¿Crees que tendría que hacerme gracia que los tipos como Lonny traten de meterme mano? —replicó ella enfadada.

Él se puso tensó.

—¿Trató de meterte mano? ¿No te había invitado a la cama?

—Lo hizo. Obviamente, cree que conviene usar varias tácticas para conseguirlo.

—Maldito desgraciado.

La furiosa preocupación de Win le enterneció.

—Tranquilo, puedo con ello. No volverá a intentarlo.

Él no parecía muy convencido.

—¿Como pudiste conmigo anoche?

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que le permití besarme y después le pedí que parara? ¿Crees que voy provocando?

A Carlene ya no le preocupaba Lonny. Lo único que quería saber era si Win la había estado evitando porque creía que lo había seducido la noche anterior y estaba enfadado con ella.

—No me refería a eso, y deja de ponerme palabras en la boca —replicó él—. Creo que eres una mujer hermosa que tiene miedo de su propio cuerpo, no una seductora profesional. Estabas desesperada por tocarme hasta que te asustaste. Lo que quiero saber es si crees que te has librado de Lonny por decirle que eres virgen. Porque si lo crees, tengo malas noticias.

—¿A qué te refieres?

—A que lejos de dejarte en paz, probablemente te vea como un desafío. Si consigue hacerte perder la virginidad, demostrará que es muy macho.

—¿Para ti también soy un desafío, Win? ¿Alguien a quien tienes que llevarte a la cama para demostrar que puedes conseguir lo que ningún otro ha conseguido?

Carlene necesitaba saberlo.

—No estamos hablando de mí —contestó él—. Ahora dime qué le dijiste a Lonny.

—No. Sólo diré que también recurrí a una variedad de tácticas para defenderme.

—Explícate.

—Le clavé un tacón en el pie para conseguir que se apartara y después le di un puñetazo en el estómago.

Win esbozó una sonrisa sensual.

—Vaya, cariño, eres toda una amazona cuando te enfadas.

Ella se encogió de hombros, encantada por la mirada de aprobación.

—Cuando alguien se cría en el oeste de Texas aprende a cuidarse solo. Ahora, contéstame a lo que te preguntado. ¿Soy un desafío para ti?

A él se le borró la sonrisa y se le intensificó la mirada.

—Carlene, te deseo como no he deseado a una mujer en mucho tiempo. No creo que haya deseado tanto a nadie. No tiene nada que ver con tu falta de experiencia. De hecho, me pasé casi toda la noche tratando de convencerme de que tenía que dejarte en paz.

—Pero no has podido.

—No.

—Sigo sin querer una aventura.

—Y a mí sigue sin interesarme el matrimonio.

Win la soltó y se dio la vuelta. Rodeó la cama y tomó el libro que estaba leyendo. Era una novela romántica de suspense de su autor favorito. Carlene tendría que haber sabido que tenía problemas cuando había sido incapaz de concentrarse en la lectura.

Él dejó el libro y giró para volver a mirarla. La expresión de su rostro la estremeció.

—Mi ex mujer usó el sexo para manipularme y conseguir que me casara con ella —dijo—. No dejaré que me vuelva a pasar.

Saber que había estado casado era algo difícil de digerir.

—¿Y eso en qué lugar nos deja, Win?

—No lo sé. ¿Vas a usar la atracción que siento por ti para tratar de empujarme al matrimonio?

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—No, pero tampoco voy a tener una aventura ocasional contigo.

—En ese caso, creo que no queda nada más que decir.

Acto seguido, Win avanzó hacia la puerta. Ella quería detenerlo, pedirle que volviera, pero no valía la pena. Tampoco sabía cómo salir del punto muerto en que se encontraban.

## Capítulo 11

Tres días más tarde, Carlene estaba pelando el maíz que pensaba servir en la cena y se sentía agotada y de mal humor. Afortunadamente tenía menos bocas que alimentar, porque dos de los peones se habían ido a entregar un semental que Win le había vendido a otro criador de mustangs y no volverían hasta el día siguiente.

Shelly y Jared estaban jugando en una pequeña piscina de plástico que les había comprado Win. Carlene había querido instalarla en el patio, pero los niños querían mirar los caballos, así que la habían puesto junto a la puerta de la cocina para que pudieran verlos desde allí.

Jared salpicó a su hermana, y la pequeña gritó divertida. Carlene sonrió a pesar de su mal humor. Win había tenido razón al decir que eran dos niños encantadores. Verlos la había reafirmado en su deseo de ser madre; algo que probablemente no ocurriría muy pronto.

—Carlene, Carlene —la llamó Shelly—. Jared tiene que hacer pis. ¿Lo puedo llevar? Por favor…

A la niña le encantaba acompañar a su hermano al baño y ponerle el orinal; la hacía sentirse mayor.

Carlene accedió. Cuando terminara de limpiar el maíz iría a comprobar que Jared tuviera los pañales bien puestos.

Se enjugó el sudor de la frente con la mano. Necesitaba echar una siesta. Entre que Shelly se despertaba en mitad de la noche y que la situación con Win le perturbaba el sueño, durante los últimos días no había dormido casi nada.

Dos noches atrás, Shelly no se había levantado. Parecía haberse acostumbrado al ritmo del rancho, pero Leah había llamado la noche anterior, y después había sido prácticamente imposible conseguir que los niños se durmieran. Como cabía imaginar, la pequeña se había despertado en mitad de la noche llamando a su madre, y Carlene había tenido que acunarla durante más de una hora para que se volviera a dormir.

Leah había dicho que sólo necesitaba un par de días más de descanso. Win se lo había repetido a Carlene, pero no le había dado más detalles, y ella no había preguntado. A decir verdad, no le importaba cuándo volvería Leah, sino cómo afectaba a los niños su

ausencia.

La principal preocupación de Carlene era que tenía miedo de estar enamorada de su jefe, un hombre que probablemente no se permitiría amarla nunca. Durante los tres últimos días se había cuidado mucho de evitar cualquier contacto físico con ella, y tanta distancia la estaba volviendo loca.

El rechazo constante de Win le provocaba deseos de llorar, aunque no tanto como la expresión hambrienta que le veía en los ojos cada vez que la miraba. Estaba segura de que la seguía deseando, pero se preguntaba durante cuánto tiempo más. Él no estaba buscando un compromiso a largo plazo, y Carlene no era tan tonta como para no saber que una atracción física temporal sólo podía romperle el corazón.

Odiaba que Win considerara su deseo de compromiso equiparable a la manipulación. No pretendía obligarlo a casarse con ella. Lo que necesitaba era la seguridad de que los dos querían que la relación durase y que no descartaban la posibilidad de un futuro juntos.

Le atormentaba saber que había estado casado. Significaba que había amado a otra mujer lo suficiente para comprometerse a fondo a pesar de la experiencia de haber crecido con una madre que cambiaba de marido como quien cambia de peinado. Se preguntaba por qué se habría divorciado y, sobre todo, si seguía enamorado de su ex mujer.

Aquella duda la corroía de un modo insoportable. La idea de que Win amara a otra le provocaba náuseas.

Terminó de pelar el maíz y se puso en pie. Era hora de ver cómo estaban los niños. Le sorprendía que no hubieran vuelto a salir para seguir jugando en la piscina. Cuando trató de abrir la puerta de la cocina la encontró cerrada, y sintió pánico hasta que oyó risas en el interior.

No les había pasado nada.

Corrió a la ventana de la cocina y se puso de puntillas para tratar de ver qué hacían, pero no era lo bastante alta. Echó un vistazo a su alrededor buscando un lugar al que encaramarse y encontró un tronco cerca de la casa. Lo arrastró a la ventana, se subió y consiguió tener una visión clara del interior.

Lo que vio la hizo suspirar aliviada y gruñir exasperada a la vez. Jared estaba en medio de un charco de leche, con un delantal y con una cuchara de madera en la mano. Shelly estaba subida a una silla y echaba cereales al suelo, mientras su hermano revolvía la mezcla.

—¿Qué pasa, Carlene?

Sobresaltada por la voz de Win, perdió el equilibrio. El sacó de maíz voló por los aires un segundo antes que ella. Win consiguió

sujetarla, pero no pudo hacer nada para salvar al maíz de la caída.

Carlene aterrizó contra el pecho de Win y exhaló con fuerza. Durante un momento se olvidó de que los niños estaban preparando cereales en el suelo que había fregado aquella mañana. Se olvidó de sus miedos sobre el futuro y de que Win la había estado evitando.

Lo único en que podía pensar era en los brazos que la rodeaban y el cuerpo contra el que estaba presionada.

No le importaba que Win sólo estuviera sujetándola porque había aterrizado en sus brazos, literalmente; la estaba abrazando, y era muy placentero. Abrió mucho los ojos y se pasó la lengua por los labios mientras trataba de pensar algo que decir.

Él maldijo entre dientes y bajó la cabeza para alcanzarle la boca.

El beso fue breve, pero explosivo. Aunque Win se había apartado rápidamente, Carlene había sentido el deseo que lo dominaba.

—No pretendía hacer eso —dijo él después de ponerla de pie.

—Lo sé.

Carlene lo sabía de sobra. Win había dejado muy claro que no quería empezar nada en aquellas condiciones. Quería gritar de frustración, pero reprimió el impulso y se agachó para recoger el maíz desperdigado por el suelo.

—Lávalo y ya está —dijo él mientras la ayudaba.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—Para ti es fácil decirlo. No eres el responsable de la comida de los peones.

—Tranquila, cariño. Nadie va a notar que el maíz se desvió en su camino hacia la mesa.

—Puede que no, pero seguro que se darán cuenta de que tienen que comérselo crudo porque Shelly y Jared se han encerrado en la cocina.

La sonrisa de Win la puso furiosa. No tenía gracia.

—No te rías, que esto no tiene nada de divertido —le advirtió.

—No. Ya veo.

—¿Qué crees que pensaría Leah si apareciera justo ahora? Dudo que le gustara ver que la persona que contrataste para cuidar de sus hijos se las ha ingeniado para que la dejen fuera mientras se divierten preparando cereales en el suelo.

—¿Eso es lo que están haciendo?

—Sí, con una caja entera de avena tostada y lo que parecen cuatro litros de leche.

Carlene se estremeció sólo de pensar en toda aquella leche derramada por el suelo recién fregado.

Win se volvió hacia la casa, le indicó que lo siguiera y llamó a la puerta de la cocina.

—Abre, Shelly. Carlene y yo queremos entrar.

Un momento después, su sobrina abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola. Jared y yo teníamos hambre, y hemos hecho cereales.

La mirada de Carlene se posó en el pequeño, que estaba sentado en medio de la cocina comiendo del suelo con las manos. El niño levantó entonces la vista y sonrió orgulloso.

—¿Lo veis? Soy cocinero.

Una parte de Carlene quería reír y la otra quería asegurarse de que los chicos supieran que no estaba bien encerrarse en la cocina a preparar cereales en el suelo.

Giró la cabeza para mirar a Win, que había levantado a Shelly.

—¿Te sigue pareciendo divertido?

—Pues sí —contestó él, mirando de reojo a su sobrino—. No me dirás que no es gracioso…

Ella suspiró, se acercó a Jared y lo sacó del charco.

—Ven, cielo. Vamos a lavarte.

—Pero soy cocinero —protestó el niño—. No me quiero lavar.

—Eres muy buen cocinero, Jared. De hecho, voy a dejar que Shelly y tú me ayudéis a preparar la cena. Pero antes te tenemos que lavar. Los cocineros tienen que estar muy limpios cuando cocinan para otras personas.

—Ah.

Carlene lo consideró un consentimiento y avanzó hacia el baño.

—Puedes traer a Shelly —le dijo a Win— Necesito que me ayudes a bañarlos antes de ponerme a limpiar el desastre de la cocina.

—Tengo algunas cosas que hacer en el establo. Ahora no tengo tiempo de bañar a los niños.

Ella le dedicó su sonrisa más falsa.

—Considéralo un imprevisto divertido en tu agenda.

Win farfulló algo que hizo reír a la niña.

Cuando terminaron de bañar y cambiar a Jared y Shelly, los dos niños mostraban indicios de que necesitaban una siesta. Carlene consiguió que se acostaran con la promesa de que esperaría a que se despertaran para terminar de preparar la cena.

Win la siguió de vuelta a la cocina.

—¿Necesitas ayuda para limpiar esto? —preguntó señalando el suelo.

—Creía que tenías cosas que hacer.

—Te echaré una mano.

Ella sacudió la cabeza.

—Yo he sido la responsable de que pasara.

—¿Cómo ha ocurrido?

Carlene se encogió de hombros. No iba a reconocer que se había

distraído pensando en él.

—Supongo que estoy algo cansada —dijo—. He dejado que Shelly llevara a Jared al baño, me he descuidado un momento y se han encerrado a preparar cereales en mi suelo recién fregado.

Él la miró con preocupación.

—Estás durmiendo muy poco.

—Estoy bien. Me he adormilado al ponerme al sol.

Justo en aquel momento, a Carlene se le escapó un bostezo que restó credibilidad a sus palabras. Win le acarició la mejilla.

—Tienes ojeras. Tendría que haberme dado cuenta. Estás trabajando demasiado.

—Estoy bien. En serio.

Presenciar la preocupación de Win era más duro que tener que soportar su indiferencia. Él sacudió la cabeza.

—Necesitas echar una siesta tanto como los niños —afirmó—. Ve a tumbarte, que yo me ocupo de limpiar la cocina.

—No seas tonto. No me contrataste para tener que limpiar cuando estoy cansada.

—Olvídate de este lío y vete a dormir.

Ella se habría opuesto, pero se le escapó otro bostezo y sabía que Win no se iba a creer que no necesitaba descansar.

—De acuerdo, pero luego no me acuses de retrasarte en tu trabajo.

Él la arrastró hacia la puerta.

—De nada.

—Lo siento, Win. Gracias. Aunque estoy segura de que Lonny y Shorty no me agradecerán que te aleje del establo.

Carlene se volvió para irse, pero las palabras de Win la detuvieron.

—Lonny no está con Shorty —dijo él.

Ella estaba demasiado cansada para entender qué quería decir, pero tenía la sensación de que era algo importante y se giró para mirarlo.

—¿Y dónde está?

—Lo he despedido.

—¿Por qué? —preguntó con incredulidad.

—Porque se propasó contigo.

—Pero me defendí. No tenías que haberlo despedido.

Win frunció el ceño y se situó delante de ella.

—Firmó su despido en el momento en que te puso la mano encima.

—Es una ridiculez, Win. Ésta es la época en la que más trabajo tienes. No puedes despedir a un empleado porque trató de seducir a tu ama de llaves.

—No eres sólo mi ama de llaves.

—Sí, lo soy. Te quieres acostar conmigo, igual que Lonny, pero no soy más que tu empleada.

—Sabes que no soy como Lonny —replicó él, furioso.

—Tienes razón. Tienes edad para salir conmigo, pero quieres lo mismo que él.

—Lonny es un crío que busca un buen revolcón. Yo te deseo a ti, cariño. Hay una gran diferencia, y lo entenderás un día de éstos. Y entonces dejaremos de sufrir.

Ella abrió la boca para contradecirlo, pero Win le puso un dedo en los labios.

—No digas nada y ve a dormir esa siesta —añadió—. Hablaremos de esto más tarde, ¿de acuerdo?

Carlene se tragó las palabras, se apartó de él y se volvió para irse.

Win terminó de limpiar el suelo y se aseguró de que no quedara ningún rastro de cereales. Sabía que Carlene no querría que su cocina oliera a leche agria. Le gustaba que fuera posesiva cuando hablaba de la cocina.

Otras amas de llaves habían dicho cosas parecidas, pero no lo habían afectado de la misma manera. En boca de Carlene sonaban a promesa de permanencia y le hacían creer que cabía la posibilidad de que cambiara de planes y decidiera quedarse definitivamente.

Escurrió la fregona y la guardó en el armario de la limpieza. Aunque sabía que tenía que ir al establo, subió las escaleras y avanzó por el pasillo hacia la habitación de Carlene. Se tomó un momento para echarles un vistazo a sus sobrinos. No le sorprendió que estuvieran profundamente dormidos; derrochaban energía suficiente para abastecer a un pueblo entero.

No sabía cómo se las arreglaba Carlene para lidiar con ellos. Incluso con la ayuda de Shorty, debía de estar al límite. Cuando le había preguntado por qué no había llamado a una agencia para que le enviaran a un ayudante, se había encogido de hombros y le había dicho que no creía que los niños necesitaran a otro desconocido en su vida.

Era una persona increíble.

Abrió la puerta del dormitorio y posó la mirada en la mujer que dormía en la cama. Se había desvestido, y los hombros desnudos le asomaban por encima de la manta con la que se había tapado. Win se moría por acariciar aquella piel suave como la seda. Se preguntaba cuánto tiempo más lo haría esperar y cuándo reconocería que se lo podían pasar muy bien juntos.

«Muy bien» era decir poco. Serían unos amantes espectaculares.

Ella suspiró y giró la cabeza en la almohada, posibilitándole una visión perfecta de sus delicadas facciones. Win se sintió culpable al verle las ojeras. Tendría que haber notado lo cansada que estaba, pero había estado demasiado ocupado tratando de evitarla. Se había pasado los tres últimos días manteniendo las distancias.

En aquel momento se dio cuenta de que la estrategia no le había servido de nada. Carlene seguía obsesionada con su deseo de permanecer soltero y no parecía entender que él quería bastante más que una aventura de una noche. La idea le provocaba risa. Una noche con ella sólo lo dejaría deseando más. Como le había dicho, entre un escarceo y el matrimonio había toda una gama de posibilidades.

Pero ella no lo creía. Incluso lo había comparado con el idiota de Lonny, y no era una comparación halagüeña. Lonny se habría acostado con la primera mujer disponible que encontrara. Win tendría que haberse dado cuenta del problema potencial cuando había contratado a Carlene. No lo había hecho, y se sentía responsable de que se hubiera visto obligada a defenderse de un tipo como Lonny.

Cuando contratara a otro peón sería mucho más precavido. Prefería pasarse la temporada con un mozo menos en la cuadra antes que contratar a otro idiota con delirios de seductor.

Protegería a Carlene, aunque ella no lo creyera necesario.

# Capítulo 12

—¿A alguien le apetece salir a tomar un helado? —preguntó Win después de la cena.

Sus sobrinos respondieron con gritos de felicidad.

—A mí —dijo Jared.

Shelly se puso a saltar emocionada en medio de la cocina.

—A mí también. ¿Tienen helado con sabor a chicle, tío?

—¿Y a ti qué te apetece, Carlene? —preguntó él, mirándola con intensidad—. ¿Qué tal algo dulce y refrescante?

Le apetecía algo, pero no tenía mucha relación con el helado. Desde que se había levantado de la siesta había estado sintiendo una tensión curiosa. Era como si aquella tarde hubiera cambiado algo en su relación con Win, aunque aún no entendía qué.

Tal vez tuviera que ver con lo que había dicho él sobre dejar de sufrir; sobre desearla más que a cualquier mujer. Tenía la impresión de que estaban a las puertas de una confrontación de la que probablemente no saldría victoriosa. Ya no estaba segura de qué quería. No obstante, el helado parecía una opción segura.

Asintió.

—Sí, claro. Pero espera a que me arregle un poco el pelo.

Unos minutos después, Carlene estaba delante del espejo del cuarto de baño mirándose con ojo crítico los rizos que le enmarcaban la cara limpia. Desde que había empezado a cuidar a los sobrinos de Win no había tenido tiempo para maquillarse. Los niños exigían mucha dedicación, y no era de extrañar que tantas madres optaran por el aspecto natural.

No le gustaba la mujer desarreglada que veía en el reflejo y tomó una decisión. Veinte minutos después se había cambiado de ropa, se había hecho una cola de caballo y se había puesto un maquillaje discreto. Volvió al dormitorio e inspeccionó su imagen renovada. Con el jersey entallado color coral, los vaqueros de marca y las sandalias de tacón parecía mucho más femenina que con la camiseta gigantesca, los vaqueros viejos y las deportivas que llevaba antes.

Win la llamó con impaciencia desde el patio.

—Carlene, cuando termines de arreglarte estaremos en invierno y ya no nos apetecerá un helado.

Ella sonrió ante la burla y trató de imaginar qué reacción tendría

al ver que había pasado de ser un ama de llaves desaliñada a una mujer atractiva. Se pintó los labios, sacó el bolso del armario y bajo al patio para reunirse con Win y los niños.

En cuanto salió al camino de piedra supo que el tiempo que se había tomado para arreglarse había valido la pena.

Win le había clavado los ojos con la precisión de un misil y sonreía con complicidad.

—Cariño, tienes suerte de que los niños estén aquí, porque de lo contrario no llegarías al pueblo a tomar un helado.

Ella le devolvió la sonrisa y guiñó un ojo.

—Puede que no quiera llegar.

El calor de la mirada de Win subió diez grados más. Respiró profundamente y le advirtió:

—Estás jugando con juego, cariño. Ten cuidado o acabarás quemada.

—Mamá dice que no hay que jugar con fuego —dijo Shelly con seriedad—. Es muy peligroso.

Él se echó a reír, y el sonido de sus carcajadas masculinas la estremeció con más intensidad que una caricia. Win alzó a su sobrina en brazos y le hizo cosquillas.

—Tienes razón, cariño. El fuego es peligroso.

Carlene sabía que aquellas palabras eran tanto para la niña como para ella, pero se sentía demasiado bien para ser cauta y sonrió antes de ir a buscar a Jared.

La siesta había hecho maravillas.

No era la única familia que había tenido la brillante idea de ir a tomar un helado después de la cena, y el local estaba lleno.

Win pensó que en realidad no se podía decir que ellos cuatro fueran una familia, ni aunque Win estuviera emparentado con los niños. No planeaba volver a casarse, lo que significaba que no sería padre. También significaba que no tendría que preocuparse por no decepcionar a sus hijos como lo habían decepcionado a él sus padres. Significaba que no contribuiría a que hubiera otro niño en el mundo que tuviera que afrontar el divorcio y la ruptura familiar.

También significaba que no tendría nunca esposa e hijos con los que disfrutar de los pequeños placeres de la vida, como salir a tomar helado en una noche cálida de verano.

Las ideas que normalmente subrayaban su independencia empezaban a parecer algo deprimentes. Se obligó a no pensar en ello y se concentró en el placer del momento. Estaba con sus dos niños favoritos y con una mujer sensual. No se le ocurría qué más se podía pedir.

En el fondo de su mente resonaban algunas ideas a las que no

quería enfrentarse; prefirió hacer caso omiso y ocuparse de dos adolescentes que se estaban comiendo a Carlene con los ojos. Uno de ellos notó cómo los miraba y le dio un codazo a su amigo mientras se apresuraba a girarse. El otro no apartó la vista inmediatamente, pero cuando vio la expresión amenazadora de Win, tragó saliva y de repente encontró interesantísima la carta.

Win jamás había sido tan posesivo con nadie, ni siquiera con su ex mujer. Lo único que había sentido cuando alguien miraba a Rachel era la satisfacción de tener una esposa atractiva. Probablemente, Carlene lo acusaría de sexista y tendría algo de razón. En cualquier caso, las cosas con ella eran diferentes, y ni siquiera eran pareja.

—¿Qué vas a pedir?

La pregunta de Carlene lo sacó de sus cavilaciones.

—Lo de siempre: dos bolas de chocolate con *brownie*.

Ella lo miró como si acabara de decir que comía el helado mientras montaba desnudo por la ciudad.

—¿Qué pasa? —dijo él—. ¿No te gusta el chocolate con *brownie*?

—Me encanta, pero no me imagino pidiendo siempre lo mismo. Aquí tienen treinta y dos sabores. ¿No quieres probar algo nuevo? Yo ni siquiera puedo pedir dos bolas del mismo sabor.

—Supongo que no me gustan mucho los cambios.

—La vida sin cambios es aburrida. Es demasiado previsible.

Win no pudo evitar pensar que su madre habría dicho lo mismo. No se le ocurría nada más previsible que despertarse al lado de la misma persona durante el resto de su vida.

—Pues ya ves, soy aburrido.

Carlene se echó a reír mientras tomaba a Jared de la camiseta para evitar que se escapara por la puerta. Después llevó al niño hasta el mostrador de polos con forma de payasos y animales.

—Mira, cielo, ¿por qué no eliges uno de éstos para darte un capricho?

Shelly decidió que ella también quería un polo y se juntó con su hermano para analizar las ventajas de los que estaban expuestos.

Carlene se volvió a mirar a Win con ojos risueños.

—Si hay algo que no podrías ser nunca, es aburrido. Puedes llegar a ser molesto, arrogante y hasta previsible, pero de aburrido no tienes nada.

—Ya veremos si opinas lo mismo dentro de seis meses.

Era lo que le duraba la euforia a su madre cuando se casaba. Después empezaban las peleas y los berrinches previos a cada divorcio.

A Carlene se le desdibujó la sonrisa.

—Tengo la sensación de que estamos ha blando de algo distinto

de las preferencias de helado.

Él se encogió de hombros. Un local abarrotado no era el mejor lugar para iniciar aquella conversación. Además, no estaba seguro de querer hablar del asunto.

—¿Qué sabores te vas a pedir esta vez? —preguntó.

Ella lo miró fijamente, como si estuviera poniendo a prueba su determinación para cambiar de tema, hasta que al final también se encogió de hombros.

—Estaba pensando en el helado del mes y el de moca con almendras. Por supuesto, lo pediré en una copa con caramelo caliente, nata montada, cerezas y frutos secos.

—¿Qué sentido tiene pedir dos sabores distintos para cubrirlos de aditivos?

A Carlene se le volvió a iluminar la mirada, y le puso una mano en el pecho.

—Está claro que tienes que aprender a vivir un poco, Win. No sabes nada de helados. Te propongo que esta noche me dejes pedir por ti.

Él no podía resistirse al brillo socarrón de los ojos de Carlene. Se dio cuenta de que le gustaba que se burlaba de él y decidió jugarse el todo por el todo.

—De acuerdo.

—Qué bien —exclamó ella con una sonrisa radiante.

Durante un momento, Win pensó que iba a sellar el trato con un beso, porque le había pasado la mano desde el pecho hasta la nuca y lo estaba mirando con los labios entreabiertos. Empezó a bajar la cabeza para facilitarle la labor, pero ella parpadeó y miró a su alrededor, como si acabara de recordar que estaban en un sitio público.

Como un rayo, Carlene le quitó la mano del cuello y dio un paso atrás.

—Iré a ver qué han decidido Shelly y Jared.

Él reprimió su desilusión y asintió.

—Me parece bien.

Lo había dicho en un tono más áspero del que en realidad pretendía. Sabía que Carlene quería ser discreta, pero no tenía por qué gustarle.

Ella avanzó rápidamente hacia donde estaban los niños y les preguntó qué habían elegido.

—Yo quiero el perrito —contestó Shelly—, y Jared quiere el payaso de limón.

Win se sentó a una mesa con sus sobrinos mientras Carlene hacía el pedido. No sabía qué helado le llevaría, aunque estaba prácticamente seguro de que sería tan elaborado como el suyo.

Unos minutos después, confirmó sus sospechas cuando la vio aparecer con los polos de los niños y dos copas recargadas. Carlene dejó un vaso de agua y una pila de servilletas en medio de la mesa, les dio los polos a Jared y Shelly y puso lo que parecía una montaña de nata montada delante de Win. Él intentó adivinar qué podría haber debajo de la crema blanca antes de hundir la cuchara. Su inquietud debió de ser muy evidente, porque ella se echó a reír.

—Tranquilo, que no te va a morder —le aseguró.

—Eso mismo dijeron antes de que el plátano gigante destrozara aquel pueblo.

Shelly lo miró impresionada.

—¿Qué plátano gigante? ¿Lo viste?

—No, cariño —contestó él, acariciándole la cabeza—. Era una broma.

—¿Eso quiere decir que no existe un plátano gigante?

—Sí, quiere decir eso.

—Mamá dice que no hay que mentir, tío.

Él gruñó y miró a Carlene para que lo ayudara. Ella tenía la mirada puesta en alguien que estaba detrás, y Win tenía la sensación de que se había perdido la mayor parte del intercambio frustrante que estaba teniendo con su sobrina.

Quería volverse para ver a quién estaba mirando con aquella expresión de disgusto, pero antes tenía que contestar a Shelly. No quería que le dijera a Leah que era un mentiroso.

—Una broma no es una mentira, porque se supone que nadie cree que sea verdad. Se supone que a la gente le parece divertido.

—Cuando algo es divertido me río.

—Era una broma para Carlene.

Win estaba empezando a cansarse tanto de la insistencia de su sobrina como de la fijación de Carlene con quienquiera que acabara de entrar en el local.

—Carlene no se ha reído.

La observación de Shelly no le mejoró el humor en absoluto. Miró a Carlene con el ceño fruncido y dijo:

—No, desde luego.

Shelly también volvió su atención hacia ella.

—¿Por qué no te has reído, Carlene?

Ella se giró para mirarla. Estaba claro que no entendía de qué le hablaba.

—¿De qué me tenía que reír?

La pequeña resopló exasperada.

—De la broma de mi tío, tonta. Dice que es divertida, pero a mí no me lo parece.

Carlene volvió los ojos hacia él, notó el fastidio con que la

miraba y suspiró.

—Lo siento, Win. Me la he perdido. ¿Quieres repetirla?

Él quería saber por qué estaba tan alterada.

—No. Ahora ya no tendría gracia.

—Lo siento. Por cierto, ¿qué te parece tu helado?

Win miró la copa, que apenas había tocado.

—¿Qué es? —preguntó.

—Vainilla con caramelo caliente.

Carlene humedeció una servilleta en el vaso de agua y la usó para limpiarle las manos a Jared. Después tomó la cuchara de Win, sacó un poco de helado y se lo ofreció.

—Toma, miedica. Prueba un bocado.

Él quería decirle que no tenía miedo de probarlo, pero cuando abrió la boca, ella le metió la cuchara y se las ingenió para hacer que pareciera una caricia. Cuando se aseguró de que Win hubiera comido el helado sacó la cuchara lentamente. Luego vio que aún quedaban restos de caramelo y le pasó la lengua hasta dejarla limpia.

—Es uno de mis favoritos —declaró—. ¿Te gusta?

El helado era delicioso, pero verla lamiendo la cuchara era un postre infinitamente más dulce. Tomó otro poco de helado y lo paladeó como si se lo estuviera pensando. Se llevó a la boca un tercer bocado y lo hizo durar más que el anterior.

Carlene no sólo estaba impaciente por oír el veredicto, sino que parecía fascinada por la manera en que comía el helado.

—Está bien —dijo al fin.

—¿Bien? Te he pedido el clásico de los clásicos, ¿y sólo dices que está bien?

Él mantuvo la expresión neutra.

—No se parece en nada a un cono con dos bolas de chocolate con *brownie*.

Ella lo escrutó con la mirada.

—Ya veo. Supongo que la próxima vez dejaré que te pidas tu propio helado. Hay gente que no sabe adaptarse a los cambios.

Él se echó a reír.

—Cariño, está delicioso y lo sabes.

Win se preguntó si sabría lo mucho que le gustaba que le diera de comer.

Debía de saberlo, porque de vez en cuando le daba en la boca una cucharada de su helado. Los niños quisieron participar en el juego, y Carlene también compartió su copa con ellos. Win no sabía cómo hacía para ser tan dulce y maternal con sus sobrinos y a la vez tan extremadamente seductora con él, pero le gustaba. Y mucho.

Estaban terminando los helados cuando oyó que lo llamaban.

—¿Win Garrison? ¿Eres tú?

Se volvió, y al ver que Grant Strickland avanzaba hacia ellos se puso en pie para estrecharle la mano.

—Strickland. ¿Cómo te trata la vida de casado?

Win no había ido a la boda, porque no conocía muy bien a la pareja. Cuando se había mudado al rancho de Hank Garrison, tenía diecisiete años. Había ido al mismo instituto que Grant, pero había estado tan ocupado ¿prendiendo el funcionamiento del rancho que no había tenido tiempo de hacer amigos. Leah, en cambio, prácticamente había crecido en Sunshine Springs y era amiga de Zoe, la flamante esposa de Strickland.

La sonrisa de Grant rebosaba tanta dicha que casi dolía.

—Soy un hombre feliz.

Win lo creía. Quizá lo único que podía hacer un hombre para asegurarse de que no lo abandonaran fuera casarse con su mejor amiga. Si estaba dispuesta a casarse con él después de tantos años de conocerlo, difícilmente iba a cambiar de opinión a los seis meses.

Grant miró por encima de Win.

—Hola, Carlene.

—Hola —contestó ella en voz baja.

—¿Os conocéis? —preguntó Win.

—Nos conocimos en el Dry Gulch.

—Ahora es mi ama de llaves.

Grant abrió los ojos sorprendido, pero se echó hacia delante para acariciarle el pelo a Jared.

—Hola, bonito. Tu mamá se llama Leah, ¿verdad?

El niño agachó la cabeza, pero Win asintió.

—Sí, es uno de los hijos de Leah.

—No sabía que tu hermana estuviera en la ciudad. Zoe querrá verla.

Al ver que a Carlene se le borraba la sonrisa, Win se preguntó si le preocupaba que le dijera que se estaba alojando en el rancho mientras Leah estaba de viaje.

—En realidad, no está en la ciudad —dijo—. Me ha dejado a los niños unos días.

Grant no hizo ninguna de las preguntas que habría hecho una mujer. Sencillamente, asintió.

—No sé si te has enterado, pero he decidido dar un nuevo enfoque a mi rancho y cambiar las reses por caballos.

—Sí, lo sabía.

Leah le había explicado que Zoe era vegetariana y no soportaba que se llevaran el ganado al matadero. Grant estaba cambiando el rancho y su forma de ganarse la vida para hacer feliz a su mujer.

Win se preguntó si estaría dispuesto a hacer lo mismo por Carlene, pero frunció el ceño por lo descabellado de la idea. No tenía planes de casarse ni con ella ni con nadie. Aunque Carlene lo afectara más que ninguna mujer, él seguía teniendo el control de su futuro, y su futuro no incluía ninguna boda.

—Esperaba que pudieras darme ideas sobre el funcionamiento de un rancho de caballos —confesó Grant—. No aspiro a dirigir unos establos tan bien como tú, pero me interesan mucho los mustangs. Estás entre los que tienen mejor fama en el sector.

Win asintió, sin sentirse incomodado por el elogio. Se había ganado el renombre a fuerza de trabajo y no tenía sentido que negara lo que había conseguido.

—Ven cuando quieras —dijo—. Te enseñaré el funcionamiento, aunque la verdad es que en este momento es Joe quien se encarga del rancho, ¿sabes? Yo estoy demasiado ocupado con los establos.

Grant se echó a reír.

—Es lo que pasa cuando eres el mejor en lo que haces.

—O al menos uno de los diez mejores —contestó Win con una sonrisa.

—Bueno, Zoe está en la pizzería y no quiero hacerla esperar. He entrado porque he visto tu furgoneta en la puerta.

Cuando Grant se marchó, Carlene se puso a limpiarle la cara y las manos a Shelly. Win vio que Jared también se había manchado y mojó una servilleta para lavarlo.

—¿Estás lista para que nos vayamos? —le preguntó en cuanto terminó.

—Sí. De hecho, deberíamos acostar a éstos cuanto antes.

Carlene había evitado mirarlo, y Win estaba desesperado por saber en qué estaba pensando. Se preguntaba si se arrepentía de las burlas que había hecho o si creía que él esperaba que cumpliera la amenaza que le había hecho en el patio antes de salir. Los niños se irían pronto a la cama, pero no sabía qué ganaría con ello.

En ocasiones, la mente femenina le resultaba absolutamente incomprensible.

Carlene arropó a Shelly y rogó que durmiera durante toda la noche. Se agachó para besarla en la mejilla y dijo:

—Buenas noches, preciosa.

La niña sonrió adormilada.

—Buenas noches.

Antes de que Carlene se volviera ya había cerrado los ojos.

Win tenía a Jared en brazos. Le había puesto el pijama y los pañales nocturnos por si tenía un accidente. Cuando Carlene quiso tomar al niño, sacudió la cabeza.

—Yo lo acuesto.

Ella asintió y salió de la habitación. No esperaba que Win la dejara escapar tan fácilmente después de la forma en que lo había provocado, pero no estaba dispuesta a complicar más las cosas quedándose allí.

Al llegar a su dormitorio encendió la luz, cerró la puerta y experimentó una profunda sensación de alivio porque, aunque sólo fuera aquella noche, había conseguido evitar tener una confrontación con Win sobre su relación.

Se preguntaba qué extraño impulso la había dominado para que lo provocara como lo había provocado en el patio y en la heladería. Win tenía razón; había estado jugando con fuego, y si se descuidaba, acabaría quemada. Se quitó las sandalias y fue al baño a desmaquillarse y lavarse los dientes.

Le había impresionado ver a Grant aquella noche, aunque tendría que habérselo esperado. A fin de cuentas, Zoe y él vivían al otro extremo de Sunshine Springs. No era que se guardaran rencor; de hecho, la habían invitado a la boda, y había ido. Pero verlo mientras estaba con Win había resultado desconcertante, porque le había hecho darse cuenta de lo mucho que se había equivocado con él.

Se soltó el pelo y se peinó los rizos con los dedos, porque sabía que se le erizaban si se los cepillaba en seco. Una vez había tratado de alisárselos. Su madre había pensado que le daría un aspecto más formal, más aceptable. A Carlene no le había gustado el proceso ni el resultado.

Cuando terminó de desenredarse el pelo se dio cuenta de que su madre no la aceptaría nunca como era. Se miró en el espejo y comprendió que el rechazo de sus padres ya no le afectaba tanto como antes.

Sin embargo, aquello no significaba que hubiera aprendido a aceptarse. La vida era demasiado complicada por sí sola como para enredarla más por tratar de ser otra persona.

Se preguntaba quién era, si la mujer de las minifaldas que servía copas en el Dry Gulch o la de la ropa holgada que se ocupaba de la casa y la cocina de Win Garrison.

Volvió al dormitorio y se examinó en el espejo. Tal vez no fuera ninguna de las dos. Tal vez fuera la mujer que veía en el reflejo; una mujer que se sentía tan cómoda con su cuerpo que podía usar ropa que le realzaba la figura sin necesitar hacer un despliegue escandaloso de sus curvas.

Una cosa era segura: no era la mujer que había tratado de seducir a Grant Strickland. El recuerdo la sonrojó. Grant la había invitado a salir, y la primera cita acabó en un desastre cuando el

hámster de Zoe entró en la cocina. Carlene tenía un miedo irracional a los roedores.

La segunda cita, si se podía llamar así, había sido idea de ella. Grant había pasado por el bar con una docena de rosas rojas, y Carlene había dado por sentado que significaba que estaba interesado en mantener una relación.

Cuando miraba atrás no entendía qué la había impulsado a comportarse así. La única explicación que se le ocurría era que uno o dos meses antes de que él la invitara a salir se sentía muy sola y deprimida, además de preocupada por su virginidad y su soltería.

Grant había sido el primer hombre que le había interesado en mucho tiempo, y había ido a por él. Había representado el papel de la seductora, porque creía que era lo que se esperaba de ella. Pero no lo había seducido; lo único que había conseguido había sido humillarse y provocar una pelea entre Zoe y Grant. En su defensa podía decir que no se había dado cuenta de que se habían convertido en pareja. Habían sido amigos durante tanto tiempo que ni ella ni nadie se lo habría imaginado.

Dudaba que a los veintiséis años se pudiera tener la crisis de la madurez, pero no se le ocurría una explicación mejor para su comportamiento. No entendía por qué insistía en negarse a hacer el amor con Win. Su supuesta falta de futuro no era un motivo suficiente para condenarse y condenarlo a la frustración sexual permanente. A fin de cuentas, no sólo no le había preguntado a Grant si le interesaba casarse, sino que ni siquiera se había planteado que pudieran tener algún futuro juntos.

En un momento de claridad sorprendente comprendió que, aunque se había sentido atraída por Grant, jamás habría podido enamorarse de él. No le molestaba que su relación no tuviera futuro porque no deseaba tener un futuro con él. Pero deseaba un futuro con Win. Sabía instintivamente que, si se le entregaba, se expondría a un dolor mucho más intenso que cualquiera de los que había sentido, incluido el provocado por el rechazo de sus padres.

Se dejó caer en la cama sin poder aceptar lo que su corazón trataba de decirle. No se podía enamorar de un hombre que creía que la solución de los problemas vitales residía en las aventuras pasajeras. No podía.

El único problema era que tenía la horrible sensación de que ya se había enamorado.

Estaba tan abrumada por sus pensamientos que no oyó que llamaban a la puerta, y no reaccionó hasta que Win abrió y entró en la habitación.

—¿Cómo te atreves a pasar sin llamar? —espetó—. Podría haber estado desnuda o algo así.

Él arqueó las cejas con complicidad.

—Dado que los dos sabemos que el único «algo así» que puedas hacer será conmigo y que estás decentemente tapada, podrías relajarte un poco.

Ella se puso en pie y encauzó sus pensamientos tumultuosos hacia una ira mucho más segura.

—No se trata de eso, y lo sabes. Soy tu empleada, no tu esposa, y tengo derecho a un poco de intimidad.

Él frunció el ceño; la palabra «esposa» sólo subrayaba las diferencias entre ellos.

—Mira, cariño, ahora mismo eres una mujer que me tiene loco. Puedes estar segura de que no pienso en ti como en una empleada.

—Pues si lo hicieras —replicó ella con los brazos cruzados—, tal vez nos evitarías un montón de problemas.

—No soy capaz. No te pareces en nada a mis otros empleados.

—¿Y qué pretendes decir con eso?

—Cálmate, Carlene. No he venido a declarar la tercera guerra mundial.

Ella carraspeó.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Si Win hubiera estado un poco más cerca, la habría despeinado con su suspiro.

—A invitarte a tomar una copa antes de que nos vayamos a dormir.

# Capítulo 13

Carlene lo miró perpleja.

—¿Quieres que tome una copa contigo? —preguntó.

Win no entendía por qué sonaba tan incrédula. Carlene no podía esperar que le permitiera evitarlo eternamente. Tenían asuntos que resolver, y resultaba imposible si se encerraba en el dormitorio cada vez que los niños dormían.

—He dejado una botella de vino abierta en el salón —contestó.

Win había imaginado que le gustaría. Las mujeres pensaban que el vino era muy romántico. Puestos a elegir, él prefería una buena copa de *whisky* con hielo.

—No creo que sea buena idea —dijo ella—. Los dos tenemos que levantarnos temprano, y es muy probable que Shelly se despierte durante la noche. No quiero que el alcohol me nuble los sentidos y me impida oírla. Además, acabamos de tomar helado, y estoy segura de que no conviene mezclar alcohol con tanto azúcar.

Carlene hablaba tan deprisa que parecía el subastador de la Asociación de Ganaderos. Tal vez creyera que sus excusas sonarían menos absurdas si las soltaba con rapidez. Win se echó a reír.

—Cariño, no seas ridícula. Una copa de vino no te va a nublar tanto los sentidos como para que no oigas a Shelly. En cuanto a lo de mezclar el azúcar con el alcohol…

—Olvídate de eso —interrumpió ella—. Seguimos teniendo que madrugar, y necesito descansar. Tú mismo lo has dicho.

Carlene estaba de pie junto a la cama, con el pelo revuelto y gesto triunfal. Creía que había encontrado un argumento irrefutable. Win se estiró y la tomó de la muñeca. Si no la apartaba pronto de la cama, iba a exponer sus argumentos con el cuerpo, no con la boca.

—Si quieres, mañana puedes echarte otra siesta mientras duermen los niños —dijo, sacándola de la habitación—. No es muy tarde, y quiero un poco de compañía.

—¿Y sólo importa lo que tú quieres?

Él resopló con fastidio mientras la arrastraba por las escaleras hasta el patio. La oyó quejarse y se volvió.

—¿Qué pasa?

Ella lo miró con la cara iluminada por la luna.

—He pisado algo.

Win bajó la vista y por primera vez se dio cuenta de que se había quitado los zapatos. Si hubiera esperado un poco más para entrar en la habitación, tal vez la hubiera encontrado desnuda. La idea era demasiado tentadora para albergarla durante demasiado tiempo. La alzó en brazos y se sorprendió al ver que, en vez de resistirse, le rodeaba el cuello.

La llevó hasta el salón y la bajó a regañadientes. Luego se volvió hacia la bandeja que había llevado antes de ir a buscarla al dormitorio y preguntó:

—¿El vino te parece bien?

—Supongo que debería darte las gracias por no volver a cargarme al hombro como un saco de patatas.

Win se quedó callado esperando a que contestara a su pregunta.

—El vino me parece bien —suspiró ella.

—Aclaremos una cosa —dijo Win mientras le tendía una copa—. La última vez no te cargué como un saco de patatas, y estoy seguro de que no te llevé al hombro. ¿Queda claro?

Carlene parecía sorprendida por su vehemencia. Era una pena. Él estaba cansado de que todo el mundo le dijera que la maltrataba. Ella se había resistido mucho más la primera vez que la había tomado en brazos, pero no había parecido un saco de patatas en absoluto.

—Queda claro —contestó Carlene.

—Bien. Ahora, tómate el vino.

Ella se sentó en un sillón, enfrente del sofá. A Win le hizo gracia la elección. Al parecer, temía que intentara seducirla si se sentaba a su lado. Pero más gracioso aún era que creyera que lo iba a detener por sentarse lejos. Se sirvió una copa de vino, se sentó en el sofá y estiró las piernas.

Carlene apartó las suyas para que no se tocaran, bebió un trago y lo miró por encima de la copa.

—¿Nadie te ha dicho que el encanto no es tu punto fuerte?

La acidez del comentario lo hizo sonreír.

—Ahora que lo dices —contestó—, Leah ha hecho algún que otro comentario sobre mi falta de tacto.

Ella se quedó pensando.

—Y supongo que eso no te molesta.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sorprendido.

—A que los demás piensen mal de ti.

—Mi hermana no piensa mal de mí porque sea poco diplomático.

La mirada de Carlene viajó por la habitación antes de volver a posarse en él.

—Supongo que no.

Se quedaron en silencio durante un momento.

—A mí sí que me molesta —añadió ella.

—¿Qué te molesta?

La actitud pensativa de Carlene lo confundía, pero no pensaba hacer nada que le impidiese seguir. Tal vez consiguiera por fin las respuestas sobre su pasado.

—Que los demás piensen mal de mí. Que la gente piense lo peor de mí, sobre todo cuando se trata de personas a las que quiero y respeto.

—¿Quién piensa lo peor de ti, cariño?

Los ojos de Carlene estaban enfocados en algo que él no podía ver. Tal vez en su pasado.

—Cuando terminé el instituto sabía que quería ser profesora, así que estudié magisterio —le explicó—. Tenía veintitrés años cuando terminé las prácticas y conseguí mi primer trabajo. Me ofrecieron un puesto en un instituto, cerca de mi ciudad natal. Puede que fuera demasiado joven para dar clases en un instituto, que tuviera muy poca diferencia de edad con mis alumnos. No lo sé.

A Win le costaba mucho menos imaginarla como profesora que como camarera del Dry Gulch. A pesar de que estaba trabajando de ama de llaves, no le había sorprendido en absoluto cuando le había revelado su verdadera profesión. Aun así, quería saber por qué no estaba dando clases.

Al ver que ella no seguía, hizo una pregunta inocua para ver si conseguía que se abriera más.

—¿De qué dabas clase?

—De literatura.

Él tomó un trago de vino. No estaba nada mal.

—No es mi asignatura favorita —confesó.

—Te entiendo —dijo ella con una sonrisa—. No a todos les gusta, pero a mí me encantaba. Me sigue gustando.

—¿Y qué pasó?

Tenía que haberle pasado algo muy grave para que hubiera acabado trabajando de ama de llaves. La pena le nubló el rostro, y durante un momento se volvió a quedar con la mirada perdida.

—El primer curso fue genial. Establecí una buena relación con mis alumnos, y parecía caerles bien a mis compañeros.

—¿Las cosas cambiaron en el segundo curso?

—Sí. El director se jubiló, y lo sustituyeron por uno muy distinto. Yo no compartía en absoluto sus métodos con los alumnos. Tuvimos varias discusiones, pero no era nada con lo que no pudiera lidiar. Hasta que un día decidió que podía ser una buena amiga fuera del colegio.

La furia se apoderó de Win antes de que tuviera oportunidad de

digerir sus palabras.

—¿Se propasó contigo?

—Se podría decir que sí. Era demasiado inteligente para hacer nada que me permitiera acusarlo de acoso sexual. Me hacía insinuaciones, se frotaba contra mí cuando nos cruzábamos en los pasillos… En fin, cosas así.

—Maldito desgraciado.

Carlene bebió un buen trago de vino y se secó la boca con la mano.

—Estoy totalmente de acuerdo —afirmó—. Lo peor de todo era que estaba casado con una de las mujeres más encantadoras que he conocido. Al final, un día me hizo un comentario que no pude pasar por alto, y le hice saber en términos muy claros que no estaba muy interesada.

—¿Los mismos términos que usaste con Lonny?

Win podía imaginar el escándalo que se habría desatado si hubieran pillado a la profesora de literatura agrediendo al director del instituto local.

Ella sonrió con arrepentimiento.

—No tan drásticos, pero me has entendido —dijo—. Después de eso, todo fue a peor. Cuestionaba mis decisiones y se presentaba en mi clases sin avisar. Decía que me estaba controlando para asegurarse de que no hubiera problemas de disciplina. De repente le parecía mal que una mujer soltera de mi edad enseñara en el instituto. Y yo seguía creyendo que podía arreglarlo. Fui tonta.

El tono derrotado de Carlene le tocó una fibra muy profunda. Win sabía muy bien qué significaba ser el tonto de la película.

—¿Y qué pasó? —preguntó.

—Durante el tercer curso, uno de mis alumnos era la estrella del equipo de fútbol. Cometí el error de basar su nota en el rendimiento que tenía en clase y no en sus habilidades deportivas.

—¿Lo suspendiste?

—Hizo mal un trabajo. Tenía muchas notas bajas, y eso podía dejarlo fuera del equipo, pero el director trató de convencerme para que lo aprobara.

—Y te negaste.

—Sí.

Aquella palabra lo decía todo. Carlene no mentía a nadie; respetaba demasiado su código de honor.

—¿Y lo cambiaron de clase? —dijo Win.

—Ojalá hubiera sido tan fácil —dijo con una carcajada de amargura—. Mi alumno me denunció por acoso. Dijo que había tratado de seducirlo y lo había suspendido porque me había rechazado.

Win estaba furioso. Si hubiera tenido cerca a aquel chico, se habría asegurado de que no volviera a jugar al fútbol durante mucho tiempo.

Carlene no era consciente de la rabia que lo carcomía y continuó con el relato.

—Era tan ridículo que al principio no me lo tomé muy en serio. Di por sentado que nadie lo creería. Pero estaba equivocada.

Win no podía aguantar más. Necesitaba consolarla, y la atrajo del sillón a su abrazo.

Al principio, Carlene estaba tensa, pero después se relajó y se acurrucó contra él.

—Fue horrible —continuó—. Todo el mundo hablaba de mí. De repente, mi personalidad y mi historia importaban un bledo, porque mi cuerpo y mi aspecto se habían convertido en la medida de mi moralidad. Me llamaban en mitad de la noche para amenazarme y acusarme de cosas que no había oído en mi vida. Y el director me pidió que dimitiera.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Win mientras le acariciaba suavemente la espalda.

—Me negué a dimitir y me defendí. Todavía tenía todos los archivos de las calificaciones, y estaba claro que el último trabajo merecía un suspenso. Contraté a un abogado, que recogió declaraciones a mi favor y consiguió demostrar que la acusación del alumno era injusta. No volvimos a estar solos en la misma habitación.

Win tenía la impresión de que la historia no terminaba ahí. De lo contrario, Carlene habría seguido en el instituto de Texas.

—Si el director te hubiera respaldado, las cosas no se habrían complicado tanto —dijo, tratando de averiguar el resto de la historia.

—Sí. Pero fue él quien insistió en iniciar una investigación a gran escala, incluso después de que el chico reconociera que lo había hecho para seguir en el equipo.

—Te habían absuelto…

Ella se echó hacia atrás para verle la cara. Win la abrazó con más fuerza cuando notó su expresión. Los ojos de Carlene reflejaban una herida que no estaba completamente cerrada.

—Legalmente sí, pero para la gente seguía siendo culpable. El día en que gané el juicio fui a casa de mis padres. No confiaba en que ninguna otra persona del pueblo me siguiera dirigiendo la palabra, pero ellos…

—¿Celebraron la victoria contigo?

Win tenía que preguntar, aunque bastaba con mirarla a los ojos para saber la verdad. Quería creer que no todo había sido malo,

pero el instinto le decía lo contrario.

Carlene estaba al borde del llanto y respiró profundamente para tratar de calmarse.

—Me felicitaron por ganar el juicio, pero mi padre me sugirió que buscara trabajo en otra parte. Decía que quería que tuviera un nuevo comienzo. La verdad era que se habían sentido humillados por mis problemas y querían recuperar la tranquilidad. Mi madre me dijo después que algunos de los compañeros de golf de mi padre se habían negado a volver a jugar con él, y que sus amigos los habían estado presionando para que me marchara.

Win no se podía creer la falta de lealtad y la debilidad que habían demostrado los padres de Carlene. No entendía cómo habían hecho para criar a una mujer tan fuerte y fiable como ella. Pero tampoco entendía cómo había hecho su madre para criarlo a él.

—¿Tu madre quería que te fueras de la ciudad? —preguntó.

—Sí, pero fue un poco más sutil. Me sugirió que me tomara unas vacaciones antes de volver al trabajo, y comentó que me convenía ir al sur de California.

—¿Por qué allí?

—Porque había muchos cirujanos plásticos, o eso tenía entendido.

Win estaba confuso.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pretendía que me hiciera una reducción de pecho. Al parecer, las mujeres con un cuerpo como el mío se prestaban a tener problemas como los que había tenido en el colegio.

Él no se podía creer que la madre de Carlene hubiera sido tan estúpida.

—¡No era culpa tuya!

A ella se le iluminaron los ojos.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias por decir la verdad.

Carlene volvió a recostarse contra el pecho de Win.

—Decidí que mis padres se merecían un poco de tranquilidad, así que dejé el trabajo en el instituto, metí las maletas en el coche y me marché.

—Pero no a California —dijo él con satisfacción.

—No. No diré que no me lo pensé, pero llegué a la conclusión de que me gusto como soy. No tengo la culpa de que mi jefe fuera un baboso ni de haber tenido un alumno con la moralidad de una rata.

—Viniste aquí.

—Sunshine Springs era un puntito en el mapa. Me gustó el nombre del pueblo y vine. Una vez aquí encontré trabajo enseguida y decidí quedarme.

—Pero no como maestra.

—No, evidentemente no —dijo con una mueca de dolor—. Pero estoy cansada de esconderme. Quiero volver a la enseñanza.

—¿Sigues queriendo dar clases en un instituto? —preguntó él, conmovido por su coraje.

—Puede que pienses que estoy loca, pero sí. Era una buena profesora. Quiero recuperar mis sueños. Quiero recuperar mi vida.

A la noche siguiente, Carlene fue a buscar a Win después de acostar a los niños. Lo encontró cerca del establo, dando instrucciones a Shorty sobre una de las yeguas preñadas.

—Win…

Los dos hombres se giraron al oír su voz.

—Hola, cariño —dijo Win con una sonrisa—. ¿Qué necesitas?

—Quería hablar contigo. ¿Tienes un momento?

Él asintió y se volvió para mirar a Shorty.

—¿Todo controlado? —preguntó.

—Sí, jefe.

Win giró y avanzó hacia la casa con Carlene.

Ella vio que Shorty entraba en el edificio que estaba detrás de Win.

—¿Shorty se va a quedar a pasar la noche con los caballos?

—Sí. Una yegua está lista para parir en cualquier momento. Shorty me llamará al busca si se pone de parto.

Entraron en la casa y fueron al patio como si lo hubieran acordado. Win se sentó en una silla junto a la fuente, cerca de la mesa con té frío que Carlene había organizado especialmente para la ocasión. Ella se sentó al otro lado de la mesa.

Win tomó un buen trago de su té y preguntó:

—¿De qué querías hablar?

—De Leah.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cuándo vuelve?

Él se encogió de hombros, como si la respuesta no tuviera ninguna importancia.

—Imagino que pronto.

—¿Cuándo es pronto? —insistió ella, decidida a impedir que eludiera el tema—. ¿Mañana, pasado mañana, la semana que viene…?

Win la miró con recelo.

—¿Por qué te interesa tanto su vuelta de repente? ¿Estás cansada de cuidar a los niños?

A ella no le gustó el tono acusatorio.

—Sabes que no es eso, pero la echan de menos. Esta noche me

ha costado mucho conseguir que se durmieran. Sobre todo, Shelly. Quiere estar con su madre.

—Leah necesita un poco de espacio.

—Pues los niños la necesitan a ella —replicó, llena de frustración.

—Shelly y Jared están bien. Eres fantástica con ellos.

—Pero no soy su madre, y en este momento la necesitan. Leah va a tener que solucionar sus problemas sin apartarse de sus hijos.

—Leah sabe qué es lo mejor para ellos. Es una buena madre, mejor que la que tuvo ella.

Carlene se preguntaba por qué no escuchaba lo que le estaba diciendo.

—No pretendía insinuar lo contrario; sólo digo que ya va siendo hora de que vuelva.

Win dio un golpe en la mesa al dejar el vaso de té.

—Eres mi ama de llaves y la niñera provisional de mis sobrinos. No te corresponde decirme qué debería hacer mi hermana.

El ataque fue tan inesperado que la dejó muda, pero la ira de Win desapareció con la misma rapidez con que había aparecido. Estiró la mano y le acarició el brazo.

—Lo siento mucho. No quería ponerme así —añadió.

—No hay problema —dijo ella apartando el brazo—. Evidentemente, al expresar mi preocupación por los dos niños que tengo a mi cargo estaba traspasando los límites de nuestra relación laboral.

—He dicho que lo siento. Sé que te preocupas por los niños, pero tienes que confiar en que su madre sabe qué es lo mejor para ellos.

—¿Por qué? ¿Es que tu madre siempre sabía lo que era mejor para ti? Ser padre no te hace infalible.

Como profesora de literatura, ella había aprendido muy bien esa lección. Pero la expresión de Win se volvió peligrosa.

—Leah no es como tu madre. Se preocupa más por Jared y por Shelly de lo que mamá se preocupó por nosotros.

Win no estaba gritando, pero la fría furia de su voz resultaba igualmente intimidatoria. Sin embargo, Carlene no estaba dispuesta a dejarse intimidar.

—Por segunda vez… no estoy diciendo que Leah sea una mala madre. Me limito a afirmar que tiene que volver y cuidar de sus hijos.

—Ya basta. Leah vendrá cuando venga, y hasta entonces cuidaremos de Shelly y de Jared. ¿Entendido? —declaró.

—¿No podríamos ponernos en contacto con su padre? Es posible que el marido de Leah haya vuelto de su viaje de negocios y que

quiera cuidar de ellos.

La mirada de Win la atravesó con la precisión de un escalpelo de cirujano.

—¿Por qué no lo dices de una vez? Estás cansada de cuidar de los niños y quieres dejarlo.

La injusticia de la acusación fue como un golpe en el estómago. Se levantó y caminó hacia Win. Estaba tan enfadada que había empezado a temblar. Nadie la irritaba tanto como aquel hombre.

—Escúchame atentamente, vaquero cabezota, porque ya he aguantado todos los insultos que puedo soportar. Sencillamente me preocupan los hijos de Leah. Creo que necesitan a su madre, y que si no podemos contar con ella, deberíamos hablar con su padre. No me importa que se hayan acostumbrado a vivir sin él. Sigue siendo su padre y su presencia les daría seguridad.

Carlene enfatizó las últimas palabras por el procedimiento de darle varios golpes en el esternón. La furia de los ojos de Win la puso nerviosa y consiguió hacerla retroceder, pero él no se movió. Se limitó a observarla y a mantenerla cautiva con su mirada. Era tan intensa que parecía física.

—No vamos a llamar a Mark. Si mi hermana dice que está fuera, será porque lo está.

Carlene lo intentó de nuevo.

—Pero puede que vuelva pronto…

—Olvídalo.

—Pero…

—He dicho que lo olvides y lo he dicho en serio —la interrumpió—. Eres mi empleada. No tienes nada que decir sobre este asunto y desde luego no voy a permitir que añadas nada más. Leah volverá dentro de un par de días y entonces quedarás libre de tus obligaciones. Si no te sientes con fuerzas para soportarlo, buscaré a otra persona. Así que tú decides.

Carlene sintió una profunda angustia en el pecho.

—Cuidaré de los niños y seré tu empleada. Pero nada más.

Entonces, se giró en redondo y se dirigió a su habitación. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero hizo un esfuerzo para contener el llanto hasta encontrarse lejos de él.

Ni siquiera había llegado al pasillo interior cuando notó que unos dedos fuertes la agarraban por el hombro y la detenían en seco.

—¡Suéltame! —exclamó, intentando liberarse.

—No. No puedo.

Win la obligó a girarse y la abrazó contra su pecho.

—He sido injusto contigo, cariño. Eres mucho más que una empleada para mí, y los dos lo sabemos —le confesó.

Ella forcejeó para liberarse del abrazo.

—No, no lo sabemos. Tú no me quieres aquí y yo no te quiero a ti. Deja que me marche, Win.

Carlene estaba tan dolida que apenas podía respirar. Se había enamorado de él, pero parecía que a él sólo le importaba el sexo y nada más. No apreciaba su preocupación por los niños. No agradecía su presencia. Sólo quería su cuerpo. Y ella sabía que si volvían a hacer el amor, se entregaría a Win sin poder evitarlo.

Desesperada, le pegó una patada en la espinilla para que la soltase.

—Déjame…

Win gruñó, pero no soltó su presa. Carlene se sintió como si su pie hubiera chocado con una pared de hormigón armado.

—Por favor, Carlene, tienes que escucharme…

Ella echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—¿Es que tú me has escuchado a mí?

—He cometido un error. Lo siento. Dame la oportunidad de corregirlo.

—¿Para qué? ¿Para acostarnos otra vez? No te importa haberme hecho daño. No te importa lo que piense de tu hermana ni de los niños ni de su situación. Sólo quieres aplacarme para que hagamos el amor. He sido una idiota durante todo este tiempo, pero no vas a engañarme otra vez.

Los ojos azules de Win se clavaron en Carlene.

—No es así, maldita sea… eso no es verdad.

—¿Ah, no? —preguntó, con tanto sarcasmo como cabía en dos palabras—. Entonces, ¿cómo es? ¿Vas a negar que me deseas?

Win la apretó con más fuerza.

—Por supuesto que no. Te deseo tanto que no me separaría nunca de ti. Pero no quiero disculparme por eso.

—En tal caso, ¿por qué?

—Porque he sido injusto contigo, ya te lo he dicho. Porque no puedo soportar la idea de hacerte daño. Porque tu opinión me importa sinceramente y porque siento haberme enfadado contigo. De verdad. Por favor, cariño, no te alejes de mí…

—Suéltame.

Esta vez, Win le hizo caso y la soltó. Aunque a regañadientes.

—Vuelve conmigo y sentémonos un rato, por favor —dijo él—. Hablaremos de este asunto.

# Capítulo 14

Carlene negó con la cabeza.

—¿Hablar de qué? Ya me has informado de que no tengo nada que decir al respecto. No sé de qué quieres que hablemos.

Win la sorprendió al sonreír.

—Cariño, si algún día no tienes nada que decir, me preocuparé tanto que te llevaré a Urgencias por miedo a que te pase algo en las cuerdas vocales. Además, también te he dicho que tu opinión me importa.

—Y si digo algo que no te gusta, ¿me volverás a gritar?

—No —dijo, levantando una mano—. Palabra de honor.

Parte de la tensión de Carlene desapareció de repente. Si estaba dispuesto a hablar de forma racional, no había problema. Así que volvieron junto a la fuente y se sentaron. Ella esperó en silencio y echó un trago de su té helado. Después de lo que había sucedido no estaba dispuesta a ser ella quien retomara la cuestión.

Win tomó aliento y se volvió hacia ella.

—He protegido a mi hermana desde que mi madre la trajo del hospital cuando yo sólo tenía cinco años. Y supongo que pierdo los papeles cuando alguien la critica.

Ella arqueó una ceja.

—No me digas.

Win frunció el ceño.

—Mira, intento explicarme y ya he te dicho que lo siento. Concédeme un respiro.

Era cierto. Win se había disculpado. Y decidió darle una oportunidad.

—No sueles dar explicaciones, ¿verdad? —preguntó ella.

—No, no tengo costumbre —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Sólo intento decir que comprendo tu preocupación. Sé que los niños la echan de menos y me asusta que los haya dejado aquí. No sé lo que pasa entre Mark y ella.

—Tienes miedo de que sea como vuestra madre. Por eso has reaccionado de mala manera cuando te he expresado mis preocupaciones.

Win se frotó los ojos y dijo, casi en un susurro:

—En efecto.

—Escucha, Win. Leah no es tu madre. Tenga lo que tenga en la

cabeza, supongo que debe de ser algo muy importante. De lo contrario no se habría separado de sus hijos.

Él la miró.

—¿Cómo puedes estar segura? Ni siquiera la conoces.

—Es cierto, pero Shelly y Jared son dos niños maravillosos y la quieren demasiado para que sea una mala madre. Además, tú la conoces mejor nadie. Y en el fondo sabes que tus temores son infundados —dijo.

—Es verdad. Pero entonces, ¿por qué has dicho todo eso antes?

Carlene sonrió con desesperación. Por lo visto, Win no había entendido nada de nada.

—Sólo quería que llamaras a tu hermana para que vuelva o que te pusieras en contacto con su marido. Shelly y Jared necesitan a sus padres.

—No quiero llamar a Mark.

—¿Por qué?

—Porque no creo que sepa que Leah me ha dejado a los niños. Si lo llamo, podría provocar un grave daño a su matrimonio —respondió.

—Tal vez, pero yo diría que su matrimonio ya tiene problemas. De no ser así, Leah no tendría la crisis que tiene.

Win asintió.

—Lo sé. Pero si está sola una temporada, es posible que se recupere y que deseche la idea de abandonarlo. No necesita que lo llame y que empeore la situación.

—Realmente te da miedo que sea como tu madre, ¿verdad? Win, tienes que aceptar que si Leah quiere dejar a Mark, será porque tiene buenos motivos para ello. Es una madre demasiado buena para dar un paso así sin razón. Lo sabes de sobra.

Win se relajó un poco.

—Sí, eso es cierto… pero maldita sea, ni siquiera sé si está pensando en divorciarse. Sólo me ha dicho que necesitaba tiempo para pensar. Cuando hablé con ella por teléfono, noté que echaba de menos a sus hijos. No sé lo que está pasando.

Carlene comprendía la inquietud de Win. No quería causar más problemas a un matrimonio que ya hacía aguas y no entendía el comportamiento de su hermana. Por todo lo que le había contado, no parecía propio de ella.

—¿Te ha dejado algún número adonde pudieras llamarla en caso de emergencia? —le preguntó.

—Sí. Es una buena madre, Carlene.

—Te creo. Y en tal caso, no le importará que la llames y que le digas que sus hijos la necesitan. Incluso cabe la posibilidad de que eso sea precisamente lo que necesita oír en este momento —declaró.

Win se levantó.

—Tienes razón. La llamaré antes de que sea demasiado tarde.

Carlene lo observó mientras se alejaba. Sintió una punzada en el corazón por su dolor y por el dolor de la propia Leah. Sospechaba que su hermana también estaba asustada ante la posibilidad de ser como su madre.

Llevó los vasos de té helado a la cocina y se preguntó si Win iría a buscarla después de hablar por teléfono. Debía entender que estaba interesada en el asunto. Y por encima de todo, debía entender que quería que compartiera sus cosas con ella, que le demostrara que era algo más que una simple empleada.

Win se sentó en la butaca y miró el número que había escrito en un pedazo de papel. Carlene estaba en lo cierto y lo sabía. Tenía que llamar a Leah. Por lo menos, para asegurarse de que se encontraba bien.

Respiró a fondo e intentó poner orden en sus pensamientos. Quería expresar su preocupación por los niños, pero sin hacer que se sintiera todavía peor. Y no iba a resultar fácil.

Ahora lamentaba haberse excedido con Carlene. Le había hecho mucho daño. Cuando ella se marchó del patio, supo que tenía que arreglar las cosas si no quería perderla para siempre. Y no podía arriesgarse a eso. Así que hizo un esfuerzo e intentó explicarse. Tampoco le había resultado fácil, especialmente porque no estaba acostumbrado a hablar de sus sentimientos y porque odiaba hablar del pasado. Pero necesitaba que entendiera por qué se había puesto a la defensiva.

Además, Carlene tenía razón al afirmar que tenía miedo de que Leah fuera como su madre. Y de que debía de tener buenos motivos para querer divorciarse de su marido. Amaba a Mark. Adoraba a sus hijos. No era simplemente que se hubiera cansado de todo. Había pasado algo, algo grave, y Win quería saber la verdad.

Así que, al final, descolgó el teléfono y marco el número.

Carlene miró el reloj de la mesita de noche por tercera vez en quince minutos. Había dejado la puerta entreabierta para que Win no diera por sentado que se había quedado dormida, pero ya había pasado más de una hora y todavía no había aparecido. Cabía la posibilidad de que todavía estuviera hablando con su hermana. O de que no se sintiera obligado a compartir sus problemas familiares con ella.

Todas sus esperanzas se concentraban en el hecho de que se había disculpado. Sabía que había sido sincero, que no tenía

intención de herirla y que en el fondo no la tenía por una simple empleada.

Unos segundos después, llamaron a la puerta.

—Adelante…

Win abrió y entró. Tenía una expresión relajada y tranquila. Incluso sonrió al verla.

—Hola. ¿Te importa si paso y hablamos un rato?

Carlene señaló la silla y la otomana que estaban en la esquina.

—Por supuesto que no. Siéntate…

Win acercó la otomana y se sentó. Ella se levantó de la cama y se acomodó en la silla.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido con tu hermana? —preguntó, impaciente.

—Tenías razón. Necesitaba saber que los niños la echan de menos. Se estaba volviendo loca —declaró.

—¿Qué quieres decir?

—Se había convencido de que su marido y sus hijos no la necesitan, de que sólo es una especie de niñera para ellos. Tonterías así…

—Debe de sentirse muy dolida.

Win la miró con preocupación.

—Sí, ciertamente. Mark y ella tienen que hablar. Se lo he dicho.

—¿Se lo has dicho?

Carlene no pudo ocultar la sorpresa de su voz.

—Sí, claro. No es necesario ser psicólogo para saber que una pareja tiene que hablar de sus problemas —declaró.

Ella sonrió, captando la indirecta.

—No, por supuesto que no. ¿Y cuándo piensa volver?

—Mañana. Le he dicho que no hay prisa, aunque los niños estarían encantados de verla.

—Eres un buen hombre, Win…

—Si lo crees de verdad, ¿por qué no quieres acostarte conmigo?

La pregunta la pilló desprevenida. Cuando se recuperó, frunció el ceño y dijo:

—No me digas que esa táctica tan poco sutil te ha servido antes con las mujeres…

Win sonrió.

—Bueno, no he salido con tantas mujeres como crees, pero no parece que mi falta de sutileza les molestara demasiado —ironizó.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dices de tu ex esposa? —preguntó, irritada—. ¿Ella tampoco tenía problemas con tu falta de sutileza?

Carlene lamentó las palabras en cuanto salieron de su boca. La expresión de Win se volvió dura y fría y deseó haberse mordido la lengua.

—Siento haber dicho eso.

—¿Por qué? ¿Es que no quieres una respuesta?

—No quiero que te sientas obligado a decir nada que no quieras decir —respondió.

Win la miró durante unos momentos y habló.

—Déjame decirte que cuando Rachel me dejó, me odiaba. Odiaba todo lo mío, incluida mi falta de delicadeza.

A Carlene le pareció imposible que una mujer pudiera odiarlo. Era demasiado leal, demasiado honrado, demasiado bueno.

Instintivamente, sacudió la cabeza.

—Debía de estar loca.

Él no sonrió. Ni siquiera parpadeó.

—No, loca no, sólo decidida. Quería marcharse de aquí y pensó que yo podía ser su billete a la libertad —explicó.

—No te entiendo…

—Es muy sencillo. Rachel se casó conmigo porque creía que podría convencerme para que vendiera el rancho y nos marcháramos a una ciudad grande. Cuando descubrió que no tenía intención de hacerlo, me dejó bien claro que no le gustaba nada de mí. Odiaba mis botas sucias, mi pelo, mi falta de elegancia… al final ni siquiera soportaba que la tocase, aunque a decir verdad, yo tampoco lo deseaba.

Win se detuvo un instante antes de continuar.

—El pueblo había empezado a atraer cierto tipo de clientela gracias a los deportes de invierno. Así que se buscó un buen partido y abandonó Sunshine Springs, tal y como deseaba —explicó.

Carlene sintió un intenso dolor por él. Más que un matrimonio, lo de su ex esposa y él había sido una guerra civil.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Menos de dos años.

—¿Y todo eso pasó en menos de dos años? —preguntó con incredulidad.

Él sonrió.

—Sí. Hay una cosa que no puedo negar: cuando meto la pata, la meto hasta el fondo.

Carlene no aceptó su explicación.

—Tú no tuviste la culpa. Te casaste con ella creyendo que te quería y después descubriste que te había mentido. Debías de amarla mucho…

—Me casé con ella porque necesitaba que una mujer me ayudara con Leah y porque la deseaba. Ya te he dicho que no quiso hacer el amor conmigo antes de que nos casáramos. Pensé que sólo era una chica chapada a la antigua… increíble, lo sé. Y luego resultó que era todo lo contrario.

—Win, no hay nada de malo en que buscaras ayuda para cuidar de Leah… la adolescencia es una etapa muy difícil. Es una lástima que Rachel no te quisiera, pero no es culpa tuya.

Él la miró como si no la entendiera.

—Bueno, sea como sea, ahora ya sabes por qué no quiero casarme otra vez.

Carlene lo comprendía de sobra, pero el matrimonio no era la cuestión. Sencillamente, ella necesitaba saber que Win era capaz de comprometerse en una relación. Porque no era como su ex mujer. Ella no se cansaría de él en seis meses, ni lo obligaría a renunciar a su mundo. Lo quería demasiado.

Pero ya no podía negarse la verdad. Estaba apasionadamente enamorada de aquel vaquero obstinado y *sexy* y sabía que su vida ya no volvería a ser la misma.

—De modo que no te sientes con fuerzas para mantener otra relación…

Él se inclinó hacia delante.

—Escúchame bien, Carlene. No es que no me sienta con fuerzas. Es que no quiero casarme otra vez. Nada más.

—Pero yo te gusto…

Win cerró los ojos durante un momento.

—Me gustas tanto que me estás matando.

Ella lo miró y le acarició la mejilla.

—Y dime una cosa… entre el matrimonio y la posibilidad de limitar nuestra relación al sexo, ¿hay otra alternativa?

—¿Insinúas que estás dispuesta a intentarlo?

—Tal vez, pero no puedo prometerte nada, Win. Necesito tener seguridad.

—¿No te basta con probar y ver cómo evolucionan las cosas, día a día?

—No, necesito saber que soy algo más que un cuerpo conveniente.

Win rió.

—Cariño, tú estás mucho más allá de un simple cuerpo conveniente.

Carlene no le devolvió la sonrisa. No podía. Necesitaba una respuesta.

—Entonces, ¿qué soy?

Estaba renunciando a sus sueños de volver a dar clases a cambio de una vida con Win. En una localidad pequeña como Sunshine Springs nunca contratarían a una ex camarera que vivía con su amante. Los pueblos eran muy conservadores y no podrían ocultar su relación durante mucho tiempo. Además, dudaba que Win quisiera ocultarla.

—Eres mi mujer.

—¿Hasta cuándo?

—¿Quieres que ponga un límite a nuestra relación? —preguntó, asombrado.

—No.

—¿Pues qué quieres?

Ella sólo quería un compromiso. Nada más que eso. Pero no lo dijo.

—Sólo quiero conocer el suelo que piso. ¿Es que es mucho pedir?

—Y yo sólo puedo decirte que entre tú y yo hay mucho más que una relación sexual. No sé por qué te empeñas en que lo defina —dijo con exasperación.

Carlene le apartó las manos.

—No me digas que nunca te han pedido nada parecido…

—Claro que no. Ya te lo he dicho. No he estado con tantas mujeres como imaginas.

—Pues tu actitud no resulta muy tranquilizadora.

Él sonrió.

—Mira, cariño, mi pasado no está lleno de amantes. De hecho, había pasado tanto tiempo desde la última vez que Shorty empezaba a preocuparse.

Ella asintió.

—Está bien… ya veo que definir nuestra relación te resulta difícil. Obviamente, necesitas tiempo para pensarlo —dijo.

—No vas a querer que hagamos el amor esta noche, ¿verdad?

Ella se levantó y le indicó la puerta con una mano.

—Tú necesitas tiempo y yo estoy dispuesta a dártelo. Buenas noches, Win. Que duermas bien.

Win no se marchó. Se levantó y la observó con detenimiento. Todo su cuerpo exhalaba deseo. Clavó sus ojos azules en ella y le puso las manos en los hombros. Sus dedos estaban tan calientes que Carlene pudo sentir la temperatura a través de la ropa.

—Ahora no necesito tiempo; te necesito a ti —afirmó—. Así que la pregunta es otra: ¿no quieres que me sienta mejor?

# Capítulo 15

Carlene se estremeció al notar el deseo en su voz.

Era una buena pregunta. Quería que se sintiera mejor, pero no sabía si estaba dispuesta a hacer el amor con él antes de que definiera su relación.

Él la miró con una seriedad casi salvaje.

—No conozco las palabras adecuadas para definir lo nuestro —dijo Win—. Pero si me lo permites, puedo demostrarte lo que siento.

Carlene no podía hablar. Lo deseaba demasiado, y sabía que él también la deseaba. A ella. No a otra mujer, sino a ella.

En sus sueños de amor nunca había incluido un deseo tan apremiante. Era posible que no mantuvieran una relación seria, pero todas y cada una de sus células le pertenecían a él. Lo deseaba en cuerpo y alma, completamente. Y eso no iba a cambiar por el simple procedimiento de negarse a hacer el amor. Ni por hacerlo.

Lo amaba.

Lo necesitaba.

Lo deseaba.

—Por favor, acuéstate conmigo… —dijo él.

Por segunda vez en la noche, el arrogante y obstinado vaquero se rebajaba hasta el punto de rogar.

Carlene alzó los brazos y lo acarició.

—Sí, Win.

La mirada de Win se hizo más intensa. No perdió el tiempo preguntando si estaba segura de lo que decía. Sencillamente, cubrió la distancia que separaba sus bocas y la besó de un modo tan apasionado que la dejó sin aliento. Ella se dejó llevar y se sorprendió mucho cuando un segundo después sus atenciones se hicieron más dulces, casi delicadas.

Pero Carlene quería más. Así que se apretó con fuerza contra su cuerpo y se lo hizo ver sin contemplaciones. Ahora que se había decidido a hacer el amor, lo quería todo y lo quería de inmediato.

Win se negó a que le metiera prisa y la besó con sumo cuidado. Carlene pensó que aquel hombre sabía utilizar la lengua. Sus pezones se habían endurecido y casi le dolían, a pesar de que él ni siquiera los había rozado. El confinamiento del sostén le pareció tan insoportable que deseó quitárselo.

Pero prefería que se lo quitara él y que lo hiciera sin dejar de besarla, así que no se apartó. Sin embargo, Win no se dio por aludido y ella no tuvo más remedio que ser atrevida y excitarlo un poco más para ver si captaba la indirecta. Bajó las manos por su pecho y descendió hasta su entrepierna, que acarició.

Win gruñó y la abrazó con más fuerza, apretando los senos de Carlene contra su pecho. Pero no era suficiente. Quería más. Necesitaba sentir su cuerpo desnudo. Y la abrazaba de tal modo que ni siquiera se podía mover.

—Por favor, Win. Necesito… quiero que…

No sabía cómo expresarlo. Su experiencia sexual se limitaba a Win y no sabía cómo decir que quería que la tocase.

—¿Qué es lo que quieres, cariño? Vamos, dímelo.

—No puedo…

Win llevó las manos a su trasero y se lo apretó.

—Claro que puedes, querida. Dime lo que deseas.

Carlene negó con la cabeza, pero él rechazó la negativa y siguió atormentándola con sus caricias leves. Apretó su erección contra ella y retrocedió. La acarició por detrás y volvió a apartar las manos. Era una verdadera tortura.

—Quiero que me toques como lo hiciste en el patio —dijo al final—. Quiero que me quites el top y el sostén y que toques mis senos con las manos… y con la boca. Quiero que me acaricies entre las piernas. Y esta vez no te detendré. Porque también quiero tocarte.

Para afirmar sus palabras, Carlene lo acarició suavemente.

—Me alegro mucho. Porque yo quiero hacer todo eso y mucho más.

Las palabras de Win le parecieron tan provocadoras que estuvo a punto de preguntar qué otras cosas quería hacer con ella. Pero seguramente no estaba preparada para la respuesta, así que no preguntó.

—Pues hazlo.

Él rió.

—Será mejor que te lo tomes con calma.

Carlene gimió de frustración. Pero la frustración desapareció inmediatamente cuando Win empezó a desnudarla.

Le quitó el top por encima de la cabeza y lo tiró al suelo. Pero en ese momento, Carlene cayó en la cuenta de que la luz de la habitación estaba encendida y sintió vergüenza. No estaba acostumbrada a esas cosas. Le dio miedo, se cruzó de brazos y clavó la mirada en la camiseta negra de Win.

—Mírame, cariño… —dijo él.

Ella alzó la cabeza.

—Quiero verte. ¿Me dejarás?
Ella asintió, pero no movió los brazos.
Él esperó.
Ella se mordió el labio inferior.
—¿No podríamos apagar la luz?
Win sacudió la cabeza, pero dijo:
—Tengo una solución de consenso.
Caminó hasta el interruptor y apagó la luz del techo. Ahora sólo estaba encendida la lamparita de la mesita de noche.
—¿Mejor?
Ella asintió.
—Sí.
—Me alegro.
Se acercó a ella y le acarició los pechos. Sus pezones se endurecieron nuevamente bajo el sostén.
—Quítatelo —ordenó con voz gutural.
Carlene suspiró y se desabrochó el sostén, que dejó caer.
Él también suspiró.
—Me alegra que no hicieras caso a tu madre.
Sus palabras le parecieron incomprensibles durante un momento. Pero entonces recordó que su madre le había recomendado que se redujera el pecho y que se lo había contado a Win.
—No son tan grandes —acertó a decir.
—Carlene… son perfectos.
Ella sonrió y se sintió más bella y más deseada que en toda su vida.
—Gracias.
Win apretó los puños. Deseaba tocarla, pero se contuvo.
—Ahora es tu turno. Quítate la camiseta —ordenó Carlene.
Win lo hizo. Con una sonrisa tan *sexy* que la desarmó por completo. Se quitó la camiseta muy despacio, revelando poco a poco su pecho pétreo hasta que por fin la arrojó a un lado. El desnudo parcial tuvo un efecto inmediato y ella sintió la humedad entre sus muslos.
—Ahora, tus pantalones —dijo él.
Carlene estuvo a punto de negarse. No sabía si sería capaz de seguir. Pero pensó que él también se quitaría los suyos y el deseo fue tan intenso que sacó fuerzas de flaqueza.
Cuando se los quitó, Win ya podía tener una idea más que aproximada de su anatomía. Sólo llevaba las braguitas.
—Te toca…
Win no necesitó que insistiera. Pero antes tuvo que quitarse las botas y los calcetines, así que tardó algo más de la cuenta y la

habitación ya se había cargado de electricidad cuando se libró de los vaqueros. Llevaba unos *slips* que le quedaban como una segunda piel y que dejaban ver claramente la enormidad de su erección.

Carlene no tenía experiencia con hombres y en consecuencia no podía establecer comparaciones, pero le pareció grande, muy grande. Y por muchos desnudos que hubiera visto en revistas y en el cine, ver ciertas cosas en vivo y en directo no era lo mismo.

Se humedeció los labios, incapaz de apartar la mirada de su sexo, y él rió.

—Cualquiera diría que acabas de ver un puma. No te morderá, cariño.

Ella también rió. Pero con nerviosismo.

—En serio, Carlene. No te haré daño. Te lo prometo. He oído que, para una mujer, la primera vez no es precisamente fácil.

—¿Nunca has hecho el amor con una mujer virgen?

—No, pero tendré cuidado.

—Te creo, Win. Confío en ti.

Él asintió y sonrió.

—Bien. Y ahora, ¿qué te parece si te quitas esas braguitas tan *sexys*?

Las manos de Carlene temblaron cuando respondió a sus palabras con la acción. Introdujo los pulgares bajo el elástico de las braguitas, se las bajó hasta los pies y las dejó en el suelo.

Win no esperó a que le recordara que era su turno. Se libró de los *slips* y ella se encontró ante su imponente y desnuda erección. Luego, él sacó un preservativo del bolsillo de los vaqueros y se lo puso. Carlene ni siquiera sabía cómo era posible que algo tan grande pudiera entrar en su cuerpo. De no haberlo leído en las novelas románticas, no se lo habría creído. Pero tampoco era totalmente inocente. Sabía que el cuerpo de las mujeres se acomodaba al de sus amantes.

—Ven aquí, cariño…

Ella supo lo que le estaba pidiendo. Quería que le demostrara que era suya. El mensaje estaba claramente escrito en sus ojos cuando le tendió una mano, así que la aceptó y avanzó hacia él de forma casi inconsciente.

Cuando llegó a su lado, él se inclinó y la besó con una pasión sorprendente.

—Me perteneces.

—Sí.

No podía negarlo. Era evidente.

—Abrázate a mi cuello.

Carlene lo hizo. Él la levantó y la tumbó en la cama con infinito cuidado. Pero Carlene no se apartó. Siguió apretada contra su

cuerpo y soltó un suspiro cuando volvió a acariciarla. Esta vez, él también sería suyo. Lo volvería tan loco que no querría estar con ninguna otra mujer.

Se acercó y acarició los pezones de Win, que apretó una mano sobre uno de sus senos. Encantada con la reacción, insistió en la misma caricia aunque en esta ocasión lo hizo con la lengua. Él gimió, ella sonrió y empezó a succionarlos.

—No, no sigas… —protestó él—. Intento controlarme, cariño, y no podré hacerlo si sigues asaltándome con esa boca tan llena de talento.

Carlene no dijo nada, aunque tenía intención de asaltarlo mucho más. Simplemente, lo dejó hacer y cerró los ojos cuando Win cerró la boca sobre uno de sus senos. Al principio lo succionó suavemente, acariciándole la areola del otro pezón con una mano. Y fue una sensación tan exquisita, tan abrumadora, que pensó que no podía soportarlo.

Arqueó la pelvis contra su cuerpo y dijo:

—Win…

La succión se volvió más apasionada y Carlene gritó. Pero Win apartó la otra mano de sus senos y la bajó hasta su entrepierna, que empezó a acariciar suavemente sin abandonar su primer objetivo. Un segundo más tarde, sintió que introducía un dedo en su interior.

—Oh, Win… esto es… no puedo…

Se sentía maravillosamente bien. Era tan placentero, tan arrebatador, que estuvo a punto de gritar por segunda vez. Y en su interior empezaba a formarse una tensión especial, como si todas y cada una de sus terminaciones nerviosas estuvieran irradiando energía con un placer que hasta entonces le habría parecido imposible.

—Por favor, por favor, por favor… no te detengas, Win. No te detengas.

Las convulsiones la dominaron de inmediato y Win no se detuvo, ni siquiera cuando ella se lo rogó. La intensidad era tan increíble que pensó que se iba a morir, pero no le pasó nada. Y cuando Win sustituyó los dedos por su boca, alcanzó un segundo orgasmo más fuerte que el anterior.

Carlene se quedó quieta, total y absolutamente quieta y rendida.

Win la besó con apasionamiento. Todavía no la había penetrado y ya la había llevado dos veces al paraíso. Pero deseaba sentirlo en su interior. Quería que fuera suyo. Así que apartó los muslos y esperó el momento.

Le dolió.

Se puso tensa.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó él, preocupado.

—No, por favor, Win, hazme tuya.

Y Win la hizo suya. Con una acometida dura y dolorosa. Porque Carlene estaba más que dispuesta después de los dos orgasmos, pero era su primera vez y no estaba preparada para una sensación tan fuerte.

Win la cubrió de besos para tranquilizarla. Ella lo quiso tanto que la embargó una profunda emoción y empezó a moverse un poco, lo suficiente para demostrarle que podía ir más lejos.

Él la siguió. Con acometidas suaves y cuidadosas, entrando y saliendo, sin prisa. Todavía le dolía y dejó escapar un gemido, así que Win se detuvo.

—No, por favor, no pares.

Carlene cerró los muslos alrededor de su cintura. La nueva posición permitía que se abriera un poco más y liberó el exceso de tensión. Además, debió de ser más placentero para él, porque empezó a moverse de nuevo con expresión extática.

Hicieron el amor durante varios minutos. Y cuando Win alcanzó el orgasmo, esperó varios más antes de apartarse de ella.

—Estás sangrando… —dijo.

—Sí. Un poco.

—Yo cuidaré de ti.

Win se levantó y desapareció en el cuarto de baño.

Carlene oyó el grifo del lavabo y unos segundos después vio que aparecía con una toalla húmeda. La limpió con delicadeza, volvió al servicio para dejar la toalla y se tumbó a su lado.

Ella lo miró y lo abrazó. Los acontecimientos de aquella noche habían sido tan reveladores que necesitaba sentirse segura.

Mientras se abrazaban, Win se preguntó cómo diablos podía definir su relación. Habían hecho el amor y ella se había entregado con una generosidad que todavía le emocionaba, pero sabía que todavía esperaba una declaración de algún tipo. La certeza de que aquello no era una simple cuestión de deseo.

No encontraba las palabras. Su mundo había entrado en una nueva dimensión y no sabía a qué atenerse. Sólo sabía que quería estar siempre a su lado.

Confuso, tardó unos momentos en darse cuenta de que su amante se había quedado dormida. Su cuerpo estaba totalmente relajado, con una pierna entre las suyas y la mano apoyada en su pecho. Le pareció tan natural como si siempre hubiera sido así. O como si siempre fuera a ser así.

Win conocía sus planes de volver a la enseñanza, pero por otra parte, Carlene hablaba como si no le importara la idea de permanecer en Sunshine Springs por tiempo indefinido. Aquello

tampoco lo ayudaba a tomar una decisión. Él tampoco sabía si su compromiso era realmente sólido.

Pero todas sus dudas se interrumpieron en seco cuando su busca empezó a sonar. Supuso que la yegua estaría de parto y se alejó de Carlene con cuidado de no despertarla. Luego, se vistió rápidamente, apagó la luz de la lamparita y salió de la habitación con las botas en la mano para no hacer ruido.

# Capítulo 16

Carlene acababa de acostar a Shelly y a Jared cuando alguien llamó a la puerta. No había visto a Win en todo el día, aunque la había llamado para saber cómo estaba y para darle las gracias por la noche anterior con una voz tan sensual y ronca que deseó acostarse otra vez con él. Estaba muy ocupado en los establos y no podía ir a la casa. Ahora que Lonny se había marchado, Shorty y él no daban a basto.

Uno de los trabajadores pasó al mediodía para recoger la comida y llevársela a su jefe. Carlene estuvo a punto de ofrecerse voluntaria, pero pensó que no quería ver a Win por primera vez, después de lo sucedido, en presencia de otras personas.

Desde entonces habían transcurrido unas cuantas horas, y Carlene se dirigió a la puerta preguntándose quién podría ser. Suponía que Leah no se molestaría en llamar; además, Win le había comentado que al final no llegaría hasta el día siguiente. La única posibilidad era Grant; pero habría ido directamente a los establos.

Cansada de especulaciones, abrió la puerta y se llevó una buena sorpresa.

Era Zoe Strickland, que sonreía.

—Hola. Grant está en el establo con Win, así que he pensado que podía pasar a saludar a Shelly y a Jared.

Carlene hizo un esfuerzo por devolverle la sonrisa y se apartó.

—Pasa, por favor… pero los niños se están echando la siesta y preferiría no despertarlos.

Zoe volvió a sonreír.

—Lo comprendo perfectamente. Si no estás muy ocupada, podrías ofrecerme un café…

Zoe la había dejado impresionada. Si ella hubiera estado en casa de Zoe y alguien hubiera intentado seducir a Win, habría querido sacarle los ojos. No invitarla a café.

—Claro, aunque… ¿no preferirías un té helado en el patio?

—Me parece genial.

Zoe siguió a Carlene hasta el patio.

—¿Por qué no esperas mientras voy a buscar las bebidas?

Carlene necesitaba unos momentos a solas para recobrar fuerzas. Cuando volvió, vio que Zoe estaba jugueteando con los barcos de los niños en la fuente. La miró y dejó la bandeja en la mesa de

hierro forjado.

—Shelly y Jared son muy especiales.

—Sí, es verdad —dijo Carlene.

Zoe se sentó.

—Leah debe de echarlos mucho de menos… Supongo que estás echándole una mano a Win, ¿verdad?

Carlene no quería ser cotilla, pero pensó que no había nada de malo en contarle algunas de las circunstancias que rodeaban el asunto.

—Win me contrató como cocinera y ama de llaves un par de semanas antes de que Leah apareciera con los chicos. Así que me pidió que añadiera las obligaciones de niñera a las mías… y aquí estoy.

Zoe sonrió.

—No conozco a Win tan bien como a Leah, pero no es un hombre acostumbrado a pedir nada. Sospecho que fue más bien una orden.

Carlene sonrió.

—Se podría decir que sí.

—No sabía que quisieras dejar tu trabajo de camarera…

—Ya no me gustaba.

Carlene pensó en sus planes, que se habían desvanecido al conocer a Win, y suspiró. Ya no estaba tan segura de lo que quería. Prefería vivir con el vaquero a volver a la enseñanza.

—¿Y no te arrepientes? —preguntó Zoe, mirándola con curiosidad—. Supongo que siendo ama de llaves no ganas tanto como de camarera…

Carlene sonrió con ironía.

—Es verdad, pero puedo pagar las facturas y no me arrepiento de nada. Tal vez te resulte difícil de creer, pero trabajar en el Dry Gulch no encajaba con mi temperamento.

Zoe asintió, aunque no comentó nada al respecto. Se limitó a acomodarse en la silla y a echar otro trago.

—Aquí se está muy bien… Las cosas se me han complicado últimamente con los cambios de Grant en el rancho y mis clases para el programa de primavera en el colegio.

Carlene sintió una punzada de envidia.

—Zoe…

—¿Sí?

—Sólo quiero decirte que siento lo de Grant. No quería causaros problemas.

—Te creo. Y es más, yo diría que Grant es el principal responsable de lo sucedido —dijo con sinceridad.

—Bueno, me regaló rosas y pensó que…

Zoe asintió.

—Exacto. Un hombre no debería regalar flores a una mujer cuando desea a otra.

—Tú lo has dicho.

Las dos mujeres se miraron con complicidad. Carlene se empezaba a sentir muy cómoda en su presencia.

—Pero de todas formas, quiero que sepas que de haber sabido que Grant y tú erais pareja no me habría presentado en su casa de esa forma.

Zoe miró a Carlene a los ojos.

—Lo sé, Carlene. Al principio no me di cuenta, pero luego comprendí que no pretendías hacernos daño.

—Gracias por tu comprensión. No sabes qué peso me quitas de encima.

Zoe sonrió.

—De nada…

Carlene le devolvió la sonrisa. Por sorprendente que fuera, tenía la impresión de que acababa de ganarse una amiga.

Win volvió cansado, hambriento y apestando a caballo. Se había pasado gran parte de la noche y todo el día no con una yegua parturienta, sino con dos. Luego había aparecido Grant y no había tenido más remedio que pedirle a Joe que lo acompañara. Pero eso no era lo que lo había puesto de mal humor. Su rabia se debía a un comentario de Grant.

Estaban en el establo cuando el recién llegado le preguntó:

—¿Qué tal le va a Carlene como ama de llaves?

—Muy bien.

—Ya me he dado cuenta. A decir verdad, me costaba verla como camarera del Dry Gulch. Ojalá hubiera conseguido este empleo hace unos meses…

—¿Por qué lo dices?

—Porque estuve a punto de estropear mi relación con Zoe por ella, y creo que también herí sus sentimientos —le confesó.

—¿De qué estás hablando?

—Le pedí a Carlene que saliera conmigo. Supongo que la usé para mantener las distancias con Zoe.

—No me había comentado nada…

—Es lógico. No se puede decir que fuera una gran relación… sólo una cita fallida y un intento de seducción igualmente fallido —dijo, con gesto de culpabilidad.

—¿Intentaste seducir a Carlene?

En ese momento, Grant comprendió que Win estaba muy interesado en su empleada.

—Bueno… no exactamente. No pasó nada.

—¿Y ella? ¿Intentó seducirte a ti?

—Olvida lo que he dicho, Win. Carlene es una mujer encantadora.

—Sí, claro que lo es. Y también es mía.

Grant sonrió a la defensiva.

—No lo dudo, Win. Y te comprendo perfectamente. Si Zoe me lo permitiera, construiría una valla a su alrededor.

Win rió, pero supo que algo se había roto en su interior. No podía quitarse de la cabeza que su inocente Carlene había intentado seducir a Grant. Aunque otra parte de él rechazaba la posibilidad. Carlene era demasiado tímida y demasiado inexperta como para atreverse a algo así.

En ese momento, el sonido de un coche lo devolvió a la realidad. Salió de la casa y vio que era Leah.

Su hermana aparcó junto al vehículo de Carlene. Win no se resistió a la tentación de comparar el sedán familiar de Leah con el deportivo rojo de Carlene. Las dos mujeres se diferenciaban en muchos aspectos, pero compartían la integridad y el amor hacia sus seres queridos. Había pensado en ello a lo largo de la noche, y ahora sabía que lo que compartía con Carlene era mucho más profundo que el deseo. No sólo la quería, sino que además la necesitaba. Había devuelto la luz a su vida.

Y no se parecía a su madre. Sabía que Carlene no se aburriría enseguida, que no lo dejaría en la estacada. A diferencia de la propia Rachel, quería la misma vida que él. Una vida en Sunshine Springs.

Leah salió del coche y él la miró con preocupación. Pensándolo bien, los problemas de su hermana eran mucho más importantes que los suyos.

—¿Qué tal te va, preciosa?

Los ojos de Leah se llenaron de lágrimas cuando se arrojó a sus brazos. Él la apretó con fuerza y deseó protegerla con su amor, pero sabía que ahora sólo podía hacer una cosa: estar a su lado y demostrarle que podía contar con él.

Leah no dijo nada. Permaneció apretada contra su cuerpo y lloró durante cinco minutos. Después, se tranquilizó un poco y se apartó.

—Supongo que te debo una explicación.

Él negó con la cabeza.

—No, sólo quiero que seas feliz.

Leah sonrió con debilidad.

—Gracias. No creo que fuera capaz de hablar en este momento.

Win lo comprendió perfectamente.

—¿Quieres ver a los niños?

Sus ojos se iluminaron.

—Me muero por verlos. No sé en qué estaba pensando cuando te los dejé para estar sola y pensar en mi futuro. Mi futuro son ellos. Y ellos están presentes en todas mis decisiones —le confesó.

Win le puso una mano en la espalda y la acompañó hacia la casa.

—Vamos. Sé de dos pequeños que se van a alegrar mucho al verte. Y también quiero presentarte a mi ama de llaves. Ha estado cuidando de ellos.

—¿Cómo se llama? Quizá la conozca…

—Carlene Daniels. Aunque es posible que su apellido cambie dentro de poco.

Win ni siquiera supo por qué lo dijo. Pero al parecer, estaba dispuesto a casarse de nuevo y mantener una relación seria. Una relación permanente.

—¿Quién has dicho?

—Carlene Daniels.

—¿La que trabajaba de camarera en el Dry Gulch?

—Sí, pero ahora es mía.

Leah lo miró con asombro.

—¿Tuya?

—Bueno, es mi ama de llaves —corrigió.

—Vaya, vaya… ¿y dices que ha cuidado de los niños?

—Sí. Ha hecho un gran trabajo.

—Comprendo… nunca lo habría imaginado.

—¿Es que conoces a Carlene?

—En persona, no. Pero he oído hablar de ella. A través de Zoe.

—¿Y qué te ha contado?

—Oh, nada importante.

Leah intentó alejarse, pero Win no se lo permitió.

—¿Qué es lo que sabes de Carlene?

—Sólo que hubo algo entre Grant y ella.

—Una cita y una seducción fallida no es precisamente algo… —dijo, tomando prestadas las palabras del propio Grant.

—¿Así que lo sabes? Entonces, supongo que Carlene es menos atrevida de lo que me han hecho creer… de lo contrario no habrías permitido que cuidara de los niños. Sé que eres muy protector.

—Te aseguro que Carlene es la mujer menos atrevida que puedas encontrar.

Estuvo a punto de decirle que acababa de perder la virginidad, pero naturalmente se lo calló.

—Bueno, es posible que su intento de seducción se limitara a una sola vez. Puede que Grant le gustara mucho y que ella…

Leah comprendió que estaba hablando demasiado e intentó

corregirse.

—Pero desde luego no fue precisamente un gran romance…

Win no dijo nada. No hizo falta. Las palabras de su hermana se le habían clavado en el corazón.

—Vamos a ver a los niños —dijo él.

Llevó a Leah a la cocina, pero se detuvo al ver que Carlene estaba sentada en el suelo, rodeada de distintos tipos de pasta. Shelly y Jared estaban a su lado. Y esta vez, la niña se había puesto un delantal.

—Hola, tío Win. Jared y yo vamos a preparar espaguetis —dijo la pequeña.

—Yo prefiero macarrones —dijo el niño.

—Entré en la cocina después de lavar la ropa y descubrí que estos dos monstruitos estaban prácticamente enterrados bajo un montón de pasta —explicó Carlene—. Y como su habilidad me había derrotado, decidí unirme a ellos.

Win sonrió y Leah rió a pierna suelta.

—¡Sois unos diablillos!

Antes de que Win pudiera presentar formalmente a las dos mujeres, los niños se levantaron de un salto entre gritos de alegría y corrieron hacia su madre. Leah los abrazó con fuerza, murmurando palabras de amor.

—Mamá… —dijo Shelly.

—¿Sí, cariño?

—Te he extrañado mucho.

—Y yo también a ti.

Los ojos de Leah se llenaron de lágrimas, pero todo se volvió sonrisas cuando los niños la arrastraron a la fuente para enseñarle sus barcos.

Carlene empezó a recoger la pasta del suelo.

—Es evidente que está muy contenta de ver a sus hijos…

—Tanto como lo estaré yo cuando se los lleve y me quede a solas contigo.

Carlene se ruborizó.

—Y yo.

Win se acercó y la besó rápidamente. Ella sonrió.

—Creo que podría acostumbrarme a eso.

—¿A que te bese?

—Sí, en la cocina. Como una pareja normal y corriente.

—Es que somos una pareja.

—¿En serio?

—Claro que sí.

—De modo que ésa es tu definición de la relación que mantenemos… «pareja». Bueno, no esta mal.

Carlene siguió recogiendo la pasta y él la miró. Tal vez no fuera el momento más oportuno, pero tenía que preguntarle algo importante.

—Dime, ¿intentaste seducir a Grant Strickland?

No hizo falta que respondiera. Se quedó tan pálida que su cara lo decía todo.

—Dime que no lo hiciste —continuó.

—No puedo.

Win giró en redondo y salió de la cocina. Tenía que marcharse para no decir algo de lo que se arrepintiera después.

Grant le había gustado tanto como para intentar seducirlo, pero a él lo había obligado a rogar. El hecho de que al final se hubieran acostado no mejoraba la situación en absoluto. Con lo que ahora sabía, no tenía más remedio que pensar que Carlene era tan manipuladora como Rachel.

# Capítulo 17

Carlene empezó a empaquetar sus cosas. Leah había regresado y no había motivo para permanecer en el rancho. Si Win hubiera deseado que se quedase, habría dicho algo. Pero no lo había hecho. El asunto de Grant le había molestado tanto que se había marchado sin darle ocasión de explicarse. Aunque no sabía por qué debía hacerlo. Eso había pasado antes de acostarse con él. Era como si Win tuviera que dar explicaciones por haberse casado con Rachel.

Se preguntó quién se lo habría dicho. Tal vez Grant, o más bien Leah. Al fin y al cabo, la hermana de Win era amiga de Zoe. Y si Zoe se lo había contado a ella, podía habérselo contado a más personas.

Sacó unos vaqueros del armario, los dobló y los guardó en la maleta. Tenía ganas de llorar, pero se contuvo. Todavía estaba en el rancho y tenía una oportunidad con Win. Sabía que sólo estaba enfadado por lo de Grant y que necesitaba tranquilizarse. Pero si al final la rechazaba, encontraría la forma de sobrevivir.

Cuando terminó de guardar la ropa, llevó la maleta al coche. Win salió de la casa.

—¿Te vas? —preguntó.

—Leah ha vuelto y ya no hay motivo para que me quede.

Él no dijo nada y ella no soportó la distancia, física y mental, que se había establecido entre ellos. Se acercó y le tocó un brazo. Win se limitó a mirarla fijamente.

—Tenemos que hablar, Win.

—Ahora no, más tarde.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Pero esto no está funcionando —dijo con cansancio.

—¿A qué te refieres? ¿A nuestra relación? ¿Me estás diciendo que no ya no me quieres por ese asunto de Grant?

—Claro que no —dijo él, con expresión dolida—. Pero supongo que se me pasará cuando te vayas.

Sus palabras le hicieron tanto daño que Carlene dijo:

—¿Crees que podrás olvidarme con tanta facilidad?

—Tendré que intentarlo. Rachel me tomó el pelo muy bien, pero tú le ganas de largo.

—No tenía intención de engañarte.

—No, claro que no. Intentaste seducir a otro hombre, y a mí, en

cambio, me obligaste a rogar —afirmó.

—No fue así. Yo estaba sola y deprimida —le confesó—. Echaba de menos tener una vida de verdad. Cuando Grant apareció… no sé, supongo que pensé que podía llegar a algo con él. A algo más que servir a borrachos en un bar.

—¿Esperabas que se casara contigo?

—¿Casarnos? Nunca hablamos de eso. Qué tontería… yo no lo amaba…

—¿Y a mí? ¿Me amas a mí? —preguntó.

Carlene tardó unos segundos en responder.

—Sí. Te amo, Win, y hacer el amor contigo me ha resultado muy difícil precisamente por eso. Sabía que estaría perdida en cuanto te tocara.

—¿En serio?

—Sí.

—Pero te marchas.

—He pensado que es lo que quieres…

—No.

—¿No?

—Nunca.

—¿Nunca? —preguntó, asombrada.

—No quiero que te marches nunca.

—Vaya, eso suena a compromiso…

—¿Tú crees?

—Desde luego que sí.

—Pues entonces, vuelve a la casa…

Ella asintió. Estaba tan emocionada que no podía hablar.

Carlene esperó que Win apareciera en su cama aquella noche, pero no lo hizo. Al volver a la casa, descubrió que Leah la estaba esperando. La otra mujer parecía tener ganas de conocerla a fondo. Probablemente, porque había cuidado de sus hijos. De hecho, le dio las gracias por ello y la invitó a visitarla en Portland cuando quisiera.

En cuanto a Win, no se comportó con frialdad pero tampoco como un hombre enamorado y dispuesto a mantener una relación seria. Cuando su hermana se marchó, estuvo un par de horas en el pueblo y volvió después de que los trabajadores terminaran de comer.

Ella estaba en la cocina. Se acercó por detrás y la besó en el cuello.

—Hola, gran hombre… ¿has encontrado lo que buscabas en el pueblo?

—Sí.

Carlene se giró para mirarlo.

—Quiero hablar contigo. ¿Ahora te parece apropiado?

Él asintió y la besó en los labios con suavidad. Después, se dirigieron al salón y se acomodaron en el sofá.

—No pretendía obligarte a rogar, Win…

—Pensé que querías más a Grant que a mí, pero…

—Oh, no, nada de eso. No lo quería, en absoluto. En cambio, creo que me enamoré de ti a primera vista… y eso me asustó mucho.

—Dijiste que estarías perdida en cuanto me tocaras…

—Es verdad.

—Eso hace que mi siguiente pregunta sea algo retórica, pero al mismo tiempo necesaria.

Ella esperó a que se explicara. Él sacó una cajita de terciopelo y la dejó sobre uno de sus muslos.

—¿Quieres casarte conmigo, cariño?

Carlene miró la cajita y sus ojos se llenaron de lágrimas. Al ver que no tenía intención de abrirla, Win se adelantó y sacó el anillo de diamantes más bonito que ella había visto en toda su vida.

—¿Por qué te parece una pregunta retórica?

—Porque has admitido que te has entregado a mí, lo que significa que ya eres mía. Pero quiero que el resto del mundo también lo sepa.

—¿Me amas?

—Más que a nada en el mundo. Y es un amor más fuerte que mis propios temores. Por eso estoy dispuesto a probar suerte otra vez con el matrimonio.

—Yo también te amo.

—Entonces, ¿qué contestas?

—¿Es que todavía te queda alguna duda?

—No, pero me gustaría mucho oírlo de tus labios.

Ella se levantó, se puso de rodillas ante él y dijo:

—Sí, Win, quiero casarme contigo. Sé mi marido y mi amor hasta el fin de los días. Por favor.

—¿Me lo estás rogando?

—El amor bien merece un ruego.

—En tal caso, sí, me casaré contigo.

—¿Qué quieres decir con eso de que no nos volveremos a acostar hasta el día de la boda? —preguntó Carlene cuando Win la besó en la puerta del dormitorio.

Win la miró y sonrió.

—Quiero demostrarte que te amo y que eres mucho más que un cuerpo para mí.

—No hay que demostrar nada. Ya lo sé.

—Claro que hay que demostrarlo. Tú no mereces menos. Hasta ahora siempre te han visto como un objeto de deseo, y yo quiero que sepas que eres y siempre serás mucho más que una amante para mí.

—Lo sé, Win. Me has dicho que me amas, que quieres casarte conmigo… por Dios, no exageres.

Carlene pasó los brazos alrededor de su cuello y se apretó contra él.

—Además, ¿quién te ha dado el derecho a decidirlo sin contar conmigo? —continuó—. Quiero acostarme contigo ahora mismo.

Win la tomó de los hombros y la apartó.

—Cariño, sé que más tarde agradecerás mi contención. Créeme.

Ella rió.

—Eres un maldito arrogante.

Él asintió.

—Lo sé.

—¡Pues deja de comportarte de ese modo!

—No puedo. Esta vez, no, cariño. Debo demostrarte que te amo tanto que soy capaz de esperar.

Carlene pensó que era la idea más estúpida que había oído en toda su vida.

—¡Esto es ridículo, Win! Quieres demostrarme algo y yo no necesito que me demuestres nada…

Él sonrió.

—Me alegro.

—Entonces, ¿podemos hacer el amor?

Él negó lentamente con la cabeza.

—No. Esto es importante para mí. ¿Estás dispuesta a esperar?

—¿Acaso me estás pidiendo que espere y que sea yo quien te demuestre mi amor por ti?

—No. Sé que me amas, cariño. Conoces mis defectos y sin embargo estás dispuesta a casarte conmigo —explicó—. Sólo te pido que confíes en mí.

Carlene se rindió al final. No tenía otra salida.

—Está bien…

—Entonces, ¿cuándo nos casamos?

Ella lo miró durante unos segundos.

—Si salimos ahora, podríamos estar en Reno mañana por la mañana y casarnos de inmediato.

Él la miró con asombro.

—¿Mañana? ¿Y qué me dices del vestido blanco y de todas esas cosas?

—Ya tengo un vestido blanco. Y lo demás no me importa.

—¿Y tus padres? No podrán venir…

—Bueno, ya los avisaré en su momento. Y estarán encantados, ya lo verás.

—Pensaba que querías casarte en Sunshine Springs…

Carlene se llevó las manos a las tiras del top y se las bajó con un movimiento rápido y suave.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo?

—Negociar.

Acto seguido, se acercó a él y apretó los senos contra su pecho. Win empezó a sudar.

—Y ahora, o aceptas que vayamos a Reno a casarnos o me quito el sostén ahora mismo. Te lo advierto, Win. Porque si te resistes, seguiré con los pantalones. Y mis braguitas te van a encantar…

Win la miró, pero el abultamiento de su entrepierna dejó bien claro que la estrategia negociadora de Carlene había surtido efecto.

—Eso no es negociar. Eso se llama extorsión.

Ella se encogió de hombros.

—Llámalo como quieras, pero me quitaré el sostén dentro de un segundo.

Win tragó saliva y sonrió.

—Vale, de acuerdo… ¿cuánto tiempo tardarás en hacer la maleta?

—Dame quince minutos —dijo, antes de morderse el labio—. ¿Pero qué hacemos con el establo?

—Bueno, las yeguas ya han dado a luz. Shorty puede arreglárselas con uno de los trabajadores. Podemos pasar unos días fuera. No hay problema.

La sonrisa de Carlene fue más brillante que la luz del mediodía.

—Me alegro tanto…

—Y yo también, cariño, yo también.

# Capítulo 18

Doce horas más tarde, Carlene se quitó el sostén.

Volaron a Reno y se casaron en la capilla más bonita que Win pudo encontrar, así que ahora estaba esperando su recompensa.

Carlene dejó que su marido se la comiera con los ojos mientras se quitaba la prenda de seda blanca y la dejaba caer al suelo de la suite. Win clavó la mirada en sus preciosos senos y en la diminuta pieza que cubría sus secretos femeninos.

—Te dije que mis braguitas te encantarían.

Win ya se había desnudado y la estaba esperando sobre la sábana de satén blanco de la enorme cama que dominaba la habitación.

—Es tan *sexy* como el vestido que te has puesto en la ceremonia.

Win pensó que no podía haber elegido un vestido mejor. Era tan minúsculo y ajustado que era evidente que procedía del Dry Gulch. Y tenía razón, aunque Carlene nunca se lo había puesto porque le parecía demasiado atrevido.

Ella caminó hasta la cama y se tumbó sobre él.

—Esta vez seré yo quien te lama de los pies a la cabeza.

Él sonrió.

—¿Seguro que estás preparada?

Ella no contestó. Estaba demasiado ocupada lamiéndole el cuello.

—Me encanta —dijo él—. Sigue, por favor…

Carlene siguió bajando y se detuvo sobre sus pezones.

—Si no tienes cuidado, alcanzaré el orgasmo antes de tiempo —le advirtió él.

Ella rió con sensualidad.

—Eso no me preocupa en absoluto, Win. Tengo una gran confianza en tu capacidad de recuperación —bromeó.

Carlene le succionó un pezón y Win se estremeció y soltó un grito ahogado. Le parecía que ella estaba jugando sucio, así que decidió contraatacar. Y aunque no pudiera llegar a su cuerpo con la boca, tenía los brazos muy largos. De modo que los estiró y le acarició los senos hasta que ella se rindió y empezó a frotarse contra él.

Pero no dejó de torturarlo con la boca. Siguió bajando y Win apartó las manos de sus generosos senos cuando sintió que se

acercaba a su entrepierna.

—Cariño, no sé si esto es una buena idea… deja que te haga el amor.

Ella negó con la cabeza y lo besó en el vientre.

—Ya me estás haciendo el amor, pero esta vez soy yo quien dará placer.

Win pensó que nadie podía resistirse a una mujer tan obstinada. Carlene tomó su sexo entre las manos y empezó a lamerlo dulcemente y a acariciarlo con los labios. Le pasó la lengua varias veces, muy despacio, hasta que por fin se lo introdujo en la boca.

Cuando ya no podía aguantar más, la tomó suave pero firmemente de la cabeza y la obligó a apartarse de su erección. Ella murmuró una protesta. Él la tumbó de espaldas sobre la cama y empezó a succionarle los senos. Carlene no pudo hacer otra cosa que gemir y dejarlo hacer.

—Oh, vaya, no tengo preservativo…

—Bueno, da igual. De todas formas no quiero que te lo pongas.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Quiero tener hijos contigo.

—Yo también, cariño, yo también.

Entonces, la penetró e hicieron el amor hasta alcanzar el orgasmo. Ella gritó y se estremeció contra Win.

—Te amo —susurró él.

—Te amo —repitió ella.

Varias horas y unos cuantos orgasmos más tarde, Win la miró.

—¿Cariño?

—¿Sí?

Estaban abrazados en la cama. Ella bostezó.

—¿Qué pasa con tu trabajo?

—Me gustaría seguir siendo tu ama de llaves. Me encanta cocinar, aunque no sé si es adecuado que un marido pague a su mujer por ese tipo de trabajo.

Él le acarició la espalda.

—Bueno, no tenía intención de mantenerte como ama de llaves.

—¿Ah, no?

Ella se incorporó y se apoyó en su pecho.

—No. No sé si lo había mencionado, pero la directora del colegio es amiga mía.

—¿De verdad?

—Claro. La llamé por teléfono y me dijo que hay un puesto de profesora de inglés… si lo quieres.

Carlene se sentó en la cama. Su cuerpo desnudo brillaba bajo la luz de neón que se colaba por la ventana.

—¿Eso te ha dicho? ¿Sin entrevista? ¿Y qué hay de mi curriculum?

Win rió.

—Tranquilízate, cariño. Te entrevistarán la semana que viene, pero ya tienes un pie dentro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Le contaste lo que pasó en Texas? No quiero aceptar el empleo y que se entere más tarde. Pensaría que he mentido o que no le he dicho toda la verdad.

—Se lo conté todo, aunque ya lo sabía. Supuse que ya habías enviado tu curriculum y que ella te habría investigado. Y no le importó en absoluto.

Carlene asintió, asombrada.

—Sólo es un trabajo a tiempo parcial —continuó él—, pero imaginé que te interesaría de todas formas.

—Por supuesto que sí.

—Magnífico.

Win la atrajo hacia él y la besó larga y apasionadamente. Cuando se apartó de sus labios y se dedicó a su cuello, Carlene ya estaba gimiendo y frotándose de forma sensual contra su marido.

—¿Win?

—¿Sí?

—Gracias.

Él dejó de besarla, tomó su cara entre las manos y la miró.

—Podrías haberlo conseguido por tu cuenta, pero me alegro de haberte echado una mano.

Ella sonrió con expresión emocionada.

—Eres sorprendente.

Win pensó que tenían toda la vida por delante. Todo un futuro dorado en compañía de Carlene, su mujer. La esposa a la que ya había renunciado cuando la conoció.

Se puso sobre ella y pasó a la segunda parte del sueño que se hacía realidad. El de tener una familia con una persona que lo amaba y a quien amaría, a su vez, hasta el fin de su existencia.

* * *

# RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

## Lucy Monroe



Los libros de la escritora Lucy Monroe han llegado a las listas nacionales de bestsellers tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra. Sus novelas, llenas de emoción y sensualidad, tratan también cuestiones de la vida real, poniendo en manos del lector una historia de fantasía difícil de olvidar.

Ya sea una apasionada historia para Harlequin Presents, un título sexy para Kensington o un tórrido romance histórico para Berkley, los libros de Lucy transportan a sus lectores a un lugar especial donde el corazón es quien manda y el amor lo conquista todo.

## Lecciones de compromiso

Él siempre conseguía lo que quería

El único requisito para ser la nueva ama de llaves del sexy Win Garrison era ser capaz de hacerle la vida más fácil… y no pretender casarse con él.

El enorme suéter y el discreto peinado no pudieron engañar a Win; era evidente que Carlene Daniels era un bombón de pronunciadas curvas. ¿Por qué trataba de parecer fea? Daba la impresión de que su nueva ama de llaves no quería jugar, pero eso no hacía más que aumentar sus deseos de arrancarle la ropa y llevársela a la cama…

## Sunshine Springs

1. The rancher's rules / Reglas rotas
2. What the rancher wants... / Lecciones de compromiso

* * *

Título original: *What the rancher wants...*
Traducido por: Jesús Gómez Gutiérrez
Editor original: Mills & Boon, 10/2007

Editorial: Harlequín Ibérica, 04/2008
Colección: Especial Bianca, 9
ISBN: 978-84-671-6126-7